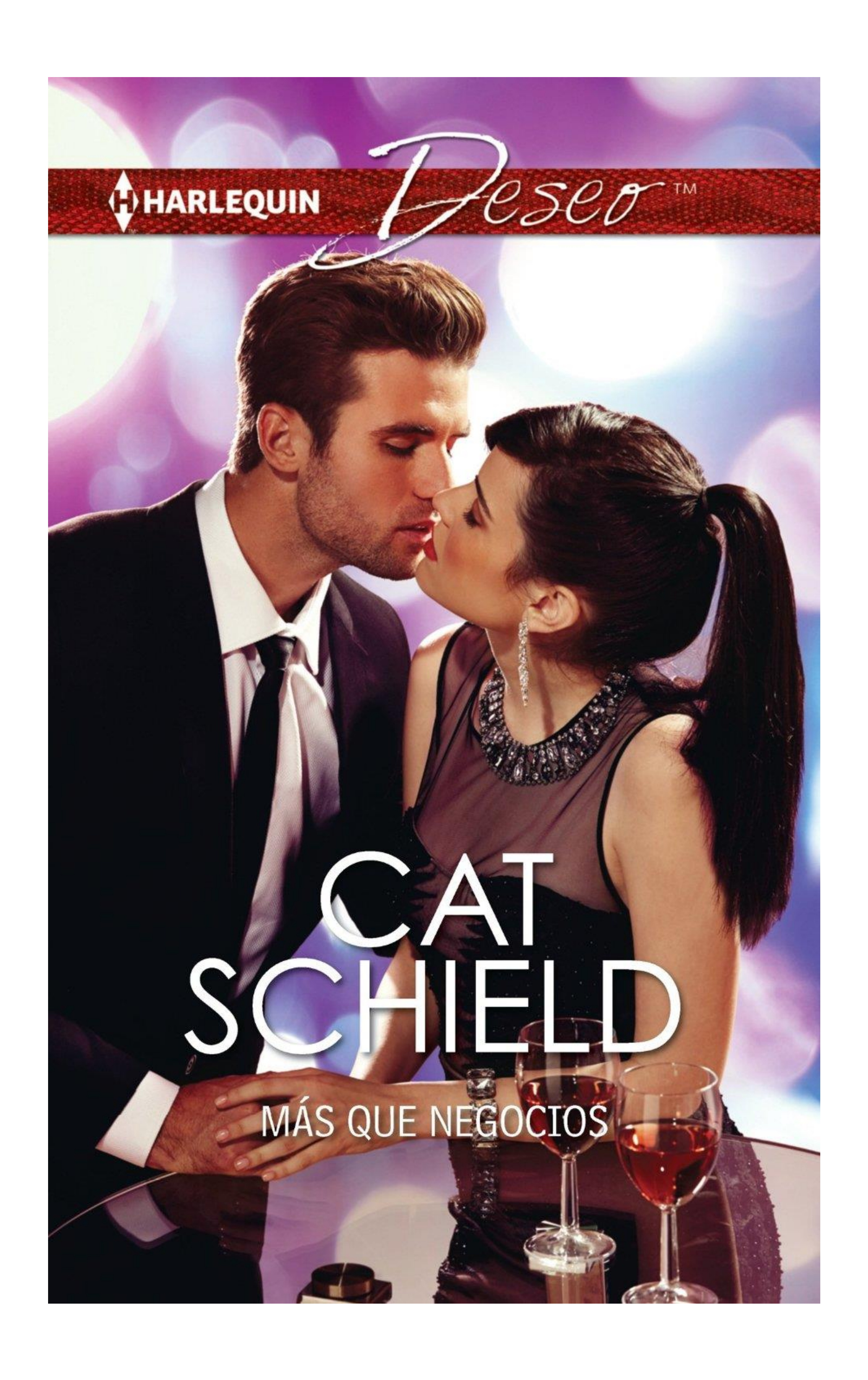

HARLEQUIN
Deseo™
CAT
SCHIELD
MÁS QUE NEGOCIOS



CAT SCHIELD

MÁS QUE NEGOCIOS



Cuando la herencia de J. T. Stone pendía de un hilo, a Violet Fontaine se le ocurrió la solución perfecta. La heredera de Las Vegas decidió echarle una mano a su atractivo rival empresarial, proponiéndole un matrimonio de conveniencia. La única condición era que ese trato no llegara al dormitorio… aunque él no estaba nada de acuerdo en verse privado de una de las ventajas más dulces del matrimonio.

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid
© 2014 Catherine Schield
© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Más que negocios, n.º 2015B - diciembre 2014
Título original: A Merger by Marriage

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-4895-5
Editor responsable: Luis Pugni
Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Índice

Capítulo Uno

Con el brazo estirado a lo largo del respaldo del sofá negro de cuero, J. T. Stone bebía uno de los cócteles de Rick y contemplaba a una mujer.

Esa noche Violet Fontaine llevaba un vestido negro, corto y ajustado con las mangas largas y un escote que le ocultaba las delicadas clavículas. A pesar del corte ceñido, el vestido parecía recatado si se veía desde delante. Pero la parte de atrás. Oh, la parte de atrás. Un amplio escote en forma de V dejaba ver su piel bronceada, adornada con tiras finas que iban desde la nuca hasta la cintura. Como probablemente pretendería el diseño, J. T. deslizó la mirada a su trasero prieto y redondeado.

Apretó los dedos al imaginarse agarrando aquellas curvas con las manos. Antes de conocer a Violet seis años atrás, había sido un admirador de los pechos y de los muslos. En cambio, últimamente le costaba encontrar un trasero que fuese mejor que el suyo. Por suerte ella no tenía ni idea de lo mucho que le provocaba, de lo contrario podría perder algo más irremplazable que a su camarero favorito.

Rick, el coctelero del bar Baccarat, ubicado en el hotel Fontaine Chic, era un genio a la hora de crear cócteles únicos. Su excusa para presentarse allí seis noches por semana era intentar convencer a Rick para que regresara al Titanium, donde estaba su lugar.

J. T. se terminó el cóctel. ¿A quién estaba engañando? Desde que Rick cambiara de trabajo un año antes, J. T. pasaba allí casi todas las noches porque Violet estaba allí a las once y cuarto y se quedaba a charlar con la clientela.

–¿Otra copa, J. T.? –le preguntó la camarera con una sonrisa cálida.

–Claro –¿por qué no? Señaló con la cabeza hacia Violet–. Y lo que ella esté bebiendo.

Charlene siguió la dirección de su mirada.

–Ya sabes que no bebe cuando trabaja.

–Tal vez esta noche haga una excepción por mí.

–Tal vez.

–¿Quieres decirle que venga?

El ritual de cada noche hizo que la camarera sonriera con ironía.

–Claro.

Fue la propia Violet la que le llevó la copa y la dejó frente a él.

–Rick me ha dicho que esta noche estás bebiendo esto.

–¿No quieres tomarte algo conmigo?

–Estoy trabajando.

–Y yo soy tu mejor cliente.

–Eres admirador de Rick, no del Fontaine Chic.

–Soy admirador tuyo –murmuró él, y ella abrió los ojos desmesuradamente, como si le sobresaltara aquella confesión. ¿Sería posible que fuese ajena a su interés? Ninguna de las camareras pensaba que iba allí todas las noches solo a beber.

No servía de nada recordarse a sí mismo que le gustaban las mujeres curvilíneas, rubias y simpáticas. Recordarse que, con su figura delgada heredada de su madre vedette y con el cabello castaño y ondulado de su padre, Violet no era su tipo. Tampoco servía de nada saber que su fuerte personalidad había sido cultivada por su tío, Tiberius Stone, padre

adoptivo de Violet. Un hombre que culpaba al padre de J. T. de haber hecho que le desheredaran.

–Puedes tomarte un par de minutos libres –dijo él señalando el asiento vacío a su lado.

Ella arqueó las cejas, pero se sentó a un lado del sofá y cruzó las piernas.

Con el dedo de su zapato de tacón de aguja a escasos centímetros de la pernera de su pantalón, Violet colocó el codo en el respaldo del sofá, apoyó la mejilla en la palma de su mano y esperó a que él hablara. Siempre con una sonrisa en los labios, era la persona más optimista que había conocido. Siempre cercana, siempre intocable.

J. T. dio un sorbo a su cóctel y la observó por encima del borde de la copa. Las bolsas bajo sus ojos indicaban que había estado trabajando más que nunca desde que Tiberius fuera asesinado varias semanas antes.

–Deberías tomarte tiempo libre –le sugirió, consciente de que lo que hiciera no era asunto suyo.

–¿Y hacer qué? ¿Quedarme sentada llorando? Sé que es lo que hace casi todo el mundo cuando pierde a un padre, pero a mí no se me ocurre manera mejor de honrar el recuerdo de Tiberius que trabajar.

–Estoy seguro de que a él le parecería bien.

Aunque su segundo nombre fuese Tiberius, por el hermano pequeño de su madre, J. T. no había podido conocer a su tío hasta hacía escasos meses, aunque conocía su reputación. J. T. se había criado en Miami, donde se encontraban las oficinas centrales de Propiedades Stone. Tiberius apenas salía de Las Vegas. Y el rencor entre Tiberius y su cuñado, Preston Rhodes, padre de J. T., hacía que cualquier relación entre su tío y él fuese imposible.

El resentimiento entre Tiberius y Preston se remontaba a veinticinco años atrás. Según lo que J. T. había sabido por amigos de la familia, Preston había acusado a Tiberius de malversar con fondos de Propiedades Stone y había convencido a James Stone de que despidiera a su hijo. Cinco años más tarde, James había muerto y el padre de J. T. había usado su influencia con su esposa, Fiona Stone, para lograr que la junta directiva votara a favor de convertirle en director y presidente ejecutivo.

–Gracias por venir al funeral esta mañana –dijo Violet–. Sé que Tiberius y tú no estabais muy unidos, pero últimamente hablaba de lo mucho que lamentaba los años en los que te había mantenido apartado de su vida, y decía que le hubiera gustado conocerte.

–No sabía que Tiberius pensara eso.

Al llegar a Las Vegas para hacerse cargo de las operaciones familiares en la zona, su opinión sobre su tío era la que se había formado escuchando a su padre y a su abuelo. Aunque la relación entre su tío y él había sido tensa durante muchos años, después de ver lo mucho que Violet lo admiraba, J. T. había empezado a sospechar que, si Tiberius había hecho lo que decía su padre, habría sido por una buena razón.

–En lo referente a tu familia, podía ser muy testarudo –dijo Violet con una sonrisa débil–. Y odiaba a tu padre.

–El sentimiento era mutuo.

–Últimamente mencionaba que creía que tú harías un gran trabajo dirigiendo Propiedades Stone.

–Voy a dejar la empresa.

J. T. se sorprendió al oírse decir eso. No le había contado su decisión a nadie. Ni siquiera a su primo, Brent, a pesar de ser como hermanos.

–¿Por qué ibas a hacer eso? –preguntó Violet mirándolo fijamente.

–Cuando cumplí treinta años hace dos meses, tuve acceso a mi fondo fiduciario y al treinta por ciento de las acciones de Propiedades Stone, que mi madre me dejó al morir. Esto me permitió husmear en la contabilidad y ver lo que ha estado haciendo mi padre últimamente.

–¿Y?

–Las propiedades están sobre endeudadas. Mi padre ha tomado demasiado prestado en un intento por expandirse y, con cada propiedad que se construye, nuestros recursos se van acabando.

–No tenía ni idea. ¿Y les has dado a conocer tu preocupación a tu padre?

No era propio de él compartir sus dificultades con nadie, y menos con alguien tan ligado a la competencia como Violet. Pero ella no era cualquiera. Era especial. Mediante ella, J. T. estaba unido a una parte de la familia que no había conocido, y estar junto a ella le hacía sentir menos solo.

–No me hará caso y, dado que controla la mayoría de las acciones, yo no tengo poder para cambiar la política actual.

–Si abandonas Propiedades Stone, ¿qué piensas hacer?

Nunca le había gustado mostrar sus cartas, pero la atención de Violet hacía que fuera fácil confiar en ella. Actuaba como si tuviera todo el tiempo del mundo para escuchar sus preocupaciones y ofrecerle consejo.

–He estado contactando con inversores –respondió–. Voy a montar un negocio por mi cuenta. Mi tío no necesitó el negocio familiar para triunfar y yo tampoco.

–¿Estás seguro de que es la mejor idea? Tiberius permitió que tu padre le echara del negocio y nunca dejó de lamentarlo.

–Nadie le echó –matizó J. T.–. A Tiberius le pillaron robando dinero de la compañía y le despidieron.

–Fue una trampa –dijo ella–. Se la tendió tu padre.

Una persona normal se habría precipitado a defender a su padre, pero J. T. había visto los números de la empresa y sabía que su padre no se lo había contado todo a los accionistas. Eso le convertía en un mentiroso. Y tampoco iba a idolatrar a su padre después de cómo Preston había tratado a su madre.

Pero tampoco iba a empezar a difamarlo. Por muchos conflictos que tuviera con su padre, valoraba la lealtad.

–Si eso es cierto –dijo en tono neutral–, razón de más para romper con la empresa y con mi padre.

–O podrías quedarte y luchar por lo que es tuyo –contestó ella con determinación.

–No me gusta ser incapaz de impedirle que destroce todo lo que mi abuelo construyó.

–Lo comprendo. ¿Y con esto quieres decir que vas a irte de Las Vegas?

¿Esperaba que no lo hiciera? La idea de no verla todos los días le entristecía. ¿Le pasaría a ella lo mismo?

J. T. buscó las respuestas en sus ojos, pero solo vio curiosidad. Con Violet, lo que veía era lo que había. Su franqueza le fascinaba. Nunca parecía protegerse frente al dolor o las decepciones.

Por eso nunca había intentado ir detrás de ella.

Poco después de llegar a Las Vegas, se había encontrado con su tío y con ella en un acto benéfico. A pesar de su atracción instantánea por ella, que por entonces tenía veintitrés

años, supo que no debía hacer nada al respecto. La mala relación entre el padre adoptivo de ella y su padre biológico era una barrera importante. También lo era su estilo de vida de mujeriego.

Antes de mudarse a Las Vegas, J. T. se había hecho un nombre en la escena social de Miami. Había llevado una vida desenfrenada, ya fuera con barcos, coches caros o mujeres inaccesibles. No le había importado a quién hiciera daño siempre y cuando desagradase a su padre.

Violet le gustaba demasiado como para someterla a su insana dinámica. Además, no era una buena elección. Al contrario de las mujeres con las que salía normalmente, ella esperaría cosas de él. Cosas que no podría darle. Franqueza. Alegría. Confianza. Para estar con ella tendría que renunciar a las defensas que amortiguaban sus emociones y le protegían del dolor y de las desilusiones. Le sacaría de la oscura cueva en la que tan cómodo se encontraba y le pediría que encontrara la felicidad. ¿Cómo iba a hacer eso cuando no había logrado las herramientas necesarias en la infancia?

Su padre creía que cualquier cosa que se interpusiera con el negocio era mala. De niño, a J. T. le habían metido esa filosofía en la cabeza. Su madre se había vuelto débil por su necesidad de amor. La indiferencia del marido dominante al que adoraba había convertido su vida en un infierno, y ya había empezado a refugiarse en las drogas y el alcohol cuando Tiberius se marchó de la ciudad. Para cuando cumplió doce años, J. T. estaba acostumbrado a que sus padres le ignorasen y a que su abuelo se olvidara de él. Tampoco tenía familia por parte de su padre. La única persona que había mostrado algo de interés en él era su abuela, y ella pasaba el tiempo entre Miami, Virginia y Kentucky.

J. T. nunca había tenido una familia tradicional.

Estar junto a Violet le hacía ver lo que podía ser la vida de una persona normal. El amor que sentía por sus hermanas, por su madre y por Tiberius le hacía desear que le incluyera en su círculo. Pero no podía dar los pasos necesarios para lograrlo. La necesidad de tener contacto estaba ahí. Era una tentación. Uno de sus oscuros secretos.

Así que visitaba el Fontaine Chic noche tras noche y se sentaba en el bar. Ansiaba tener una relación con Violet, pero no sabía cómo. En términos de casino, estaba apostando el mínimo. Nunca ganaría mucho, pero tampoco iba a perderlo todo. Jugar sin riesgo no era su manera de vivir. Disfrutaba entregándose al peligro, pero apostar su corazón era otra historia.

–No sé lo que me deparará el futuro –respondió al fin–. ¿Me echarás de menos si me voy?

–Echaré de menos tu gestión –respondió ella con una sonrisa. Después descruzó las piernas para indicar que la conversación había terminado.

–Violet –J. T. le agarró la mano antes de que pudiera levantarse. Aquel contacto le produjo una reacción en cadena en su interior. La deseaba. No había duda. Pero lo que yacía bajo ese deseo era algo peligroso–. Siento mucho lo de Tiberius.

Le apretó la mano con cariño y después la soltó. Lo que deseaba hacer realmente era estrecharla entre sus brazos y dejar que llorara. Sabía que eso era imposible. No compartían esa intimidad. Eso resultaba un alivio y una frustración al mismo tiempo.

–Gracias –contestó ella. Se secó el rabillo del ojo y capturó las lágrimas con los nudillos–. Estoy hecha un desastre.

–Creo que estás preciosa.

Una afirmación tan sencilla en boca de un hombre tan complicado. Se sintió afectada por las palabras. Necesitaba un minuto para recomponerse, así que se excusó y se dirigió a la barra a por un par de servilletas para secarse las lágrimas. Cuando recuperó la compostura, regresó junto a J. T.

–¿Estás bien?

El hombre de negocios duro e implacable había vuelto. Violet asintió con la cabeza y suspiró aliviada. Lo poco que había visto de él le hacía un hombre mucho más interesante. Y eso era un problema.

Hacía tiempo que había aceptado que con solo una mirada de J. T. las hormonas se le disparaban. Podía controlar el deseo. Era una chica moderna a la que le gustaba el sexo. Tal vez no lo disfrutara con mucha frecuencia, pero eso no significaba que no tuviera interés. Era cuidadosa.

Lo que le preocupaba era que el corazón se le aceleraba cada vez que veía a J. T. Albergar ideas románticas acerca de un hombre tan inaccesible solo podía provocarle dolor. Y había visto de cerca los efectos de ese tipo de tristeza. Su madre había sido abandonada por su amante y había tenido que criar sola a un bebé. Ross Fontaine había tomado todo lo que Lucille Allen podía darle y se había marchado sin mirar atrás. Y a pesar de todo, su madre seguía queriendo a Ross y sería así hasta el día en que muriera.

No. Violet era demasiado lista para acabar como su madre. En cuanto pensó aquello, se arrepintió. Quería mucho a su madre, pero, siendo hija suya, había tenido que crecer demasiado deprisa. De no haber sido por Tiberius, no habría tenido infancia.

Cuando Violet entregara su corazón, sería a alguien accesible. Le impresionaba su reputación de hombre de negocios justo e inteligente, pero, en lo referente a las relaciones personales, nunca se implicaba del todo.

Tampoco le había dado razones para creer que la veía como algo más que una competidora que le había robado a su camarero favorito. Pero esa noche eso había cambiado. Le había preguntado si le echaría de menos si se iba y había parecido como si su próximo aliento dependiera de su respuesta.

Violet desechó aquellas ideas ridículas, pero no pudo ignorar cómo se le había acelerado el pulso al sentir la fuerza de su mano. Era deseo. Nada más. Era un hombre alto y fuerte. Guapo, con aquel pelo negro y esas cejas pobladas, con esos labios ligeramente caídos y ojos de un azul profundo.

–Será mejor que me vaya o me retrasaré –dijo, aunque no se movió. Algo había cambiado entre ellos esa noche, y alejarse de J. T. le resultaba difícil.

–Será mejor que yo también me vaya –respondió él mirando el reloj–. Si necesitas algo, espero que me llames.

Más sorpresas.

–Claro –contestó, aunque no sabía para qué iba a poder necesitar su ayuda. En general era bastante autosuficiente. Había tenido que serlo desde pequeña–. Es muy amable por tu parte.

–No es ser amable –dijo él en tono neutral–. Somos familia.

Su declaración fue la guinda de un pastel lleno de sorpresas.

–¿A qué te refieres?

–Puede que no sea un parentesco tradicional, pero eras la hija de mi tío.

–No legalmente.

–¿Crees que eso le importaba a Tiberius?

–No –Violet ladeó la cabeza y se quedó mirándolo–. Pero creía que a ti sí te

importaría.

–¿Por qué?

–La verdad es que no lo sé.

–Tendrás una razón para decir eso –insistió él.

No le gustaba admitir sus defectos, pero sentía que le debía una explicación a J. T. después de haber sido tan amable con ella.

–No me gustó crecer siendo la hija ilegítima de Ross Fontaine –explicó–. Que la familia Fontaine me tratara como si no existiera fue un peso para mí.

–Eso ha cambiado ahora. Henry Fontaine no solo te reconoció como su nieta, sino que te dio un hotel que dirigir y la oportunidad de dirigir el negocio familiar.

–Y casi todos los días eso me asombra. Pero a veces vuelvo a ser esa niña de once años a la que ridiculizaban sus compañeros de clase por presumir de ser la hija de Ross Fontaine, cuando todos sabían que él no quería saber nada de mí.

–Entiendo que eso fuera duro.

Le costaba creer que J. T. pudiera empatizar con su situación. Siendo el único heredero de Propiedades Stone, había crecido sabiendo quién era y cuál era su lugar.

–Así que crees que somos familia –dijo con lo que intentó que fuera una sonrisa cálida. A juzgar por la expresión de J. T., no consiguió su objetivo.

–No tuve oportunidad de conocer a mi tío –explicó él–. Creo que me he perdido mucho. Tú le conocías mejor que nadie. Por medio de ti me siento en contacto con él.

–Tu tío era mi padre en todos los aspectos menos en el legal. Supongo que eso nos convierte en primos.

–Supongo que sí. Buenas noches, Violet.

Abandonó el bar sin volver a tocarla y a Violet le inquietó su decepción. Podría acostumbrarse a sentir sus manos. ¿Sería eso un tanto siniestro ahora que habían acordado que eran primos?

Violet continuó con su paseo habitual y pensó en lo que opinarían sus hermanas de su conversación con J. T. Harper le ofrecería consejos sensatos. A pesar de ser algunos meses menor que ella, era la viva imagen del pragmatismo. Le diría que se mantuviese alejada de un hombre tan complicado. Su relación con Tiberius le convertía en enemiga de Preston Rhodes, el padre de J. T. Si J. T. y ella entablaban un contacto más profundo, eso complicaría la que ya de por sí parecía una relación difícil con su padre.

Mientras que Harper apelaría a su razón, la opinión de Scarlett apelaría a su corazón. Hacía algunas semanas, Scarlett había señalado que la presencia diaria de J. T. en el bar se debía a algo más que a Rick. Ella le diría que intentase conocerlo mejor; estaría convencida de que surgiría algo entre ellos.

El sexo con J. T. sería explosivo. Aquella noche, cuando le había apretado la mano, había estado tentada de acercarse y darle un beso en los labios. Sintió un escalofrío al pensarlo y negó con la cabeza. No podía ir por ese camino. Ni siquiera debería pensarlo. El problema era que, cuando estaba cerca de J. T., era incapaz de pensar con claridad.

La angustia y la pasión parecían bullir bajo aquellos trajes caros y esa apariencia profesional. En los seis años que hacía que le conocía, ocasionalmente había atisbado en él un dolor profundo y su instinto le había dicho que le ofreciera consuelo o ayuda. Pero J. T. era un hombre que se resistía a admitir cualquier vulnerabilidad o debilidad. Gracias a Tiberius, Violet sabía que la infancia de J. T. no había sido ideal. Su padre era un hombre de negocios despiadado que había manipulado a su suegro para desheredar a su propio hijo. Sus ansias de poder le habían hecho desatender a su esposa.

La madre de J. T. no se tomó bien el destierro de su hermano. Recurrió al alcohol y a las pastillas. Tiberius se mantuvo al corriente de su vida por amigos, pero no pudo hacer nada más que mantenerse al margen y ver cómo iba apagándose. Lo que Violet nunca había comprendido era por qué no se habría divorciado de Preston. De haberlo hecho, tal vez hubiera podido ser feliz.

Violet terminó el paseo y regresó a su despacho. A pesar de que fueran las tres de la mañana, no esperaba dormir. Tenía informes que revisar.

Las oficinas del hotel ocupaban una pequeña parte del tercer piso. Ella pasaba poco tiempo allí. Prefería estar abajo, donde sucedía la acción.

Era lo que había aprendido siguiendo a Tiberius por el Lucky Heart. Sintió un nudo en la garganta al contemplar la avenida principal de Las Vegas y ver el pequeño hotel y casino. Construido en los años sesenta, no contaba con las comodidades de los hoteles modernos. Tenía los techos bajos y había que cambiar la moqueta. La clientela iba por las copas baratas y se quedaba por las tragaperras defectuosas. Pero para ella siempre sería un hogar.

Por eso le había sorprendido la reacción de Tiberius cuando Henry Fontaine le había sugerido que fuese a trabajar para él. Violet había imaginado que Tiberius la desalentaría para que no se uniera al negocio familiar. Pero había sido al contrario. Tiberius sabía lo duro que había resultado para ella ser la hija ilegítima de Ross Fontaine. Al contrario que Scarlett, la otra hija ilegítima de Ross, ella había crecido en Las Vegas a la sombra de los lujosos hoteles y casinos propiedad de la dinastía Fontaine.

Cuanto mayor se hacía, más se frustraba siendo una forastera. Sin el apoyo de Tiberius, tal vez nunca hubiera aceptado que no necesitaba la aprobación de los Fontaine para ser feliz.

Quizá por eso empatizaba con J. T. Si su abuelo no hubiera muerto cuando tenía diez años, Preston nunca se habría hecho cargo de Propiedades Stone ni habría expulsado a su cuñado. La empresa habría seguido en manos de los Stone. Primero con Tiberius y después con J. T.

Asistir al funeral de su tío aquel día debía de haber sido duro para él. De lo contrario, no entendía por qué habría compartido con ella sus preocupaciones por la empresa. No era propio de él ser tan directo.

Sonrió al imaginárselo reprendiéndose a sí mismo hasta llegar al Titanium.

Era una propiedad espectacular. Había pasado sus dos primeros años en Las Vegas reconstruyendo el hotel y casino. Era más grande que el Fontaine Chic y el Fontaine Richesse juntos, con una zona de convenciones y un campo de golf de dieciocho hoyos. Como ella admiraba el estilo del hotel, había contratado a los mismos diseñadores para dar vida a su proyecto para el Fontaine Chic.

¿Qué sería de Propiedades Stone si J. T. se marchaba? Por muy herido que se hubiera sentido al ver que su padre se creía las mentiras de Preston y le desheredaba, a Tiberius siempre le había preocupado la empresa bajo el liderazgo de Preston. Y le preocuparía la dimisión de J. T.

–No es mi problema –murmuró, aunque ya había empezado a darle vueltas a la cabeza.

Tiberius habría querido que ayudara a J. T. A pesar de los años que habían pasado separados, poco antes de su muerte, Tiberius había empezado a acercarse a su sobrino.

Y Violet estaba segura de que podría mantener la cabeza despejada y las hormonas bajo control el tiempo suficiente para ayudar a J. T. a salvar Propiedades Stone. Tras tomar

esa decisión, se dirigió a su suite para ducharse e irse a dormir.

Capítulo Dos

Violet miraba con los ojos secos las estanterías repletas de libros de derecho que cubrían las paredes del despacho del abogado. Su madre estaba sentada a su lado, llorando suavemente. En las semanas transcurridas desde la muerte de Tiberius, Lucille había gastado una docena de cajas de pañuelos.

Una parte de Violet se avergonzaba de haber atravesado tan deprisa las etapas del dolor, mientras que su madre se había ido directamente a la depresión, y se había quedado allí.

–Eso nos lleva al Lucky Heart –continuó John Malcolm, el abogado de Tiberius–. Como probablemente sepáis, el casino está endeudado.

Violet asintió y le apretó la mano a su madre para consolarla, aliviada porque Tiberius hubiera invertido su fortuna personal sabiamente y hubiera reservado lo suficiente para que Lucille nunca tuviera que preocuparse por el dinero.

–No entiendo por qué. Durante el tiempo que yo trabajé allí, nunca estuvo en números rojos. Y el negocio tampoco ha caído en los últimos cinco años. Tiberius era demasiado hábil para permitir que eso ocurriera. ¿De dónde proviene entonces la deuda?

–Lo tenía hipotecado para comprar acciones.

–¿Acciones? –eso no parecía propio de Tiberius–. ¿Por qué iba a hacer eso? No confiaba en Wall Street. Decía que era de idiotas.

–Estaba comprando acciones privadas.

–Entonces, ¿podemos vender las acciones y saldar la deuda del Lucky Heart?

–Por desgracia, no podéis hacer eso.

–¿Por qué no? ¿Qué tipo de acciones compraba?

–Acciones de Propiedades Stone.

Violet se inclinó hacia delante. ¿Le habría oído correctamente?

–¿Por qué iba a hacer eso?

–Tenía sus razones –contestó el abogado.

Se le ocurrieron diversas posibles razones por las que Tiberius podría haberle ocultado algo así. Entonces recordó su conversación con J. T. hacía unos días.

–¿Cuántas acciones tenía?

–En los tres meses anteriores a su muerte, había conseguido hacerse con el dieciocho por ciento.

Violet sentía cada vez más curiosidad. ¿Acaso la adquisición de acciones de la empresa tendría algo que ver con haber restablecido su relación con J. T.? Juntos habrían controlado el cuarenta y ocho por ciento de Propiedades Stone, no lo suficiente para tomar el control y echar a Preston, pero si lograban asegurarse otro tres por ciento…

¿Eso era lo que pretendía Tiberius?

–¿Le ha dejado las acciones a J. T.?

John Malcolm pareció sorprendido.

–No. Te las ha dejado a ti.

Cualquier persona normal que hubiera heredado el dieciocho por ciento de una empresa multimillonaria se habría puesto a dar saltos de alegría, o al menos sonreiría. Violet, en cambio, no tenía ganas de celebrarlo. El precio era demasiado alto. Había

perdido al hombre que había sido un padre para ella.

–¿Por qué a mí y no a mi madre?

–Confiaba en que sabrías qué hacer con ellas.

–Primero Scarlett hereda un almacén lleno de archivos secretos y ahora esto –murmuró ella, pensando en toda la información privada que Tiberius había recopilado durante los años sobre conocidos y familiares–. ¿Qué otras sorpresas les deparará Tiberius a las hermanas Fontaine?

–En lo referente a las condiciones de la herencia…

–Ahora viene el golpe –murmuró Violet. Quería mucho a Tiberius, pero era un bastardo lleno de secretos.

John Malcolm ignoró el comentario.

–No puedes vender las acciones, ni donarlas ni regalarlas. Hasta que muera Preston Rhodes.

Obviamente Tiberius deseaba asegurarse de que su cuñado nunca tuviera acceso a las acciones.

–Probablemente no valga nada para cuando eso suceda –dijo ella.

–Y hay otra cosa más –continuó John Malcolm como si no hubiera hablado–. No puedes votar porque no eres de la familia.

Violet se recostó en la silla y miró al abogado con asombro. ¿Por qué Tiberius no le habría dejado las acciones a J. T.? La respuesta se le ocurrió de inmediato. Porque su relación con J. T. no había llegado a ese nivel de confianza. Probablemente Tiberius pensara que tenía tiempo para llegar a conocer a su sobrino. Tampoco era que estuviese planeando que le asesinaran.

–Gracias por tu ayuda –dijo Violet, y se puso en pie para darle la mano al abogado.

–Sí –intervino Lucille–. Gracias. Sé que fuiste un buen amigo de Tiberius todos estos años.

–A veces me sentía más como un conspirador –confesó John Malcolm con una sonrisa irónica–. Pero era un placer para mí considerarlo amigo y cliente.

Violet y su madre abandonaron el despacho del abogado y se dirigieron hacia el aparcamiento.

–No puedo creer que Tiberius te haya dejado todas esas acciones –comentó Lucille–, y que ni siquiera puedas hacer nada con ellas.

–¿A ti te contó lo que se proponía?

–Ya sabes que no hablaba de negocios conmigo –contestó su madre con una sonrisa melancólica.

No. Tiberius siempre intentaba mantener conversaciones divertidas y alegres con Lucille. Le encantaba cuando sus ojos brillaban de felicidad.

–Puede que me pase por su despacho cuando te deje en casa –dijo Violet.

–Puede que haya algo en sus archivos.

Cuando llegaron a la casa que Lucille había compartido con Tiberius durante años, Violet descubrió que su madre tenía razón. Había diez archivos relacionados con la compra de las acciones. Dos contenían el papeleo de las acciones que Tiberius había comprado. Los otros ocho contenían información sobre miembros de la familia con los que aún no se había puesto en contacto. Su interés aumentó mientras leía las notas de Tiberius. Conseguir otro tres por ciento del accionariado no sería fácil, pero tenía idea de cómo lograrlo. Aunque tampoco le serviría de nada. Poseía el dieciocho por ciento de las acciones y no podía librarse de ellas ni votar.

¿Qué se suponía que iba a hacer con ellas? ¿Qué habría querido Tiberius que hiciera?

La idea de verse envuelta en la intriga que rodeaba a Propiedades Stone le dejaba un mal sabor de boca. Estaba más que satisfecha con su pedazo de avenida en Las Vegas. Desde que pasara a dirigir el Fontaine Chic, era feliz. Eso era lo único que necesitaba. No le importaba ganar o no el concurso de su abuelo para decidir cuál de las tres hermanas Fontaine le sucedería al frente de la empresa. Era realista con respecto a sus posibilidades. Con la educación y la experiencia de Harper, ella ganaría el concurso. Además, era su derecho de nacimiento. Igual que Propiedades Stone era de J. T.

Si hubiera algo que ella pudiera hacer para que él pudiera ocupar el lugar que le pertenecía… Aunque J. T. no deseaba su ayuda, eso no importaba. Tenía que concentrarse en seguir con el plan de Tiberius de recuperar la empresa de su familia. Pero ¿cómo?

Cuando se le ocurrió la respuesta, se quedó asombrada por su simplicidad y por su temeridad. No podía hacer eso. La idea era una locura. Por otra parte, quizá la situación requiriese una locura.

Y solo había una manera de averiguarlo.

J. T. estaba a punto de abandonar su lugar habitual en el Baccarat para volver a su hotel cuando vio a Violet acercarse al bar. Se sintió relajado de inmediato.

Desde que descubriera lo que se proponía hacer su padre con la empresa, se había sentido frustrado y necesitaba alguien en quien poder confiar. Confiaba en Violet. Compartir con ella sus problemas le había aliviado.

Los últimos cinco días no había aparecido por el bar. O estaba ocupada o estaba evitándolo.

Para su tranquilidad, en cuanto entró en el bar y le vio, se dirigió hacia él y se sentó a su lado. El vestido negro que llevaba esa noche tenía un escote redondeado que dejaba ver la parte superior de los pechos. Mantener la atención fija en su cara resultó todo un desafío.

–Me alegra que estés aquí esta noche –dijo con determinación.

J. T. se abstuvo de recordarle que estaba allí todas las noches. Ya le tenía comiendo de su mano. ¿Por qué darle más poder?

–Estás preciosa –respondió.

–Gracias –dijo ella, y por unos segundos pareció haber perdido la línea de pensamiento.

A pesar de la luz tenue del bar, advirtió cierto color en sus mejillas. En ese instante se dio cuenta de que Violet había sentido el impacto de su atracción por ella, aunque no quisiera admitirlo.

Aquello le dio ganas de acariciar su piel, de estrechar su cuerpo contra el suyo y oír sus suspiros bajo. Se imaginó deslizándole la lengua por los pechos mientras ella gemía.

–J. T., ¿estás escuchándome?

–Perdona. Estaba distraído. ¿Llevas un nuevo perfume?

–Tiberius se lo regaló a mi madre las Navidades pasadas. Desde que murió, ella no puede ponérselo, pero a mí me encanta como huele, así que me ha regalado el frasco.

–Huele bien –murmuró él.

–Gracias –Violet hizo una pausa y lo miró con los párpados entornados–. Hace un par de días fuimos a ver al abogado de Tiberius para la lectura del testamento.

–Y os lo ha dejado todo a tu madre y a ti –supuso J. T.

–Sí. Pero lo que me sorprendió fue lo que me había dejado a mí.

–Su casa, sus cuentas bancarias, el hotel. ¿Qué más?

–El dieciocho por ciento de las acciones de Propiedades Stone.

La noticia supuso un duro golpe para él.

–¿Cómo las consiguió?

–Hipotecó el Lucky Heart y compró todas las acciones que pudo.

–Pero ¿por qué?

–¿Para vengarse de tu padre?

–El dieciocho por ciento no le serviría de nada. Cuando mi madre murió, le dejó a mi padre el treinta por ciento de la empresa. Combinado con el resto de lo que posee mi familia, tiene suficientes votos para controlar la empresa.

–Hasta hace dos meses, cuando cumpliste treinta años. Hasta entonces, tu padre controlaba tu fondo fiduciario, ¿verdad?

–Sí –J. T. no sabía cómo interpretar lo que estaba oyendo–. ¿Crees que mi tío quería que uniésemos nuestras fuerzas? –recordó las cenas a las que le había invitado Tiberius–. Nunca me dijo tal cosa.

–Creo que quería llegar a conocerte antes de comprometerse a nada.

Por primera vez en años, J. T. experimentó cierta emoción. Combinando lo que él tenía con las acciones de Violet, le faltaría solo un tres por ciento para arrebatarle la empresa a su padre y reparar el daño causado.

–¿Cuánto quieres por tus acciones?

–Ahí es donde se complica la cosa.

–¿Por qué se complica?

–Las condiciones del testamento de Tiberius no me permiten venderlas, intercambiarlas o donarlas. De lo contrario, has de saber que te las daría a ti.

–Pero puedes darme tu voto.

–Ese es el otro problema –dijo ella en tono de disculpa–. Por el modo en que tu abuelo estableció las acciones, solo los miembros de la familia pueden votar. Como yo no soy de la familia, mis votos no cuentan.

–Así que estamos de nuevo en la casilla de salida –contestó J. T. con exasperación–. Si tus votos no sirven, mi padre sigue teniendo el control de la mayoría de las acciones.

–No estamos de nuevo en la casilla de salida –respondió Violet–. Si yo fuera de la familia, podría votar.

–Si fueras de la familia, sí –convino J. T.–. Pero no lo eres.

–Podría serlo.

–¿Cómo?

–Podríamos casarnos.

–¿Casarnos?

–Solo por las acciones, claro. No hay nada en el testamento de Tiberius que diga que no puedo casarme para ceder las acciones.

–Dado que sabía que nunca nos casaríamos, probablemente no se le pasó por la cabeza.

Ella ladeó la cabeza y lo miró con solemnidad.

–¿Y cómo sabía él algo así?

–Le dije que no tenía intención de empezar nada contigo.

–¿Hablasteis de mí?

–Sí. Cuando llegué a la ciudad. Tiberius había oído hablar de mis actividades en

Miami y le preocupaba que, si iba detrás de ti, acabaras sufriendo. Así que accedí a mantener la distancia.

–Qué noble por tu parte –contestó ella con ironía.

–No tan noble –dijo él–. Fue una promesa fácil de hacer. No eres mi tipo.

Ella se quedó mirándolo varios segundos. Pero después le colocó la mano en el muslo y la dejó ahí.

–Tú tampoco eres mi tipo –pero su tono aterciopelado y su mirada seductora parecían decir justo lo contrario–. Eso haría que nuestro matrimonio de conveniencia resultara fácil.

J. T. mantuvo una expresión impávida. Violet no tenía por qué saber la verdad. Se había prometido a sí mismo que no ocurriría nada entre ellos.

–Así debería ser. Y además no es para siempre.

–Cierto. Solo tenemos que permanecer casados el tiempo necesario para que yo renuncie a mis acciones en la reunión anual. Es a finales de agosto, ¿verdad?

–El veinticinco de agosto.

–Solo quedan seis semanas.

–A tu familia no le hará gracia que te cases conmigo sin firmar un acuerdo prenupcial.

–Ahora mismo no valgo más que las acciones que he heredado de Tiberius y lo que he ahorrado para la jubilación. Podemos firmar un acuerdo sencillo que diga que saldremos del matrimonio igual que llegamos a él.

Violet hacía que todo sonara razonable. ¿Por qué entonces estaba dudando?

Involucrarse con Violet sería complicado y terminaría con dolor. El de él.

Aunque tampoco iban a casarse de verdad. Tendría que recordar eso.

–Entonces, ¿vamos a hacerlo? –preguntó ella mientras le apartaba la mano del muslo.

–¿Estás segura de querer casarte conmigo?

–¿Que si quiero? Desde luego que no –contestó ella con una carcajada–. Pero siento que le debo a Tiberius terminar lo que empezó. Y me gustaría que recuperases la empresa de tu familia.

J. T. se quedó contemplando sus rasgos y solo vio altruismo en su expresión. Su sacrificio le hacía sentir incómodo.

–Entiendo que te sientas obligada a hacerlo por Tiberius, pero no sé si es muy buena idea.

–No me siento obligada.

–De acuerdo, pero también estás buscando la manera de sacar partido a tus acciones, ¿no?

Ella ladeó la cabeza y lo observó en silencio durante varios segundos.

–Tú mismo dijiste que la empresa no va bien con tu padre al frente. Si sigue así, las acciones perderán valor. Tal vez incluso acaben por no valer nada. Sé que tú serás mucho mejor presidente. Estoy protegiéndome de la mejor manera posible.

Su respuesta parecía convincente y J. T. sentía cada vez menos dudas. Aun así, debía negarse. Pero la idea de acercarse más a Violet era demasiado tentadora para dejarla pasar.

–Entonces me apunto –estaba a punto de arrodillarse en el suelo y pedirle matrimonio formalmente, pero ella habló antes.

–Creo que deberíamos hacerlo lo antes posible. Antes de que alguno de los dos

recupere el sentido común.

–¿Cuándo? ¿El sábado?

–¿Qué te parece ahora? –sugirió ella–. ¿O es demasiado precipitado?

–Un poco –pero qué diablos. Si esperaban, la anticipación podría llevarle a cometer una estupidez. Como dejarle ver lo mucho que la necesitaba–. Pero puede hacerse. ¿En tu capilla o en la mía?

–Mejor en un lugar neutral. ¿La capilla del Túnel del Amor?

–Muy romántico.

–Bien –Violet miró su teléfono–. He reservado hora a medianoche.

–Estabas muy segura de que diría que sí.

–Tenía sentido que aceptaras, por tu empresa.

Pero lo último en lo que J. T. pensaba en ese momento era la empresa. Estaba pensando en todas las cosas que haría un marido con su esposa.

–¿Vas a dejarme a mí reservar la suite nupcial?

Ella pareció horrorizada.

–Puede que no lo haya dejado claro. Un matrimonio de conveniencia significa que no habrá sexo.

–¿Ni siquiera en la noche de bodas?

–Creí que no era tu tipo.

–Dado que vas a ser mi esposa, pensaba que debería hacer una excepción solo por esta vez.

–Es una idea preciosa, pero deberíamos mantener la profesionalidad entre nosotros.

–Lo que tú digas.

–Así las cosas serán más fáciles.

En eso se equivocaba. Nada sería fácil estando casado con Violet. De hecho, sería mejor que se preparase, porque la cosa iba a ponerse realmente dura.

Mientras atravesaba el vestíbulo del Fontaine Chic, Violet decidió que no pasaba nada porque una novia se sintiese excitada y algo aterrorizada el día de su boda. Sobre todo si el novio era sexy y enigmático y la decisión de casarse había sido tomada con una mezcla de lógica e impulso.

Con un vestido de encaje blanco que se había comprado aquella mañana en una de las tiendas del hotel y el corazón latiéndole más deprisa que el sonido de los tacones sobre el suelo de mármol negro, llevaba una bolsa y un maletín con los archivos de Tiberius sobre los accionistas de Propiedades Stone. Aun sabiendo que era mala idea, se había dejado convencer por J. T. para pasar su noche de bodas juntos en su casa. En dormitorios separados, por supuesto.

No le preocupaba que fuese a aprovecharse de ella. Ya había dejado claro que no era su tipo, cosa que aún le dolía. Con su reputación de mujeriego, no entendía qué no podía gustarle ella.

¿Era demasiado baja? ¿Demasiado delgada? ¿Demasiado gorda? ¿No lo suficiente sexy?

Había un BMW azul descapotable esperándola en la entrada del hotel. J. T. estaba apoyado en el capó del coche con un traje gris oscuro, casi negro, una camisa blanca y una corbata roja que enfatizaba su carisma. No la había visto aún, así que pudo observar su postura relajada y su belleza mientras bromeaba con uno de los botones.

Estaba riéndose aún cuando sus miradas se encontraron. El poder de su sonrisa le dejó sin aire en los pulmones.

–Justo a tiempo –dijo él acercándose para tomarle las bolsas.

¿Estaría acostumbrado a esperar a las mujeres con las que salía? Probablemente ellas se tomasen más tiempo que Violet en arreglarse. De hecho los nervios le habían impedido usar el lápiz de ojos con pulso firme. No se le ocurrió que no se había pintado los labios hasta que J. T. se fijó en su boca.

Buscó en su bolso, pero solo encontró cacao.

–Maldita sea –murmuró–. No tengo pintalabios.

–No lo necesitas –J. T. le abrió la puerta del coche y le dejó espacio de sobra para que entrara. Era casi como si estuviera evitándola.

–No sé si me siento vestida del todo sin él.

–Te aseguro que estás completamente vestida.

¿Fue humor lo que vio en su expresión? Cómo habría deseado poder leerle el pensamiento. Sería agradable saber cómo pensaba el hombre con el que estaba a punto de casarse, pero probablemente no ocurriese nunca. Él se aseguraría de ello.

–Me pregunto qué más se me habrá olvidado guardar en la maleta –murmuró ella–. He tenido que ocuparme de unas cosas urgentes con mi ayudante. Me daba miedo llegar tarde.

–¿Y que cambiara de opinión?

–Se me ha pasado la idea por la cabeza –Violet se acomodó en su asiento y le vio rodear el coche por delante–. ¿Qué me dices de ti? ¿Creías que me iba a echar atrás?

–No. Creo que eres la persona más fiable que conozco –hizo que sonara como si supiera más de ella de lo que podría deducirse por su escasa relación. Se sentó tras el volante y puso en marcha el motor.

Violet se quedó mirando su perfil, admirando el ángulo de su mandíbula y sus largas pestañas.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Tu reputación en la ciudad. Siempre que te comprometes con una causa o le prometes algo a un amigo, cumples con tu palabra. Pase lo que pase.

Mientras el coche avanzaba hacia el bulevar de Las Vegas Sur, Violet se llevó las manos a las mejillas y descubrió que estaban ardiendo por la vergüenza.

–No hago más que cualquier otra persona.

–Y después le quitas importancia a todas las cosas buenas que haces. Hace que la gente se aproveche de tu generosidad.

¿Estaría intentando advertirle de que eso era lo que estaba haciendo? De ser así, era demasiado tarde. Ya se había comprometido con su causa.

–Haces que parezca una idiota.

–Intentaba hacerte un cumplido.

–Un cumplido con doble intención, quizá. «Eres un felpudo de lo más fiable» –se burló–. Bonita manera de hablar de tu futura mujer.

J. T. gruñó con impaciencia.

–En el futuro recordaré que los halagos te ponen de mal humor.

–Asegúrate de recordarlo. Prefiero la sinceridad a las palabras vacías –se quedó mirándolo en silencio hasta que se detuvo en un semáforo y la miró–. ¿Te va a suponer eso un problema?

–En absoluto.

–Bien. Piensa en mí como en una empresaria y nos llevaremos bien.

J. T. se limitó a asentir con la cabeza.

Diez minutos más tarde entraron en la capilla del Túnel del Amor. No era la primera vez que Violet pasaba por el túnel. Su mejor amiga del instituto se había casado allí el día después de la graduación, dos meses antes de que naciera el pequeño Cory. J. T., sin embargo, parecía no haber visto nunca algo como aquel techo azul adornado con cupidos y estrellas.

Detuvo el coche frente a una cabina con un cartel en el que ponía «Ventanilla de bodas sobre ruedas». Rellenaron los formularios para obtener la licencia de matrimonio. Casarse en Las Vegas era algo fácil. ¿Quizá demasiado? El tiempo para pensárselo dos veces duraba un abrir y cerrar de ojos. Cuando comenzaron a sonar las primeras palabras de la ceremonia nupcial, Violet sintió un extraño zumbido que inundaba sus oídos.

¿De verdad estaba casándose con J. T. Stone? Violet miró al hombre que había en la ventanilla de la cabina y después a J. T. No pudo evitar sonreír. Tras repetir los votos que había pronunciado el pastor, Violet se vio abrumada por la imagen fantasiosa de su boda. No reconoció su propia voz al prometer amarle y respetarle. Pero regresó a la realidad cuando J. T. sacó dos anillos de platino y le puso uno en el dedo.

Tuvo solo un segundo para contemplar el engaste del anillo. Tenía una montura cuadrada, el diamante era redondo y las esquinas estaban adornadas con filigranas. Imaginó que la piedra debía de ser de más de dos quilates y medio. Tenía diamantes más pequeños alrededor de la piedra central. J. T. le puso el anillo en la mano izquierda. En cuanto se dio cuenta de que le cabía, todo su nerviosismo desapareció y fue consciente de que estaba haciendo lo correcto.

El pastor interrumpió sus pensamientos.

–Ahora el novio.

J. T. le entregó el otro anillo y repitió los votos que simbolizaban amor y compromiso y le puso el anillo en el dedo.

–Yo os declaro marido y mujer.

Violet tenía taquicardias desde que J. T. accedió a casarse con ella. Ahora sentía que el corazón iba a salírsele por la boca. Lo habían hecho. Para bien o para mal, no había vuelta atrás.

–Puedes besar a la novia.

Violet esperó el primer beso de J. T. Llevaba horas con un nudo en el estómago. ¿Cómo la besaría? ¿Sería apasionado? ¿Romántico? ¿La estrecharía entre sus brazos y la dejaría sin aliento? ¿O la seduciría con besos lentos y sensuales?

Nunca habría imaginado que le agarraría la barbilla con los dedos y le daría un beso rápido en la comisura de los labios. Perdida en un mar de decepción, Violet se limitó a cumplir con los formalismos y aceptó las felicitaciones de los testigos con pesar en el corazón.

Y así, sin más, el coche salió de la capilla del Túnel del Amor y regresó a las luces y al ruido de Las Vegas. Mientras J. T. conducía hacia la autopista, ella se quedó mirando el anillo. ¿Cómo habría conseguido anillos de boda en tan poco tiempo?

–Es de mi abuela –dijo J. T. como si le hubiera leído el pensamiento–. Y el mío es de mi abuelo. Me pasé por el rancho antes de ir a recogerte.

Violet se quedó mirándolo con la boca abierta, incapaz de decir nada sabiendo que llevaba una herencia familiar. Harper se reiría de ella por creer que las joyas guardaban la energía de quien las llevaba, pero ¿qué otra cosa podría explicar la tranquilidad que había

sentido cuando J. T. le había puesto el anillo de su abuela?

–¿Ocurre algo? –preguntó él.

–Podríamos haber comprado anillos en la capilla.

–¿Por qué? Si estos estaban llenos de polvo en mi caja fuerte.

–Pero es el anillo de tu abuela.

–Y confío en que, cuando ya no sea necesario, me lo devolverás.

–Por supuesto.

Suspiró y decidió dejarlo correr. En pocos meses el anillo volvería a estar en su caja fuerte.

Capítulo Tres

A medida que el coche avanzaba por la noche de Nevada, el torrente de adrenalina con el que había vivido los últimos dos días empezó a disiparse. Su seguridad en sí misma se desvaneció también. Ahora estaba casada con un hombre que, a todos los efectos, era un desconocido. Y con las barreras defensivas que había construido a su alrededor, probablemente siguiera siéndolo por mucho que ella intentara averiguar algo. Cosa que no debería hacer.

Lo que debía recordar era que, a pesar de los votos de matrimonio que acababan de intercambiar, la suya era una unión de conveniencia. En beneficio mutuo. J. T. podría recuperar el negocio de su familia. Ella terminaría lo que había empezado Tiberius y mantendría el valor de las acciones.

–¿Qué te preocupa ahora? –preguntó él.

–Nada, ¿por qué?

Se habían dirigido hacia el norte por la I-25. Su rancho estaba en las afueras de la ciudad. Al principio ella se había resistido a alejarse tanto del hotel sin previo aviso, pero, desde la muerte de Tiberius, no había parado de trabajar y sabía que le vendría bien una noche libre.

–No has dicho una palabra en quince minutos –respondió J. T.–. No es propio de ti.

–¿Ha sido una locura lo que acabamos de hacer?

–Completamente –J. T. se salió de la autopista y giró a la izquierda para meterse por una carretera de doble sentido–. ¿Has cambiado de opinión?

–No –y le sorprendió darse cuenta de hablaba en serio–. Todo saldrá bien. Simplemente hemos de conseguir el último tres por ciento en el que Tiberius había estado trabajando antes de la próxima reunión de accionistas.

J. T. asintió.

–De un modo u otro, podremos divorciarnos antes del otoño.

El estómago le dio un vuelco al ver sus ganas de librarse de ella, y se reprendió a sí misma por reaccionar de una manera tan tonta. Ese era el trato al que habían llegado. No tenía derecho a desear nada más.

–Entonces será mejor que nos pongamos a trabajar de inmediato –dijo ella–. He traído todos los archivos que encontré en su escritorio. Estaba a punto de ponerse en contacto con otros ocho accionistas. Cuatro de ellos parecen prometedores.

–Les echaré un vistazo por la mañana.

Violet se dio cuenta de que empleaba la primera persona del singular. Antes de regresar al Fontaine Chic al día siguiente, estaba decidida a hacerle entender que aquella misión era un trabajo en equipo. Se había casado con él y estaba decidida a que no se enfrentara a su padre él solo.

–Esto va a funcionar.

J. T. le dirigió una mirada taciturna.

–¿Siempre eres tan optimista?

–Haces que parezca algo malo.

–No es malo, pero no sé si es realista. ¿Nunca te preocupas?

–No por el futuro. ¿Por qué preocuparse? Es un folio en blanco, lleno de

posibilidades.

Él no respondió y ella intentó sentirse cómoda con el silencio que volvió a apoderarse del coche. Pero la conversación inacabada zumbaba en sus oídos como un enjambre de abejas.

–Todas las noches pasas en el bar poniendo mala cara. Dime de qué sirve preocuparse por cosas que no han pasado.

–No es el futuro lo que me preocupa, sino el pasado. Cosas que me gustaría reparar, hacer de manera diferente, pero no puedo.

–¿Como por ejemplo?

–Nada de lo que me apetezca hablar.

Violet suspiró y se quedó callada. Aquel hombre era un enigma. Sabía que su niñez no había sido fácil. La ambición de su padre, las drogas y el alcohol de su madre. Las heridas emocionales que había sufrido de niño le habían convertido en un adolescente salvaje. Cuando J. T. llegó a Las Vegas, Tiberius le advirtió que se mantuviese alejada de él. Era un hombre adulto que solo utilizaba a las personas y después las abandonaba.

La opinión inicial que Tiberius tenía de su sobrino era acertada, pero Violet sospechaba que había más por descubrir. Llevada por la curiosidad de la familia Stone, buscó en Internet y descubrió en qué tipo de problemas podía meterse un chico rico de Miami. Aunque apenas hubiera tenido contacto con él en los últimos seis años, no creía que fuese de los que actuaban sin motivo. Pero, fuese cual fuese su motivo, estaba encerrado en lo más profundo de su corazón, y probablemente seguiría así.

–Veo que te cuesta olvidar –dijo ella–. ¿Crees que eso te hace bien?

–Revivir los acontecimientos del pasado me ayuda a evitar situaciones similares en el futuro.

Al pensar en su vida, Violet decidió que probablemente pudiera aprender de sus experiencias. ¿Con cuántos hombres había salido que en realidad necesitaban que fuera su psicóloga, su consejera financiera o terapeuta? Con demasiados. Y ahí estaba, haciéndolo de nuevo. Salvo que, en esa ocasión, había ido demasiado lejos y se había casado.

J. T. condujo el coche por un camino iluminado y lo detuvo frente a una enorme casa de estuco y piedra. En los maceteros había plantas y flores tropicales cuyas formas suavizaban la arquitectura cuadrada de la vivienda.

–Esta casa bien merece el viaje –comentó Violet mientras salía del coche. El camino que conducía a la puerta principal estaba flanqueado por columnas y antorchas. El efecto era elegante y acogedor–. No puedo creer la tranquilidad que se respira aquí –para una chica que prácticamente había crecido en la avenida principal de Las Vegas, el silencio resultaba un poco inquietante.

–Espera a mañana. La vista desde el salón es lo que me decidió a comprar la propiedad –J. T. sacó su bolsa del maletero y le hizo gestos para que fuese delante de él.

Violet se quedó impresionada con el resto de la casa cuando J. T. se la enseñó. Los espacios diáfanos podrían parecer poco acogedores, pero los techos abovedados, la iluminación indirecta y los tonos del desierto le daban un aspecto muy hogareño. En el salón había unas puertas correderas de cristal que daban al jardín. La cocina era casi tan grande como su suite del hotel y tenía incluso una cava para enfriar el vino.

–Ojalá supiera cocinar –comentó mientras deslizaba la mano por la isla de granito.

–¿No sabes? –J. T. había sacado una botella de champán y un par de copas. Descorchó la botella y llenó las copas.

–Solo lo básico –respondió ella mientras aceptaba el champán–. No lo suficiente

para hacer justicia a todos estos electrodomésticos –se enorgulleció de sí misma por mantenerse firme cuando J. T. invadió su espacio personal y levantó la copa.

–Por una fusión de éxito –declaró a modo de brindis.

–Por lograr arrebatarle la empresa a tu padre –añadió Violet antes de dar un pequeño trago a su copa. El hombre que tenía ante ella ya resultaba embriagador. No necesitaba añadir alcohol a la mezcla.

–Es más de la una. ¿Quieres que te muestre tu habitación?

–¿Para hacer qué? –preguntó ella mientras se acercaba a las ventanas–. ¿Dar vueltas durante horas? No sé tú, pero yo rara vez me acuesto antes de las tres –divisó una piscina de color turquesa detrás de la casa–. ¿Puedo utilizarla?

–Desde las doce y cuarto de esta noche, la mitad de la casa te pertenece. No tienes que preguntármelo.

Violet se quedó con la boca abierta y se olvidó de su idea de nadar a la luz de la luna.

–Oh, no. No es eso lo que acordamos. Y, cuando nos divorciemos, seguiremos cada uno por nuestro lado. No quiero la mitad de tu casa.

–Tal vez debamos renegociar nuestro trato. Puede que tenga que pedir una pensión alimenticia en el acuerdo de divorcio.

–¿Por qué ibas a necesitar una pensión alimenticia?

–Porque, si nuestro plan fracasa, mi padre me echará del negocio familiar y, tal como van las cosas, las acciones no valdrán mucho –se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos–. Mientras que tú valdrás millones como presidenta de la cadena Fontaine.

Como no sabía si estaba burlándose de ella o no, Violet se abstuvo de hablar de sus posibilidades de ganar el concurso de su abuelo.

–Nunca pensé que acabaría manteniéndote –respondió–. Tal vez deberíamos pedir la anulación…

–¿Mientras podamos? –preguntó J. T. con voz aterciopelada.

–Deja de bromear. El hecho de que estemos casados y solos en esta casa en nuestra noche de bodas… –Violet dejó la frase a medias. ¿Qué estaba intentando demostrar?

–No significa que vayamos a caer presa de nuestros instintos más básicos –concluyó J. T.

–Exacto.

–¿Aunque esos instintos se vean alentados por el champán y la curiosidad?

Violet dejó su copa y le dio un vuelco el corazón al darse cuenta de que estaba vacía.

–Creo que es hora de que me enseñes el dormitorio. Mi dormitorio –le dijo con las mejillas sonrojadas–. Donde voy a dormir. Sola.

J. T. recogió su bolsa y señaló el lugar por donde habían entrado.

–Está arriba.

Violet achacó el mareo al champán, pues se negaba a creer que se sintiera abrumada por la idea de pasar la noche a solas con J. T. en su casa. ¿Su habitación estaría al final del pasillo o pegada a la de ella?

«Contrólate», se dijo a sí misma. «No eres una virgen en su primera fiesta de la fraternidad. Eres una empresaria de éxito y este hombre es un compañero. Mantén la calma y todo saldrá bien».

–Aquí está –J. T. abrió una puerta y la hizo entrar. La habitación tenía una cama doble con mesillas a juego, una cómoda y una pequeña zona para sentarse frente a una

chimenea de gas. J. T. dejó su bolsa sobre la cama y regresó a la puerta, donde ella se encontraba.

–Es muy bonita. Gracias.

–Soy yo el que debería darte las gracias. Si tu idea funciona, podré salvar la empresa de mi familia. Y esa es una deuda que no podré pagarte –J. T. se inclinó y le dio un beso en la mejilla–. Buenas noches, Violet. Me aseguraré de tener té verde preparado por la mañana.

¿Sabía que no bebía café? Recordó haber mantenido con él una conversación sobre el té y el café hacía mucho tiempo. Y se había acordado.

–Es muy amable por tu parte. Y una cosa más –antes de poder pensar en lo correcto de sus acciones, se puso de puntillas y le colocó las palmas de las manos en los hombros. Dejó a un lado todo pensamiento racional y enredó los dedos en su pelo–. En la boda no me has dado un beso en condiciones.

–Entonces déjame enmendar eso ahora mismo –respondió él antes de agachar la cabeza y besarla.

Violet se quedó sin respiración. Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo parecieron cobrar vida. Sintió el cosquilleo en la piel con el roce de su camisa de algodón contra sus brazos desnudos cuando le sujetó la cabeza con las manos. Sus labios eran firmes, pero más suaves de lo que había imaginado. La fricción de su boca hizo que emitiera un gemido desde lo profundo del pecho.

El sonido hizo que él aumentara la presión de los labios, pero se apartó antes de que ella pudiera dejarse llevar por la pasión. J. T. le mordió el labio y tiró con suavidad. Ella arqueó la espalda para acercarse más. Aquello era mucho mejor de lo que había imaginado.

J. T. le colocó la palma de la mano en la espalda antes de acariciarle los labios con la lengua. Después se la introdujo en la boca como si lo hubiera hecho miles de veces. Se tomó su tiempo para explorar cada rincón y atormentarla con su pasión contenida. ¿Qué ocurriría si perdía el control? Violet empezaba a perder la cabeza. Si seguían así, su idea de un matrimonio sin sexo se iría por la borda.

Sintió el deseo crecer cuando J. T. le deslizó las manos por las costillas y le acarició fugazmente las curvas de los pechos con los pulgares.

J. T. apartó los labios y tomó aire.

–¿Mejor?

Con la respiración entrecortada y las rodillas temblorosas, Violet parpadeó y le sorprendió ver que no se habían movido de la puerta.

–Ahora ya me siento casada –respondió.

–Te sentirías más casada después de una noche de bodas en condiciones –murmuró él, acercando de nuevo sus labios a los de ella.

Sin saber si hablaba en serio o no, Violet se aferró a sus hombros y se echó hacia atrás para ver su expresión. J. T. se quedó mirándola fijamente. Su curiosidad resultaba alarmante. ¿Qué buscaba? ¿Comprobar que sus besos le dejaban sin respiración?

Le deslizó las manos por la columna y extendió los dedos por la parte inferior de su espalda. Le presionó levemente las caderas hacia delante para que sintiera su erección bajo la ropa. A Violet le temblaban las piernas. Deseaba sentirlo dentro de ella, perderse en sus caricias sugerentes.

No debería haberle pedido ese beso. Si hubiese ignorado la tensión que había entre ellos, su cuerpo no estaría palpitando de deseo ni estaría luchando contra la tentación de pasar una noche con él. Una noche increíble, sin duda.

–J. T., yo…

Antes de saber lo que pensaba decir, vio que la expresión de su rostro se volvía un muro intraspasable. Aquello fue como un cubo de agua fría para sus hormonas descontroladas.

–No tienes por qué darme explicaciones –dijo J. T. dando un paso hacia atrás–. Sé que nuestro matrimonio es solo de conveniencia –añadió con una sonrisa sardónica.

Y ella había estado a punto de olvidarse de eso. La humillación acabó con los últimos rescoldos de su deseo. Acababa de librarse por un pelo. ¿Por qué entonces se sentía tan triste?

–No es eso –dijo con el ceño fruncido–. Bueno, en parte sí, pero la verdad es que no te conozco muy bien y no tengo por costumbre irme a la cama con un hombre tan deprisa.

–Sabes más de mí que la mayoría de las mujeres con las que salgo.

¿De verdad? ¿Eso la situaba por encima de las numerosas mujeres que desfilaban por su vida? Se mordió el labio, angustiada por el anhelo de ser algo más que una de sus conquistas. Ese era un camino peligroso.

–Será más fácil que nuestro matrimonio sea estrictamente algo profesional –le dijo.

–Entonces te sugiero que, en el futuro, no me pidas que te bese –su tono era de reproche, pero Violet había saboreado algo más que pasión en su beso. ¿O serían imaginaciones suyas?

–Ha sido un beso –contestó ella a la defensiva, clavándose las uñas en las palmas de las manos–. ¿Qué tiene de grave?

–Lo grave es que, cuando empiezo algo como lo que acaba de suceder entre nosotros, me gusta terminarlo –contestó J. T. con la mandíbula apretada.

¿Por qué estaría tan exasperado? No sería porque le había rechazado. Sin duda alguna mujer le habría dicho que no en el pasado.

–¿Nunca has besado a una mujer sin esperar acostarte con ella?

–No desde el instituto.

–¿Así que estás diciendo que no te molestas en besar a una mujer a no ser que vayas a acostarte con ella?

–Estoy diciendo que, después de besar a una mujer, esta, rara vez se niega a acostarse conmigo.

–Entonces es un placer formar parte de esa minoría de tus conocidas –contestó ella cruzándose de brazos con el ceño fruncido.

–Se te olvida que no eres una de mis conocidas. Eres mi esposa.

J. T. le agarró la mano izquierda y la levantó hasta ponerla a la altura de sus ojos. La luz del techo se reflejaba en el anillo de su abuela. No entendía por qué estaba tan enfadado con ella en ese momento. ¿Sería por el deseo que le recorría el cuerpo? Irse a la cama solo y excitado no era como había planeado pasar su noche de bodas… o no lo habría sido si hubiera pensado en casarse antes de aquel día.

Pero el vacío que sentía en su interior había comenzado en el momento en el que Violet había declarado que aquel beso no tenía nada de grave. Al estrecharla entre sus brazos, había anticipado la necesidad de desnudarla y hacerle el amor. Lo que no había imaginado era la otra sensación, la que no tenía nada que ver con el deseo físico, y necesitaría tiempo para entenderla.

–Soy tu socia –respondió ella apartando la mano.

–Y estás haciéndome un gran favor. Empiezo a entender por qué has rechazado el sexo. Las cosas entre nosotros son un poco inestables, ¿verdad?

Violet asintió, visiblemente aliviada.

–Creo que estaremos bien siempre y cuando nos ciñamos al plan.

–Un plan que podremos empezar a definir después de haber dormido.

–Te veré por la mañana.

J. T. salió por la puerta y oyó el pestillo tras él. Recorrió el pasillo hasta el dormitorio principal y, sin encender la luz, cruzó la habitación hasta las puertas de cristal que daban acceso a la terraza. Las abrió y salió, pero los nervios le impedían disfrutar del aire del desierto y de la luna creciente que iluminaba el cielo.

¿Violet no se daba cuenta de lo mucho que le había provocado esa noche? Primero se había presentado con aquel vestido de encaje. Después había flirteado con él mientras bebían champán. Y el colmo había sido que se quejara de no haber recibido un beso en condiciones. ¿Estaba intentando volverle loco o realmente no tenía ni idea de lo que estaba haciendo?

J. T. sospechaba que debía de ser lo segundo. Y, en lo que a ella respectaba, él era su peor enemigo.

¿Qué debía hacer con todo el deseo que sentía?

Sabía cosas sobre su pasado que pocas personas sabían. Querría hablar de todas las cosas que le habían sucedido cuando era joven. Él rechazaría sus preguntas. Se encerraría más en sí mismo. En lo referente a la intimidad y el amor, le faltaban las habilidades para encontrar la felicidad.

Violet no querría estar con él hasta no haber resuelto todos sus problemas y haberle hecho ver el lado positivo de todo lo ocurrido en el pasado. Esperaría que se volviera optimista como ella y se frustraría al no conseguirlo.

En aquel momento llamó su atención un movimiento procedente de la piscina. Violet nadaba por el agua con brazadas poderosas y elegantes.

La observó hacer largos en la piscina durante quince minutos. Le asombraban su concentración y su determinación. Así era como se enfrentaba a todo en la vida. Cuando se proponía algo, no se echaba atrás.

Finalmente pareció quedarse sin energía. Se quedó flotando en mitad de la piscina y entonces J. T. se dio cuenta de que estaba desnuda. Maldijo para sus adentros, se apartó de la barandilla y se dirigió hacia las escaleras que conducían desde su terraza hasta la casa de la piscina.

Le gustaba dar fiestas y a veces sus invitados se olvidaban de llevar traje de baño, así que tenía un amplio surtido para ofrecerles. Para cuando encontró un biquini que creía que pudiera quedarle bien a Violet, ella ya había salido de la piscina y estaba envuelta en una toalla. Lo miró sorprendida al verlo acercarse.

–La próxima vez que decidas nadar –le dijo levantando el biquini que había seleccionado–, te agradecería que no lo hicieras desnuda.

–Lo siento –murmuró ella mientras aceptaba el traje de baño–. No imaginaba que siguieras despierto.

–Al igual que tú, estoy trabajando a estas horas.

–Gracias por el bañador. No te molestaré más esta noche.

¿Estaba tomándole el pelo? No podría dormir pensando en su cuerpo desnudo nadando en la piscina. J. T. apretó los dientes mientras ella regresaba a la casa. Cuando dejó de verla, regresó al dormitorio principal.

Al menos algo bueno de aquel matrimonio de conveniencia era que no tendrían que vivir bajo el mismo techo. Después de pasar menos de una hora en su casa con ella, estaba a punto de echársela al hombro y llevársela a la cama.

Por suerte no iba a compartir su espacio con ella día y noche. Perdería el control si tuviera que soportar su humor descarado y su sensualidad sin artificios. Antes de que Violet pudiera recordarle que tenían un rato, ya la habría metido en su cama.

Hacerle el amor sería solo el principio. Poco después ella empezaría a sacarle secretos de la infancia y él viviría con miedo a que algo de lo que descubriera fuese tan horrible que decidiera expulsarlo de su vida.

Y entonces volvería a quedarse solo, desencajado, con las emociones al descubierto. No. Eso no podía ocurrir. Y, si mantenía la distancia, no ocurriría.

Capítulo Cuatro

A las ocho de la mañana del día siguiente, Violet encontró a J. T. en lo que él denominaba su cuarto de juegos. Se detuvo en la puerta unos segundos antes de acercarse a él.

Vestido con unos vaqueros viejos y una camisa negra de algodón, estaba inclinado sobre lo que parecía ser una antigua mesa de billar. Con la mano izquierda lanzó la bola número ocho contra el extremo de la mesa y volvió a agarrarla sin dejar de mirar los papeles que había esparcidos por el fieltro beis de la mesa. El maletín que ella había llenado con los archivos de Tiberius yacía vacío en el suelo junto a sus pies desnudos.

No era justo enfrentarse a tanta masculinidad a primera hora de la mañana. Sobre todo después de pasarse la noche en vela mirando al techo, arrepintiéndose de haberle besado, deseando haber dejado caer la toalla cuando se habían encontrado en la piscina. Sus deseos contradictorios eran desesperantes. Tendría que elegir un camino y ceñirse a él.

–¿Has tomado té? –preguntó él sin mirarla.

Su pregunta le hizo darse cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirándolo.

–Tu ama de llaves me ha preparado una taza. Está delicioso. ¿Has encontrado algo que pueda ayudarnos?

–Mi tío acumulaba muchísima información y disfrutaba tomando notas detalladas de todos sus negocios. Todas las acciones que compró están documentadas. Lo que no encuentro es la información sobre los miembros de la familia que rechazaron su oferta.

Violet se acercó lo suficiente a la mesa para ver que había creado dos listas de nombres. Por experiencia sabía lo mucho que le gustaba a Tiberius recopilar información.

–Deja que te ayude. Tal vez pueda acelerar el proceso.

Esperó a que él aceptara su ayuda, pero parecía perdido en sus pensamientos. ¿No la habría oído, o querría ocuparse él de todo? Si era lo segundo, sería una pena. Porque el plan era suyo y pensaba involucrarse en todo. Al recorrer con la mirada la lista de parientes que aún tenían sus acciones, vio que J. T. había anotado aquellos que sin duda estarían del lado de Preston.

–Deberías saber que Paul y Tiberius tuvieron una gran pelea hace tres años –le dijo señalando el nombre del primo de su madre–. Algo relacionado con un cómic único que Tiberius y Paul compraron juntos con el dinero de Tiberius cuando tenían ocho años. Paul se quedó con el cómic, pero nunca le pagó a Tiberius su parte y ahora está valorado en diez de los grandes.

–Gracias –respondió J. T., anotó algo junto al nombre de Paul y devolvió su atención al documento que estaba leyendo.

–Has avanzado mucho –observó cómo J. T. había organizado los archivos y después sacó cinco para hacer una tercera pila. Cuando terminó, se dio cuenta de que estaba mirándola con cara de fastidio–. ¿Qué?

–Tenía un sistema.

–Y ahora es un sistema mejor –Violet abrió la primera carpeta y señaló un artículo sobre su primo tercero–. Casey está divorciándose. Tiene una amante con gustos caros y creo que se ve a sí misma como la próxima señora de Casey Stone. Y además tiene problemas con su empresa de inversión. Probablemente se mostrase receptivo a un poco de

dinero extra.

–Mi padre le ha hecho varios favores a Casey. No tiene interés en venderme sus acciones, y tampoco votaría en mi favor –respondió J. T.

Violet apartó esa carpeta y abrió la siguiente. Revisó varios documentos hasta llegar al que buscaba.

–Recientemente tu tía abuela Harriet se ha visto influida por un timador que le ha convencido para financiar su organización benéfica en Nueva Orleans –vio el interés en la mirada de J. T. y se acercó más–. Puedo serte de gran ayuda. Nadie conocía mejor que yo el modo en que funcionaba la mente de Tiberius. ¿Sabías que a lo largo de los últimos treinta años Tiberius recopiló información sobre la historia de Las Vegas? Algunas cosas eran realmente importantes. Aunque la mayoría eran tonterías sin importancia. Le cedió toda su colección a Scarlett para que la usara en su exposición Experiencia Mafiosa.

–Seguro que es fascinante, pero ya has hecho suficiente –J. T. se apartó de la mesa de billar y señaló hacia la puerta abierta–. Dile a Pauline que te prepare algo de desayunar. Te llevaré de vuelta al Fontaine Chic cuando hayas terminado.

–Antes de volver a la ciudad, hay algunas cosas de las que deberíamos hablar.

–¿Como por ejemplo? –preguntó él cruzándose de brazos.

–¿Cómo quieres que explique esto? –levantó la mano izquierda y señaló el anillo con el índice derecho.

–Como quieras.

Violet apretó los dientes y probó con una estrategia diferente.

–¿Qué piensas decir sobre nuestra precipitada boda de anoche?

–Si sale el tema, diré que llevábamos juntos casi un año, pero que lo llevábamos con discreción.

–¿Y ya está?

–No creo que nadie me pida detalles.

–¿En serio? –¿cómo no podía entender la curiosidad de la gente?–. ¿No crees que alguien nos preguntará dónde nos conocimos? ¿O cuánto tiempo llevamos viéndonos?

–Nadie preguntará.

–¿No hay nadie en tu vida con quien compartas tus cosas?

–Mis empleados saben que no deben interesarse por mi vida privada, y a aquellos con quienes me relaciono no les interesan mis negocios. Dado que nuestro acuerdo no encaja en ninguna de esas categorías, no tendré que explicarle nuestro matrimonio a nadie.

–Me alegro por ti –respondió ella sarcásticamente–. Pero yo tengo dos hermanas y una madre que, cuando se enteren de que me he casado, esperarán que les cuente todos los detalles jugosos sobre qué estamos haciendo y por qué.

–No hay detalles jugosos.

Violet tuvo que meterse las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros para evitar estrangularlo.

–¿Puedo contarles lo que estamos haciendo realmente?

–¿Confías en que ellas no cuenten nada a nadie?

–Confío en ellas enteramente. Pero, si no crees que deba contarlo, podría decirles que llevas años enamorado de mí, pero que tenías miedo a mostrar tus sentimientos por si acaso Tiberius te arruinaba la vida.

–No se creerán algo tan ridículo.

–Scarlett sí se lo creerá –Violet dio rienda suelta al demonio que tenía dentro. Siendo razonable no había conseguido nada, así que era el momento de jugar sucio–. Ya

piensa que te presentas en el Baccarat todas las noches porque me deseas.

–¿Y en qué se basa?

–En la manera que tienes de mirarme.

–¿Y cómo te miro?

Violet frunció el ceño e intentó recordar las palabras exactas de su hermana.

–Dijo que parecías tener hambre de mí.

Tal vez J. T. fuese un maestro ocultando sus pensamientos, pero a Violet le pareció ver cierto brillo en sus ojos. Era fascinante. Empezaba a pensar que tal vez no tuviera tan poco interés en ella como aseguraba.

–A tu hermana le encanta el drama –dijo–. Se ha enamorado y solo ve amores potenciales a su alrededor.

–Probablemente tengas razón.

Pero tampoco lo había negado. Aun así Violet decidió que ya le había presionado bastante. Si seguía, corría el riesgo de que se volviera más enigmático.

–¿Has comido algo? –le preguntó.

–Hace una hora.

–Yo desayunaré algo rápido y estaré lista para volver a la ciudad dentro de media hora, si te parece bien.

–Creo que podría tomarme un descanso y otra taza de café –agarró una taza vacía que había en el borde de la mesa y la siguió hasta el pasillo.

A Violet se le aceleró el pulso. Tal vez hubiera descubierto el secreto para tratar con él: fingiría que no le importaba si pasaba tiempo con ella o si la incluía en sus planes para recuperar la empresa familiar, y esperaría a que acudiera a ella.

–Tenías razón sobre la vista –comentó media hora más tarde. J. T. y ella estaban sentados a la mesa del desayuno situada junto a la cocina. Los ventanales ofrecían una vista panorámica del desierto con las montañas al fondo–. ¿Echas de menos el océano? Habiendo crecido en Miami, podría resultarte difícil acostumbrarte al desierto.

–Al principio pensaría que odiaría el polvo y el calor, pero las montañas hacen que merezca la pena. Y, si necesito agua, tengo un barco en el lago Mead.

Durante la última media hora, J. T. se había mostrado casi encantador. Y Violet no quería romper el hechizo. Así que bebía té y mordisqueaba una tostada mientras retrasaba el fin del desayuno, para poder prolongar aquella versión más accesible de su nuevo marido.

–Parece que tienes lo mejor de ambos mundos –murmuró antes de meterse una uva en la boca–. Pero siento curiosidad. ¿Por qué vives en un rancho de caballos a las afueras de la ciudad en vez de más cerca del Titanium?

–Mi abuela creció en una granja de caballos en Kentucky –le agarró la mano izquierda y se quedó mirando el anillo–. Incluso después de casarse con mi abuelo y mudarse a Miami, siguió manteniendo algunos de sus caballos de saltos. Desde que cumplí los cinco años, solía llevarme a verla. Yo me sentaba en las gradas y me maravillaba ver cómo saltaba las vallas con su caballo.

Mientras hablaba, su mirada pareció desenfocarse. Había dejado de ver el anillo de su abuela y estaba reviviendo un momento feliz del pasado. Sonrió y los músculos de la cara se le relajaron. Violet le observó con asombro.

–Ella insistió en que aprendiera a montar –continuó J. T.–. Durante el verano, me llevaba a la granja de su familia en Kentucky y pasábamos horas montando. Cuando fui lo suficientemente bueno para competir, me llevó a los espectáculos de caballos. Todo eso

quedó atrás cuando ella murió.

–Cuando yo era pequeña, no tenía abuelos cerca –dijo ella–. Mi madre se fue de Cincinnati cuando tenía diecisiete años y no volvió. Y ya sabes la situación por parte de mi padre.

–Nunca he conocido a los parientes de mi padre. Sus padres murieron cuando él era muy joven.

–Recuerdo que Tiberius dijo algo de eso. Supongo que no me di cuenta de que Preston no mantenía contacto con su familia. ¿No era de California? ¿Nunca has pensado en buscar a algunos de ellos?

J. T. volvió a cerrarse en cuanto mencionó a su padre.

–No.

Su respuesta abrupta hizo que Violet no insistiera con el tema. Suspiró y se dio cuenta de que J. T. ya se había cansado de compartir.

–Si no te importa –dijo ella–, creo que es hora de que regrese al Fontaine Chic.

–Iré a por las llaves.

***

Mientras J. T. esperaba en el recibidor a que Violet recogiese sus cosas, repasó en su mente la conversación y recordó las expresiones de su hermoso rostro. Había disfrutado desayunando con ella. Tanto que, en vez de darle una explicación seca y breve sobre por qué vivía en un rancho en vez de en la ciudad, se había puesto sentimental y le había permitido ver lo mucho que su abuela le había influido.

Tampoco le sorprendía lo tentado que estaba de confiar en ella. Violet deseaba ayudar de verdad. La sugerencia de que se casaran para que él pudiera hacerse con las acciones de Tiberius había demostrado que se apresuraba a creer en la gente.

–Ya estoy lista –dijo ella mientras bajaba las escaleras. Era una auténtica maravilla femenina con aquel vestido floral en tonos pastel y con unos tirantes que dejaban al descubierto sus delicados hombros. Las sandalias rosas con tacones de siete centímetros le hicieron fijarse en sus espectaculares pantorrillas. Llevaba el pelo recogido con un moño suelto. Hacía que se le hiciera la boca agua.

Cuando se acercó, J. T. recogió su equipaje y abrió la puerta.

–Creo que no deberíamos vivir juntos –sugirió.

–¿Cómo si no creerá la gente que estamos casados?

–Ambos trabajamos mucho. Nadie se dará cuenta.

–Eso no funcionará.

–Hablaremos de ello cuando regrese a la ciudad.

Violet se fijó en la segunda bolsa de viaje que llevaba.

–¿Adónde vas?

–En cuanto te deje en Las Vegas, me marcho a Carolina del Norte –cuanto antes asegurase las acciones necesarias, antes reemplazaría a su padre como presidente ejecutivo. Y antes acabaría con aquel matrimonio, con la esperanza de no hacer nada que pudiera cambiar su relación para siempre.

–¿Quién hay allí?

–Mi primo Brent. El Alzheimer de su padre ha hecho que él tenga que ocuparse de las cuentas los últimos meses. Tiene varios miles de acciones. No es todo lo que necesito,

pero cualquier cosa ayuda.

–No recuerdo haberlo visto en los archivos de Tiberius.

J. T. le abrió la puerta del coche y apretó los dientes al sentir su delicioso perfume cuando ella entró en el vehículo. Cuando había accedido a casarse con ella, había subestimado el desafío que supondría no ponerle las manos encima.

–Porque no aparece –tras dejar las bolsas en el maletero, se sentó tras el volante y puso en marcha el BMW–. No sé por qué Tiberius no lo incluyó.

El coche ganó velocidad mientras avanzaba por el camino de su casa hacia la autopista, y J. T. advirtió que el viento en el descapotable abierto hacía que la falda de Violet revoloteara alrededor de sus piernas y dejase ver parte de los muslos. Fantaseó con deslizar las manos por debajo de la falda y descubrir que estaba húmeda y excitada. Frenó en seco.

–¿Estás bien? –le preguntó a Violet.

–Estoy bien. ¿Y tú?

–Creo que estaremos más cómodos si subimos la capota –pulsó el botón y, mientras la capota del coche se cerraba, se quedó mirando el anillo de su abuelo que llevaba en la mano izquierda.

Sí. La única manera de sobrevivir al matrimonio con el corazón intacto sería mantenerse lo más alejado de ella los próximos dos meses.

Durante el trayecto de vuelta a Las Vegas, J. T. mantuvo la mirada en la carretera y la cabeza en el viaje que tenía por delante. Violet se entretuvo mirando el paisaje y, ocasionalmente, su teléfono móvil, que no dejaba de vibrar.

–¿Es siempre así? –preguntó él.

–¿Perdón?

–Tu teléfono. No ha parado de sonar desde que nos hemos metido en el coche.

–Son mis hermanas –contestó ella con una sonrisa–. No suelo estar sin cobertura doce horas.

–Deben de estar preocupadas por ti. ¿Por qué no respondes?

–Anoche les mandé un mensaje. Saben que estoy bien. Les dije que estaba contigo.

J. T. ignoró su pulso acelerado al oír el desafío en su voz.

–¿Les dijiste que nos habíamos casado?

–No quería hacerlo por mensaje.

–Entonces, ¿qué creen que estás haciendo conmigo?

–Probablemente lo que hacen casi todas las mujeres que pasan la noche en tu casa.

–¿Por qué querrías que tus hermanas pensaran que nos hemos acostado?

–Supongo que esa es otra cuestión que deberíamos discutir.

–¿No estamos discutiéndola ya?

–¿Piensas traer mujeres a casa mientras estemos casados?

Su pregunta hizo que le entraran ganas de estrecharla entre sus brazos y besarla con pasión. ¿No le estaba permitido hacerle el amor, pero además Violet no quería que se acostase con ninguna otra?

–La verdad es que no lo había pensado.

–Sé que nuestro matrimonio no es real, pero agradecería si pudieras abstenerte de salir con otras mujeres hasta que podamos divorciarnos.

–Creo que puedo aguantar un par de meses.

–¿Y si no puedes conseguir las acciones o los votos necesarios antes de la reunión anual de accionistas?

–¿Qué estás preguntando?
–Nuestro objetivo era convertirte en presidente ejecutivo –dijo ella–. Si eso no sucede en los próximos meses es porque no hemos tenido suficiente tiempo. Tampoco es tan horrible estar casada contigo. Podría aguantar así un año más.
¿Un año casado con Violet con la tentación constante de querer acostarse con ella?
–Nos divorciaremos en otoño de todos modos.
Su expresión fue inescrutable cuando asintió con la cabeza.
–Entonces nos divorciaremos.
Llegó al Fontaine Chic y detuvo el coche frente a las puertas del vestíbulo. Antes de que pudiera apagar el motor, Violet le puso una mano en el brazo.
–Si me abres el maletero, yo sacaré mi bolsa.
En ese momento J. T. se dio cuenta de que lo último que deseaba hacer era marcharse y dejar sola a su esposa. Qué idea más ridícula. En realidad no estaban casados. Tampoco era que hubieran compartido una gran noche de pasión y que estuviera ansioso por repetir. Pero ya era más importante para él que cualquier conocida.
–Te llamaré y te contaré qué tal ha ido todo en Carolina del Norte –descolgó el mando del garaje del espejo retrovisor y se lo entregó–. Toma.
–¿Para qué me das esto? –preguntó ella.
–Es nuestra casa –respondió él–. Puede que necesite información que hay en los archivos de Tiberius.
–Vamos a ver si lo entiendo –dijo ella con brillo en la mirada–. ¿Vas a dejarme ayudar y vas a confiar en mí como para dejarme sola en nuestra casa?
–¿Piensas rebuscar en el cajón de mi ropa interior?
–¿Es ahí donde guardas tus secretos?
–Por favor, siéntete libre de investigar todo lo que quieras.
–¿No te molesta que husmee?
–¿Qué crees que encontrarás?
–No lo sé. Pero eres un verdadero libro cerrado, así que cualquier cosa que encuentre, por mundana que sea, me resultará fascinante.
Salió del coche tras guiñarle un ojo y recogió su bolsa del maletero. J. T. la vio entrar en el hotel antes de poner el coche en marcha. Llevaba casado con ella menos de veinticuatro horas y ya empezaba a advertir fisuras en sus defensas. Se sentía más ligero, más optimista, como si el carácter de Violet fuese contagioso.
Intentó no pensar en su esposa y, cuando llegó al aparcamiento del aeropuerto, había logrado concentrarse solo en el viaje. Aquella mañana su ayudante le había reservado un vuelo de Las Vegas a Charlotte. Había decidido no tomar prestado el avión de la empresa porque no quería que su padre empezase a cuestionarse por qué hacía un viaje a la Costa Este.
Tras aparcar el coche se dirigió hacia la terminal. Le llegó un correo electrónico al móvil tras pasar el control de seguridad. Su secretaria le había reenviado el itinerario para la semana. De Charlotte iría a Atlanta, después a Louisville y finalmente a Nueva York. Cuatro ciudades en seis días. Esperaba que fuese un viaje productivo.

***

En cuanto Violet entró en el Fontaine Chic, se fue directa a su despacho. Dado que

no había recibido ninguna llamada urgente, daba por hecho que no habría ocurrido nada en las últimas doce horas, pero quería hablar con su ayudante. Patty le llevó una taza de té y el informe del día anterior. Violet se acercó al sofá situado junto a la ventana y se sentó. Repasó el informe y vio que el hotel había ido bien en su ausencia. Ahora tendría que explicarles a sus hermanas que no se había vuelto loca al casarse con J. T.

Les envió el mensaje a Scarlett y a Harper, y no le sorprendió la rapidez de las respuestas.

«Voy para allá», respondió Scarlett.

«No le cuentes nada a Scarlett hasta que llegue», fue la respuesta de Harper.

–Exijo saber todos los detalles inmediatamente –declaró Scarlett desde la puerta pocos minutos después.

–Harper ha dicho que esperase.

–No pensarás que voy a quedarme aquí sentada aguantando el suspense durante veinte minutos, ¿verdad? –dijo Scarlett sentándose a su lado en el sofá–. Escupe.

–Realmente creo que deberíamos esperar. No quiero tener que explicarlo dos veces.

En realidad no estaba segura de querer explicarlo una vez.

–¿Qué hay que explicar? Por fin te has rendido a la química que hay entre J. T. y tú. ¿Ha sido fabuloso? ¿Es un amante intenso? Tiene esas manos y esos labios…

–¡Scarlett! –exclamó Violet riéndose.

–¿Qué? Harper te echará un sermón por ir tan deprisa. Cuando aparezca, no podré oír los detalles ardientes.

–No hay detalles ardientes.

–¿De verdad? Pensaba que habría fuegos artificiales entre vosotros.

–No fue así.

–Entonces, ¿por qué te sonrojas?

–Me pilló nadando desnuda en su piscina.

–¿Y?

–Me dio un biquini y me dijo que me lo pusiera la próxima vez que quisiera nadar.

Scarlett se recostó en el sofá y observó a su hermana con confusión.

–Creí que tu mensaje decía que habías pasado la noche con J. T.

–Y así ha sido. Pero no del modo en que cree tu mente sucia. He dormido en su casa.

Antes de que Scarlett pudiera responder, Harper entró corriendo en la habitación.

–¿Qué me he perdido? –preguntó casi sin aliento.

–Absolutamente nada –murmuró Scarlett decepcionada–. Al parecer no hay nada que contar.

–¿Qué me dices de eso? –Harper se sentó junto a Scarlett y señaló la mano izquierda de Violet.

Scarlett le agarró la mano y se quedó mirando el anillo.

–¿Estáis prometidos?

–No exactamente –murmuró Violet.

–Pues a mí me parece un anillo de compromiso.

–De hecho es un anillo de boda. J. T. y yo nos casamos anoche en la capilla del Túnel del Amor.

–¿Que os casasteis? –preguntó Scarlett.

–¿J. T. Stone? –añadió Harper–. ¿Se lo has dicho al abuelo? ¿Te preocupa su reacción cuando se entere de que te has casado con la competencia?

–Le llamaré dentro de un rato. Lo entenderá cuando le explique lo que ha pasado.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Scarlett–. La última vez que mencioné que J. T. tenía interés en ti, me dio la impresión de que no tenías intención de dejar que pasara nada.

–No ha pasado nada de la manera que crees.

–Os habéis casado –señaló Harper–. Ha tenido que ocurrir algo entre vosotros.

–Es todo un poco complicado.

–¿Rick echó algo especial en uno de sus cócteles? –preguntó Scarlett–. Quiero decir que si estabas borracha.

–Estaba sobria –Violet se apresuró a responder a la pregunta que veía en los ojos de Harper–. Y él también.

–Entonces, ¿has pasado la noche con J. T.?

–No. No es ese tipo de matrimonio.

–¿Y qué tipo de matrimonio es?

–Es un acuerdo de negocios.

–Pero nada de negocios divertidos, evidentemente –murmuró Scarlett.

–Hace unos días mi madre y yo fuimos a ver al abogado y resulta que Tiberius había estado comprando acciones de Propiedades Stone a otros miembros de la familia.

–Creí que no quería saber nada de la empresa después de lo que le hizo Preston –dijo Scarlett.

–Creo que era más bien una cuestión de no poder hacer nada para arrebatarle la empresa a su cuñado. Preston controlaba las acciones que heredó tras la muerte de su esposa, así como las que tenía J. T. en su fondo fiduciario. Acciones que pasaron a estar bajo el control de J. T. cuando este cumplió treinta años hace dos meses.

–¿Cuántas acciones había conseguido comprar Tiberius? –preguntó Harper.

–El dieciocho por ciento.

–¿Y cuánto tiene J. T.?

–El treinta por ciento. Preston posee el treinta y el otro veintidós está dividido entre la familia.

–¿Y qué tiene esto que ver con que J. T. y tú os hayáis casado? –preguntó Scarlett.

–Obviamente Tiberius le ha dejado a ella sus acciones –supuso Harper.

–Lo entiendo –respondió Scarlett–, pero ¿por qué casarse con J. T. cuando podría venderle las acciones?

–Porque, según el testamento de Tiberius, tengo que quedarme con las acciones hasta que Preston muera.

–Sabes que no tenías por qué casarte con J. T. –señaló Harper–. Podrías haberle dado tu voto.

–Solo pueden votar los miembros de la familia –explicó ella.

–Así que ahora eres de la familia –dijo Scarlett dando palmas–. Eso es brillante.

–Gracias –Violet agradeció contar con el apoyo de Scarlett, porque se daba cuenta de que Harper no había acabado con sus objeciones.

–Pero con tu dieciocho por ciento y el treinta de J. T…

–Aún necesitamos un tres por ciento –concluyó Violet. Miró el reloj de su móvil y se dio cuenta de J. T. estaría embarcando en el vuelo hacia Charlotte–. Ha ido a hablar con algunos de sus parientes con la esperanza de poder convencer a los suficientes para que le vendan las acciones o voten por él y pueda así hacerse con el control de Propiedades Stone y echar a su padre.

–¿Y tú descubriste todo esto hace unos días? –preguntó Harper–. ¿No vas un poco

deprisa? Creo que ambos deberíais haberos protegido antes de casaros.

–No has visto cómo la mira J. T. –intervino Scarlett–. No creo que el hombre tenga paciencia para aguantar más.

–No hay eso entre nosotros –protestó Violet a pesar del rubor de sus mejillas–. Y además firmamos un contrato según el cual nos separaremos con lo mismo con lo que nos hemos casado. De verdad, es un acuerdo empresarial. Un matrimonio de conveniencia.

–¿Cuánto crees que va a durar? –preguntó Scarlett con una sonrisa perversa–. Los dos compartiendo casa noche tras noche. Te doy una semana como mucho antes de que sucumbas. Y a J. T. quizá tres días.

–No vamos a vivir juntos –explicó Violet.

–¿No? –Scarlett pareció escandalizada.

–Muchas parejas casadas no viven juntas –intervino Harper–. Mis padres, por ejemplo.

Y esa separación marital había llevado a las numerosas aventuras de Ross y a las dos hijas ilegítimas.

–¿Estás segura de que sabes lo que estás haciendo? –continuó Harper–. ¿Conoces mucho a J. T.?

–No más de lo que lo va a conocerle a partir de ahora –comentó Scarlett.

–No sé cómo explicarlo, pero siento como si fuera de la familia. Sé que, hasta hace poco, Tiberius no quería saber nada de él, pero hablaba tanto de su hermana y de la vida que J. T. llevó de niño que siento como si le conociera.

–Entiendo que a veces sientas que conoces a una persona a pesar de no haberla visto nunca –dijo Harper con cierta tensión en la voz–. Pero, con frecuencia, la realidad es muy diferente y has de tener cuidado.

¿Harper se refería a J. T. o a sus propios problemas con el famoso chef Ashton Croft, cuyo último restaurante debería haber abierto en el Fontaine Ciel de Harper hacía dos semanas? El carismático y televisivo chef era poco convencional y le apasionaban la comida y la aventura. Desde que comenzara las negociaciones con Harper para el restaurante, no había parado de exigirle cosas.

Violet sospechaba que su hermana había sido admiradora del chef Ashton mucho antes de empezar a hablar del restaurante. Tenía grabados muchos capítulos de su programa de televisión, *El nómada de la cocina,* en los que el cocinero viajaba por el mundo en busca de la comida perfecta. Violet no entendería nunca por qué alguien tan aventurero podía gustarle a alguien tan metódico como Harper.

–No creo que tenga intención de engañarme.

–Espero que sepas lo que estás haciendo –insistió Harper.

–Yo también –murmuró ella–. Yo también.

Con un vaso de whisky, J. T. contemplaba el estudio de su primo e intentó que no se le notara la decepción.

–Lo siento, J. T. –dijo Brent–. Mi padre le vendió las acciones a Preston hace cinco meses. Pero puedes quedarte con las cien acciones que recibí yo por mi dieciocho cumpleaños.

–Gracias por la oferta, pero preferiría que tú siguieras siendo accionista y me ayudaras a convencer al resto de la familia de que la gestión de mi padre no le está haciendo ningún bien a la empresa. ¿Tienes idea de por qué tu padre le vendió las acciones

a mi padre? Tampoco es que se llevaran muy bien.

–Eso es quedarse corto –respondió Brent–. Mi padre odiaba al tuyo. Culpaba a Preston de la muerte de tu madre.

Ted, el padre de Brent, era primo de Tiberius y de Fiona. Habían sido como hermanos, pero la relación entre Ted y Fiona se tensó con lo que le ocurrió a Tiberius. Cuando el padre de Brent le dijo a Fiona que su marido estaba fuera de control, ella defendió a su marido. Preston se convirtió en un punto conflictivo entre ellos, pero el amor que se tenían siempre fue el mismo.

–Entonces, ¿por qué le vendió las acciones?

–Después de lo ocurrido, se sentía mal. Preston le convenció de que tu madre quería más acciones para ti.

–¿Tu padre no recordó que mi madre llevaba muerta dieciocho años?

–Fue entonces cuando supe que tenía que hacerme con un poder notarial y encargarme de sus finanzas.

–Está empeorando más deprisa de lo que pensabas, ¿verdad?

–Cada vez tiene menos momentos de lucidez.

–Lo siento –dijo J. T.–. No me imagino lo duro que debe de ser para ti.

–La gente no puede imaginárselo. Es difícil ver que a un empresario listo como mi padre se le olvida el nombre del perro y dónde está la cocina.

–¿Hay algo que necesites? ¿Algo con lo que pueda ayudarte?

–Eso es lo peor de todo. No hay nada que nadie pueda hacer –contestó su primo antes de terminarse el whisky–. Pero agradezco la oferta. No solo eres de la familia, eres un buen amigo.

Se llevaban un año y habían pasado tiempo juntos de niños, así que de adultos habían mantenido el contacto. Fiona Stone había viajado con frecuencia a Charlotte a visitar a su primo favorito. J. T. recordaba que, en aquella casa, construida hacía más de cien años, su madre no necesitaba alcohol ni drogas para soportar la vida. Allí sonreía, le daba abrazos y le malcriaba con helados y visitas al zoo y a los museos.

–¿Por qué no me cuentas qué está pasando? Por qué de pronto quieres comprar acciones.

–Quiero hacerme con el control de la empresa.

–¿En serio? –preguntó Brent con curiosidad–. ¿Y cómo piensas hacer eso?

–Durante los últimos seis meses, Tiberius estuvo comprando acciones.

–Qué hijo de perra tan listo. ¿Así que os ibais a aliar?

J. T. negó con la cabeza.

–Yo no sabía lo que planeaba. Ya conoces a Tiberius.

–Se guardaba las cartas en la manga. Y nadie podía culparle, después de lo que le hizo tu padre. ¿Qué porcentaje de la empresa había conseguido comprar?

–El dieciocho.

–Con el treinta por ciento que recibiste en tu último cumpleaños, te falta un tres para tener el control.

–Es un poco más complicado que todo eso –explicó J. T.–. Resulta que Tiberius no me ha dejado a mí las acciones.

–¿En serio? –Brent se levantó para rellenarse el vaso.

–Por culpa de mi padre, mi tío y yo no teníamos relación, pero en el último mes habíamos empezado a tener contacto.

–¿Y quién tiene las acciones?

–La hija adoptiva de Tiberius –J. T. levantó la mano izquierda y le mostró el anillo de su abuelo–. Anoche nos casamos.

–¿Te has casado con… cómo se llama? –Brent chasqueó los dedos para intentar recordar.

–Violet Fontaine.

–Tiberius se hizo cargo de su madre y de ella, ¿verdad? Pero creí que su apellido era Allen.

–Resulta que es la hija ilegítima de Ross Fontaine. Cuando él murió, el abuelo de Violet, Henry Fontaine, presidente de la cadena hotelera Fontaine, fue a Las Vegas a buscarla para disculparse por el trato que había recibido de su hijo. Podría suceder al viejo al frente de la empresa.

–¿Y te has casado con ella en vez de comprarle las acciones? –preguntó Brent–. Si te faltaba dinero, podrías haber acudido a mí.

–Los términos del testamento de Tiberius no le permiten deshacerse de las acciones hasta que muera mi padre.

–El bueno de Tiberius –murmuró Brent con admiración–. Y, hasta que no te casaras con ella, no podía votar porque no es de la familia.

–Básicamente es eso.

–Cuando tu padre se entere de esto, las cosas se pondrán feas.

–Por eso necesito reunirme con toda la familia que pueda antes de que se entere.

–Ojalá pudiera ayudarte. ¿Dónde te vas después?

–A Atlanta.

–A ver al primo Skip. No te envidio.

Capítulo Cinco

A medianoche, los sofás y taburetes del Baccarat estaban ocupados por una clientela de veintitantos años con paladares sofisticados capaces de apreciar los cócteles de Rick. Cuando Violet entró en el bar, se le aceleró el pulso, pero inmediatamente se obligó a calmarse. Si J. T. estuviera en la ciudad, era demasiado tarde para que estuviese en el bar.

El único contacto que había tenido con él en los últimos días había sido una serie de mensajes de texto, cada uno menos esperanzador que el anterior. No había encontrado más acciones que comprar. Su padre las había comprado o había convencido a su familia de que votara por él.

Le vibró el teléfono en ese momento y vio que tenía un mensaje. Alguien en recepción estaba buscándola, así que se dio la vuelta y se dirigió al vestíbulo.

Al acercarse, vio a un hombre alto junto al gerente del turno de noche. El desconocido estaba de espaldas a ella, pero, cuando estuvo a dos metros de distancia, giró la cabeza y Violet pudo ver su perfil.

Estuvo a punto de frenar en seco. ¿Preston Rhodes? ¿Qué diablos estaba haciendo allí?

El padre de J. T. no la había visto aún, así que tomó aliento, estiró la espalda y siguió andando.

–Buenas noches –dijo, y no se molestó en fingir que no sabía quién era Preston. Aunque nunca le hubiese visto en persona, había visto muchas fotos suyas en diversos artículos–. Preston Rhodes, ¿verdad?

Le ofreció la mano y Preston se la estrechó con fuerza.

–Señorita Fontaine –dijo él–. ¿O debería llamarte Violet, dado que ahora eres de la familia?

Violet intentó disimular su sorpresa. J. T. no le había dicho que se lo hubiese mencionado a su padre.

–Señor Rhodes…

–Preston –dijo él con una sonrisa pérfida–. A no ser que prefieras llamarme «papá». Sé que nunca has tenido a nadie a quien poder llamar así.

–Preston –accedió ella, y con esa palabra se quedó sin cosas agradables que decirle a la persona que había arruinado al hombre más importante de su vida.

–¿Por qué no vamos a tomar algo y a conocernos un poco mejor?

Preston la agarró del brazo y la giró en dirección al Lalique, un lujoso bar de dos pisos situado en el interior de una espectacular lámpara de araña de tres pisos, que era el punto fuerte del Fontaine Chic.

Cuando estuvieron sentados a una mesa tranquila, Preston llamó a la camarera.

–Una botella de champán. Tenemos que brindar porque ahora somos familia.

–No bebo cuando trabajo –protestó Violet.

–Tonterías. Se trata de una ocasión especial.

–Entonces, ¿no deberíamos esperar a celebrarlo con J. T.?

–Mi hijo está de viaje por el país visitando a la familia –contestó Preston con una sonrisa falsa–. Contándoles la buena noticia, supongo. Y aun así te ha dejado a ti aquí. ¿Y eso por qué?

Violet temió que su cara le delatara.

–No me venía bien ausentarme del hotel en estos momentos.

–Entonces, ¿no habrá luna de miel? Propiedades Stone tiene un maravilloso complejo de cinco estrellas en las islas Caimán. Podría llamar y reservaros una suite.

–Por favor, no te molestes.

–No es molestia en absoluto.

La camarera llegó con el champán y dos copas, y Violet aprovechó la distracción para pensar en los motivos que habrían llevado a Preston a presentarse en Las Vegas para verla a solas.

Tras servir el champán, Preston le ofreció una copa.

–Por la felicidad conyugal. Que tu vida con mi hijo sea tan feliz como la mía con su madre.

Era más una maldición que una bendición, pensó Violet mientras se llevaba la copa a los labios para humedecérselos.

–Gracias –respondió mientras dejaba la copa–. Ahora, si me disculpas, tengo cosas importantes que hacer –antes de que pudiera levantarse, Preston le cubrió la mano con la suya.

–¿Hace cuánto que estáis juntos mi hijo y tú?

–Un tiempo.

–Se te debe de dar muy bien guardar secretos, porque la boda ha pillado a todos por sorpresa.

–J. T. es muy reservado. Dirigimos hoteles de la competencia. Él quería mantener la discreción hasta estar seguros de nuestra relación.

–Sin duda lo habéis conseguido. Nadie sabía que estuvierais saliendo, y mucho menos enamorándoos –Preston se inclinó hacia delante y la miró con intensidad–. Estás enamorada de mi hijo, ¿verdad?

Violet vaciló antes de responder. Preston sabía que había algo raro entre J. T. y ella. Era como si estuviera desafiándola a mentir.

–J. T. es el hombre más increíble que conozco. ¿Cómo podría no estarlo?

–Y estoy seguro de que él siente lo mismo por ti. Me alegro. No me gustaría que te hubieras casado con él por las razones equivocadas.

–¿Por ejemplo?

–Por su dinero.

Violet arqueó una ceja y miró a su alrededor.

–¿Te parece que necesito dinero?

–Por lo que yo sé, todo esto pertenece a la cadena hotelera Fontaine, no a ti.

–En cualquier caso, no necesito el dinero de J. T.

–Eso está bien –Preston se terminó la botella de champán y se puso en pie–. Quiero proteger a mi hijo. Si pensara que alguien quiere hacerle daño, haría lo que fuese necesario para impedirlo.

–No tengo intención de hacer daño a J. T. Más bien al contrario.

–Bien. ¿Así que piensas renunciar a tu suite en el hotel y mudarte al rancho de mi hijo?

–Aún no lo hemos decidido.

–Porque dos personas que viven separadas no parecen un matrimonio.

–Ya lo hablaremos.

–Y pronto, espero. Porque, si no vivís juntos, puede que alguien piense que vuestro

matrimonio es falso y eso provocaría preguntas.

–¿Qué iba a importarle eso a nadie?

–A mí me importa –Preston dejó al fin de intentar aparentar cordialidad–. Sé por qué se ha casado contigo. Para hacerse con las acciones que compró Tiberius.

La velocidad con que el padre de J. T. había descubierto su plan resultaba asombrosa. ¿Cómo iban a engañarle si se anticipaba a todos sus movimientos?

–Pareces preocupada, Violet.

–No tengo nada de lo que preocuparme –respondió ella.

–¿Porque J. T. y tú no os habéis casado para que él pudiera utilizar las acciones que Tiberius te dejó y arrebatarme el control?

A Violet se le puso el vello de punta, pero le mantuvo la mirada a Preston.

–No tengo ni idea de lo que estás hablando.

–Claro que la tienes y, cuando demuestre que no os habéis casado de buena fe, os demandaré por fraude y os quitaré las acciones.

–No puedes hacer eso.

–Quizá. Quizá no. Pero puedo mantener las acciones envueltas en un proceso legal el tiempo suficiente para librarme de mi hijo como me libré de mi cuñado.

Violet se quedó sentada en silencio. Preston le rellenó la copa de champán y se levantó.

–Bebe, Violet. Mi hijo y tú os habéis embarcado en una gran aventura. Solo espero que sepas en lo que te has metido.

Preston se alejó antes de que ella pudiera asimilar su amenaza. El teléfono le vibró y vio que tenía un mensaje. El avión de J. T. acababa de aterrizar. Tenía noticias.

Le respondió y accedió a reunirse con él en su casa en una hora. Ella también tenía noticias.

A J. T. nunca le había fastidiado el trayecto desde la ciudad hasta el rancho. Claro, que nunca había tenido a una mujer como Violet esperándolo. Desechó esa idea en cuanto pensó en ella. Aquello no era más que una reunión de negocios.

La encontró acurrucada en el sofá del salón, contemplando la chimenea apagada.

–Pareces cansado. Siéntate y deja que te prepare un té.

–Preferiría una cerveza.

–El té te relajará y te calmará los nervios.

–La cerveza tendrá el mismo efecto y además prefiero su sabor.

–De acuerdo –cuando Violet regresó, llevaba dos botellas. Él arqueó una ceja cuando le entregó una de ellas–. No deberías beber solo.

J. T. le dio la mano que tenía libre y tiró de ella para sentarla a su lado en el sofá. Después le pasó un brazo por encima del hombro. Su cuerpo encajaba a la perfección con el suyo. Dio un trago a la cerveza y suspiró.

–¿Qué tal tu semana? –preguntó.

–Hasta hace una hora, mejor que la tuya. ¿No has tenido suerte con tu familia?

–¿Qué ha ocurrido hace una hora?

Violet se tensó y no respondió. J. T. la miró y vio que se había quedado mirando fijamente su botella de cerveza.

–¿Violet?

–Tenemos un problema.

–¿Qué tipo de problema?
–Tu padre sabe lo que estamos haciendo.
–¿Cómo lo sabes?
–Porque ha venido a verme al Fontaine Chic. Básicamente me ha dicho que, si descubre que nuestro matrimonio no es real, nos demandará por fraude.
J. T. se quedó petrificado por la rabia. ¿Cómo se atrevía su padre a amenazar a Violet? Aunque debería haber estado preparado para algo así. No era la primera vez que Preston Rhodes intimidaba a alguien que se enfrentaba a él.
–Yo me encargaré de él –le aseguró antes de dar otro trago a la cerveza. Aquella era su batalla. El hecho de que su padre hubiese preferido enfrentarse a Violet antes que a él le llevaba a pensar que se sentía amenazado–. No es más que una amenaza para distraernos mientras busca el apoyo de otros accionistas.
–Pero ha dicho que tendrá bloqueadas las acciones hasta después de la reunión de accionistas de agosto. Y que, si sigue con el control de la empresa, te hará lo mismo que le hizo a Tiberius.
–No tiene familia cercana que poner en mi contra –le recordó J. T.–. En cuanto a lo de echarme de la empresa, yo estaba dispuesto a irme por voluntad propia antes de que descubriéramos que Tiberius había comprado acciones. Además, si quisiera deshacerse de mí, podría hacerlo en cualquier momento. No lo ha hecho. No querrá arriesgarse a perder el apoyo de los accionistas que tiene en este momento.
–Supongo –contestó ella, aunque no parecía convencida–. Pero, ¿por qué arriesgarnos a un proceso legal y poner en peligro tu reputación cuando hay una solución sencilla?
–¿Y cuál es?
–Aparentar que estamos casados de verdad. Me trasladaré aquí. Nos dejaremos ver por la ciudad como dos enamorados. Mientras tanto, tú sigues hablando con tu familia.
¿Una solución sencilla? Quizá en apariencia. Sin duda para ella. Pero, con Violet viviendo allí, J. T. sabía que sería una cuestión de tiempo antes de que incumpliera el acuerdo y la convirtiera en su esposa en todos los sentidos. Y entonces ¿qué? ¿La dejaría marchar un mes después? Imposible. Si la hacía suya, no habría marcha atrás.
–Suena perfecto –se oyó decir a sí mismo, y se preguntó cuánto tiempo seguiría siéndolo.

Bajo la atenta mirada de Scarlett, Violet llenó una maleta con las cosas básicas e ignoró casi todas las preguntas de su hermana.
–Al menos dime una cosa –dijo Scarlett–. ¿Vas a darle la oportunidad de poner tu mundo del revés?
Violet se sentó en la cama junto a su hermana.
–Temo que, si hago eso, cuando nos divorciemos estaré locamente enamorada de él.
–Pero, ¿no merecería la pena descubrir que él también está locamente enamorado de ti?
–J. T. tiene razón. Tu felicidad con Logan te hace desear que todo el mundo encuentre el amor.
–Solo tienes miedo. Antes de Logan, yo también tenía miedo. Pero confiar en él y en mí misma me ha permitido ver con el corazón además de con los ojos. Lo único que sugiero es que tú hagas lo mismo.

–J. T. no quiere dejarme entrar. Intentar llegar a conocerlo es como correr por el barro. El avance es lento y agotador.

–Pero aun así es un avance.

–¿Y si llego a conocerle y descubro que está tan dañado que no es capaz de aceptar amor y mucho menos de corresponderlo?

–Si alguien puede arreglar eso, esa persona eres tú.

La fe de Scarlett le daba fuerzas. ¿Sería posible que lo que había empezado como una estrategia empresarial pudiera convertirse en una unión satisfactoria y permanente?

–El martes vamos a dar una fiesta en el rancho de J. T. Necesito que Logan, Harper y tú estéis allí para darme apoyo moral.

–Claro que estaremos, pero en realidad no nos necesitas. A J. T. y a ti os irá bien juntos. Creo que formáis un gran equipo. Apuesto a que Tiberius también lo creía. Probablemente por eso te dejara las acciones a ti en vez de a J. T.

Desde la lectura del testamento, Violet había estado preguntándose lo mismo. ¿Por qué le habría dejado las acciones sabiendo que no podría tener derecho a voto?

Asediada por preguntas para las que nunca obtendría respuesta, se fue al rancho de J. T. y llegó a las tres de la tarde. El ama de llaves se hizo cargo de su equipaje y le dijo que J. T. estaba en el establo, así que fue a buscarlo.

Describir la propiedad de J. T. como un rancho era un poco engañoso. Lo que tenía era un centro especializado de adiestramiento de caballos de espectáculo. El establo era una estructura con un vestíbulo impresionante y las paredes llenas de fotos de caballos en adiestramientos o saltando vallas. Lo que más llamaba la atención de la sala era una gran estatua de bronce de un caballo y una amazona. Violet se preguntó si sería la abuela de J. T.

Junto al vestíbulo había varios despachos vacíos. Había una puerta al fondo con un cartel que indicaba que conducía al establo, así que cruzó el umbral.

Deambuló por los pasillos de cemento situados entre las cuadras. A cada paso que daba, se encontraba más y más tranquila. Había empezado a tararear cuando dobló una esquina y divisó a J. T., arrodillado, aplicándole una cataplasma en la rodilla a un caballo.

–Hola –dijo tras detenerse a unos tres metros del caballo.

J. T. levantó la cabeza y le dirigió una sonrisa que le produjo un vuelco en el corazón. Llevaba pantalones de montar y botas hasta las rodillas. El polo azul marino dejaba ver su fuerte cuello y sus poderosos bíceps.

–Tardaré un par de minutos más. Después podré enseñarte el lugar.

–Tómate tu tiempo.

Estaba disfrutando de la vista. Tal vez pudiera negarle sus sentimientos a Harper y a Scarlett, pero era mucho más difícil mentirse a sí misma.

Esperaba que la química que existía entre ellos les hiciese acabar juntos en la cama. Llevaba mucho tiempo ignorando la verdad. Deseaba a J. T. y su subconsciente le había hecho actuar en función de esos sentimientos.

–¿Preparada?

Mientras ella asumía sus deseos, J. T. había terminado con el caballo.

–Claro.

J. T. la condujo a través de las cuadras y fue contándole un poco de los diferentes caballos.

–Hasta que no he entrado en el establo, no sabía que fuese un centro de adiestramiento –comentó Violet mientras él abría la puerta de una de las cuadras–. ¿Cuántos caballos tienes aquí?

–Estamos adiestrando a cincuenta. Todos viven en esta parte. Al otro lado hay otras cuadras donde tenemos a los caballos para ventas y a las yeguas que están preñadas o que tienen crías. Allí hay otros cuarenta.

–Así que para ti esto es más que un pasatiempo.

–No te creas. Vic es quien se encarga del lugar y trata con los clientes. Ralph realiza el adiestramiento. Sid dirige las ventas. Bonnie cuida de los animales. No me necesitan para que el negocio funcione.

Pero, a juzgar por cómo todas las personas con las que se encontraban le pedían opinión y le informaban de todo, Violet supuso que era el alma del lugar.

–Este es Milo –anunció J. T. riéndose cuando se acercaron a una de las cuadras y tuvo que apartar el hocico del caballo de su bolsillo–. Tendrás tu golosina después de trabajar, no antes.

–¿Es tuyo?

–No. Pertenece a una niña de diez años con mucho talento. Llevo adiestrándolo dos años.

–¿Una niña pequeña se monta en este caballo?

–Lleva montando desde que tenía tres años. Tiene mucha habilidad. Como tenía mi abuela. Milo y ella forman un gran equipo. Mañana vendrá a dar su clase. Podrás verlo tú misma.

–Me encantaría.

J. T. le puso un ronzal al animal en la cabeza y lo sacó de la cuadra. Después le ofreció la cuerda a ella.

–¿Puedes sujetarlo mientras voy a por la silla y la brida?

–¿Yo? Nunca antes he manejado un caballo.

–Pero si es un gatito grande –J. T. le puso la cuerda en las manos y el caballo dio un paso hacia ella–. Sóplale con suavidad en las fosas nasales. Le gusta y ayudará a que os conozcáis.

De no haber sido J. T., habría pensado que estaba gastándole una broma. Aun así, se sintió un poco tonta siguiendo sus instrucciones, hasta que el caballo estiró las orejas y respiró satisfecho. Parecían estar comunicándose en cierto modo. Para cuando J. T. regresó con la silla y la brida, Violet había empezado a acariciarle el hocico y a rascarle la mejilla.

–Parece que os lleváis bien –observó J. T. mientras dejaba la silla en el suelo. Después sacó un cepillo–. ¿Te apetece echarme una mano?

–Claro –le daba un poco de miedo, pero, cuando empezó a cepillarle el pelo al caballo, descubrió una gran sensación de paz.

–Aquí es donde paso mis días. Puedo afrontar casi cualquier crisis después de pasar unas horas con los caballos.

Mientras J. T. le ponía la silla a Milo, hablaba suavemente con el animal. Casi todo eran cosas sin sentido, pero era su tono melódico lo que parecía escuchar el caballo. Y no era el único. Violet también se dejaba llevar por su voz.

–¿Puedes pasarme la brida?

La pregunta le sacó del trance. Pasar tiempo con él significaba que estaba arriesgándose a caer bajo su hechizo. Tenía que decidir si merecía la pena correr el riesgo.

–Aquí tienes.

El caballo aguantó pacientemente mientras J. T. le quitaba el ronzal y lo reemplazaba por la brida.

–Puedes verme trabajar con él desde ahí –señaló una esquina del ruedo donde había

varias sillas situadas sobre una plataforma. Después le entregó una pequeña toalla–. Utilizamos polvo de caucho como base para que no haya mucho polvo, pero probablemente quieras limpiar la silla.

Violet se quedó mirando sus sandalias planas y su falda azul.

–Creo que no voy vestida para un establo, ¿verdad? Si vuelvo en el futuro, será mejor que me ponga vaqueros.

–Y botas también. No todos los caballos prestan la misma atención que Milo a donde pisan. No quiero que te hagas daño en tus bonitos dedos.

–¿Crees que tengo unos dedos bonitos?

–Creo que lo tienes todo bonito.

–J. T…

–No le des demasiada importancia a mis palabras –le dijo él–. Eres preciosa. Me resultas atractiva. No significa que no pueda controlarme.

–No sé si sentirme insultada o halagada.

Con una sonrisa, J. T. llevó al caballo al centro del ruedo y la dejó inmersa en un torbellino emocional.

Después de ver cómo se relacionaba con sus empleados y lo mucho que disfrutaba trabajando con los caballos, se daba cuenta de que J. T. no estaba tan dañado como había imaginado. Disfrutaba de su pasión. Tenía un lugar tranquilo que beneficiaba a otros. No era el lobo solitario que pensaba, y por el que sentía pena. ¿En qué otras cosas se habría equivocado?

Su ego le había hecho creer que la necesitaba, cuando era evidente que lo tenía todo resuelto. Estaba bien solo. Aun así había aceptado su ayuda. Y no parecía de los que hacían las cosas sin querer hacerlas.

Milo realizó una serie de maniobras que parecían complejas, pero que el caballo ejecutó con facilidad.

J. T. estaba pidiéndole al caballo que bailara para él. Su control sobre el animal resultaba asombroso. Y tremendamente sexy.

–Ha sido asombroso –dijo Violet bajándose de la plataforma cuando J. T. terminó con el entrenamiento.

J. T. se bajó del caballo y se acercó con él acariciándole el cuello.

–Milo ha hecho todo el trabajo.

–No me lo creo.

Sus miradas se encontraron y J. T. dejó de sonreír.

–Antes te he mentido –dijo él sin dejar de mirarla a los ojos.

–¿Con qué? –preguntó ella con el corazón acelerado.

–Cuando…

–Si ya has terminado con Milo, jefe, puedo llevármelo –dijo un empleado que había entrado en el ruedo–. Bonnie está con Bullet y quería saber si puedes ir a ver al potrillo. Se pregunta si deberíamos llamar al veterinario.

–Estás ocupado –dijo Violet dando un paso atrás–. Y yo le prometí a Harper que me pasaría temprano para hablar de una promoción conjunta –como excusa no era de las mejores, pero necesitaba tiempo para averiguar qué deseaba realmente de J. T. antes de que empezaran a pasar cosas–. Podemos hablar esta noche después del trabajo.

J. T. la agarró del brazo y le impidió apartarse. El empleado se acercaba deprisa y a Violet se le desbocó el corazón cuando J. T. acercó los labios a su oreja.

–Tu hermana tenía razón –susurró–. Tengo hambre de ti.

Después le entregó el caballo a su empleado y se alejó. Violet se quedó mirándolo con las rodillas muy juntas porque se había quedado sin fuerza en los músculos.

¿Tenía hambre de ella?

Tenía hambre de ella.

Eso era bueno, porque ella también tenía hambre de él.

Capítulo Seis

La casa del rancho estaba a oscuras y en silencio cuando J. T. regresó a las dos de la mañana. Había terminado pronto de trabajar porque los pensamientos sobre Violet hacían que le resultase imposible concentrarse. Le gustaba que se hubiese presentado en el establo aquel día. Ver cómo superaba los nervios con Milo le había demostrado que su interés era real.

¿Estaría replanteándose el acuerdo? Eso esperaba. Pero, si necesitaba más persuasión, estaba dispuesto a dársela.

Subió los escalones de dos en dos y se dirigió por el pasillo a su dormitorio. La puerta estaba entreabierta y la habitación a oscuras. Dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y vio que la habitación estaba vacía. Metió el brazo y encendió la luz. La habitación no solo estaba vacía, sino que no había señal alguna de que hubiese alguien viviendo allí.

Si no hubiera visto el coche de Violet en el garaje, habría dado por hecho que había cambiado de opinión y había regresado al hotel. Tal vez hubiese escogido otra habitación. Había otras cuatro que podría preferir. Pero en ninguna había rastro de ella. ¿Dónde estaba entonces?

J. T. se dirigió a la terraza que había en la suite principal. En cuanto salió, oyó el chapoteo del agua. Había ido a nadar. Sacó un bañador de unos de los cajones y se cambió. Cuando entró en el vestidor para colgar su traje, se dio cuenta de qué dormitorio había elegido Violet para dormir.

El suyo.

La mitad del vestidor estaba lleno de vestidos negros, ropa informal y varios vaqueros. La balda de los zapatos también estaba llena. Regresó al dormitorio y descubrió que la mitad de los cajones estaban llenos de lencería, camisetas de punto y pañuelos. En la repisa del cuarto de baño vio los perfumes y las cremas.

Bajó las escaleras con determinación, preguntándose cómo abordaría con ella aquel giro de acontecimientos. Una cosa era perpetuar el mito de su matrimonio feliz viviendo juntos. Pero compartir su habitación y su cama con ella era ir demasiado lejos.

–He encontrado todas tus cosas en mi habitación –dijo cuando llegó al borde de la piscina–. ¿Qué pasa?

–He pensado que tu padre podría tener espías entre tus empleados. No quiero darle ninguna munición que pueda usar contra ti –Violet no le miró a los ojos cuando respondió, lo que le hizo preguntarse qué estaría ocultando.

–Creo que le sobreestimas.

–Ven a nadar. Podemos hablar de eso luego.

Él deseaba resolverlo cuanto antes. Se zambulló en la piscina y buceó hacia ella. Con solo las luces de la piscina, no se dio cuenta de que estaba desnuda hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para tocarla.

Salió a la superficie escupiendo agua.

–¿Estás bien? –preguntó ella colocándole las manos en los hombros.

–Creí que habíamos llegado a un acuerdo sobre lo de nadar desnuda.

Para su sorpresa, Violet le agarró la cinturilla elástica del bañador y tiró. El roce de

su piel le provocó una erección inmediata y tuvo que apretar los dientes para no gemir.

–Deberías probarlo –murmuró ella con una sonrisa. Segundos después, J. T. sintió el golpe de la goma contra su ombligo cuando Violet soltó el bañador. Acto seguido, se alejó nadando.

J. T. la siguió y, cuando la acorraló contra el borde de la piscina, recordó que estaba desnuda. Ella enredó los muslos con los suyos y le deslizó un pie por la pantorrilla para agarrarse a él.

–Bésame –le exigió mientras le deslizaba las palmas de las manos por el cuello y se aferraba a su pelo–. Suavemente. Despacio. Deprisa. Con pasión. No me importa. Simplemente haz que me pierda.

J. T. la besó sin dudar y dejó claro que, en esa ocasión, no habría marcha atrás ni piedad. Ella aceptó cada caricia de su lengua, cada mordisco de sus dientes y le devolvió todo su deseo y su impaciencia. Le clavó las uñas en la piel y sus gemidos aumentaron su deseo. Se retorció contra su cuerpo y restregó las caderas rítmicamente contra su erección.

J. T. le lamió el agua del cuello, saboreó el cloro y, por debajo, la dulzura de su piel. Se quedó sin respiración cuando ella echó la cabeza hacia atrás y le ofreció mayor acceso. Le rodeó las costillas con los dedos y la levantó hasta que sus pechos perfectos asomaron por encima de la superficie. Violet le rodeó la cintura con los muslos y él le lamió un pezón. Con su calor húmedo presionando contra su abdomen, succionó y le mordisqueó un pecho, después el otro, hasta que ella empezó a jadear.

Su cuerpo esbelto empezó a temblar en sus brazos cuando él le deslizó los dedos por la espalda y extendió las manos por sus nalgas. Violet había estado moviendo sus caderas cada vez más deprisa. No estaba obteniendo lo que deseaba, así que desenganchó los tobillos de su cintura y dejó caer los pies al fondo de la piscina.

De nuevo J. T. notó que tiraba de su bañador. En esa ocasión tiró hacia abajo y dejó al descubierto su erección. Apretó los dientes al sentir el agua fría en la cabeza del miembro. Segundos después soltó un gemido cuando ella lo agarró con la mano.

J. T. la besó e invadió su boca con la lengua. Ella le devolvió el beso con la misma ferocidad, utilizando la lengua y los dientes para volverle loco.

–Dámelo todo –murmuró mientras acariciaba su erección cada vez más deprisa y él le succionaba el cuello.

Violet separó los muslos y colocó la cabeza de su miembro entre ellos. Él empujó con firmeza contra sus pliegues ardientes y estuvo a punto de gemir por la agonía de tener que contenerse, pero se quedó quieto.

–Protección –murmuró, sin saber cómo iba a poder dejarla, subir las escaleras y sacar un preservativo de la mesilla de noche.

–Estoy tomando la píldora –respondió ella, arqueó la espalda, echó las caderas hacia delante y lo acogió en su interior antes de que él pudiera asimilar sus palabras.

J. T. le colocó las manos en las caderas y aumentó la profundidad de la penetración, aferrándose al control.

–Eres asombrosa –murmuró mientras cabalgaban en la piscina, levantando agua a su alrededor mientras se besaban y acariciaban.

El tiempo se detuvo. El mundo de J. T. se redujo al aire que llenaba sus pulmones, al calor que sentía en la entrepierna y a la suavidad de la piel de Violet acariciando la suya.

–Esto es mucho mejor de lo que imaginaba –susurró ella, y su aliento le hizo cosquillas en la oreja.

–¿Habías pensado en ello?

Le deslizó las manos por la espalda y por los muslos mientras sus labios le recorrían el hombro. Violet había pegado las plantas de los pies a sus pantorrillas para sujetarse en el agua. Eso le permitió el equilibrio suficiente para añadir una pequeña torsión a los movimientos rítmicos de sus caderas. El poder de aquel movimiento estuvo a punto acabar con su fuerza de voluntad.

–Todos los días desde que empezaste a aparecer en el Baccarat.

Su confesión hizo que él le hiciera otra.

–Perder a Rick ha sido lo mejor que me ha ocurrido jamás.

–¿No me digas? –preguntó ella riéndose, lo que hizo que sus pechos vibraran contra su torso.

–O lo era hasta esta noche.

Empezó a moverse con más fuerza dentro de ella y sintió que sus músculos se cerraban alrededor de su erección, la fricción era demasiado intensa para soportarla.

Entonces sintió que el cuerpo se le tensaba y tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para posponer su orgasmo y ver cómo ella ascendía cada vez más alto. Violet abrió los ojos, lanzó un grito y se estremeció. Entonces J. T. se dejó llevar también.

Llegó al orgasmo con tanta rapidez e intensidad que se preguntó cómo habría podido aguantar tanto. Todo quedó oculto tras un manto negro. Fue como ascender a los cielos.

–Ha sido el mejor sexo de mi vida –murmuró Violet rodeándole la cara con las manos y sonriendo–. Sabía que contigo sería genial, pero vaya.

J. T. no podía compartir su franqueza. Lo que sentía por ella era demasiado inmenso, demasiado desgarrador.

–Sí –no fue muy elocuente, pero sí sincero–. Vaya.

–¿Sigo teniendo prohibido bañarme desnuda?

Cautivado por su felicidad, J. T. negó con la cabeza.

–De hecho, pienso quemar todos los bañadores que haya en la casa.

–Sonríes mucho esta mañana –comentó Harper mirando a Violet por encima de su vaso de zumo de naranja.

Era martes por la mañana y las hermanas Fontaine se habían reunido para su desayuno semanal. Aquel día estaban en el despacho de Scarlett en el Fontaine Richesse. Normalmente se reunían los miércoles, pero Violet y J. T. iban a celebrar su banquete de boda atrasado aquella noche, y todos imaginaban que se acostarían tarde.

–¿Ah, sí? –preguntó Violet antes de dar un trago a su té verde.

–Claro que está sonriendo –intervino Scarlett–. J. T. y ella llevan tres días arrejuntados viviendo su felicidad nupcial.

–No creo que pueda decirse «arrejuntados» si estamos casados –matizó Violet.

–¿Ahora estáis viviendo juntos? –preguntó Harper.

–Si prestaras atención a algo que no fuera tu hotel –comenzó Scarlett–, sabrías que Preston se presentó aquí y amenazó con demandar a J. T. y a Violet por fraude si su matrimonio no era real.

–No creo que le sirva de nada –dijo Harper.

–Ya no –convino Scarlett.

–Lo que quiero decir –continuó Harper– es que no hay ninguna ley empresarial que diga que el matrimonio debe ser real, solo legal.

–Nos preocupaba que, si nos llevaba a juicio, pudiera impedirme ceder mis acciones y votar en la siguiente reunión de accionistas, y así él seguiría siendo presidente.

–Supongo que eso es posible –respondió Harper–. Pero no sé si muy probable.

–No queríamos arriesgarnos.

–¿Y por eso vuestra relación se ha vuelto física?

Violet no quiso mirar a Scarlett por miedo a que la expresión de su hermana le hiciera reír. Harper era demasiado literal y a veces eso le impedía ver el humor de algunas situaciones.

–No exactamente…

–Él está loco por ella y viceversa –explicó Scarlett–. Al contrario que Ashton y tú, que os volvéis locos el uno al otro.

–Tengo todo el derecho a estar loca –insistió Harper–. El restaurante va con retraso porque no ha estado aquí tomando decisiones. Y, cuando las toma, hace que nos retrasemos más porque quiere cambiar cosas.

–Por no decir que es guapo, sexy y que tienes el ordenador lleno de sus programas.

El ceño fruncido de Harper habría sido más intimidante si hubiese sido capaz de mirar a Scarlett.

–Me parece a mí que hace menos de un mes Logan y tú también os volvíais locos el uno al otro.

–Eso era entonces. Ahora nos volvemos locos de pasión.

La respuesta de Harper fue un gruñido, y Violet se carcajeó. Adoraba a sus hermanas.

–Dejando a un lado todas estas locuras –dijo Violet volviéndose hacia Scarlett–, tú habías dicho que tenías algo importante que hablar conmigo.

Tras intercambiar una mirada con Harper, Scarlett se acercó a su escritorio y regresó con dos archivos. Le ofreció uno a Violet.

–Sé que te he hablado de los archivos que heredé de Tiberius. Este es el de Preston Rhodes.

Violet aceptó la carpeta y examinó rápidamente su contenido. Consistía en viejos recortes de periódico sobre un ahogamiento en una crecida en el desierto cercano a Las Vegas, así como la foto de un grupo de siete jóvenes de aspecto salvaje. Debajo había un papel con el nombre de una mujer y su información de contacto. Charity Rimes.

–¿Qué se supone que es esto? –preguntó.

–Grady y yo pensamos que el hombre que conocemos como Preston Rhodes es en realidad un chico de Las Vegas que se supone que se ahogó durante una crecida en 1970.

Violet miró a Harper y vio en la expresión de su hermana el mismo escepticismo que ella sentía.

–Entonces, ¿la noticia del periódico está equivocada? No fue el tal George Barnes, sino Preston Rhodes. ¿Cómo puede ser eso posible?

–Pienso que el padre de J. T., cuyo verdadero nombre creo que es George Barnes, se cambió la identidad por la de Preston Rhodes después de que Preston se ahogara en la crecida.

–Esa teoría es un poco descabellada –intervino Harper.

–¿Por qué iba a hacer eso? –quiso saber Violet.

–A juzgar por la información que recopiló Tiberius de George Barnes, era un delincuente juvenil que iba a acabar mal. Preston Rhodes tenía un futuro brillante por delante. Un niño rico sin familia. Había abandonado California, donde se había criado, para

recorrer el país hacia la Costa Este, donde iría a la universidad. Piensa en lo fácil que le habría resultado a George meterse en los zapatos de Preston.

Violet se quedó mirando los recortes y se dio cuenta de que la teoría de Scarlett sonaba cada vez más razonable. Pensó en lo dura que sería aquella noticia para J. T. Descubrir que su padre le había robado la identidad a alguien sería mucho peor que saber que estaba tomando malas decisiones empresariales.

–No sé qué quieres que haga yo con esto –dijo Violet dejando la carpeta a un lado.

–Deberías hablar con Charity Rimes. Tiberius la localizó por una razón.

–¿Quién es? –preguntó Harper.

–Es la escritora que está escribiendo una historia sobre una serie de asesinatos que tuvieron lugar en Los Ángeles en los años sesenta. No sé mucho de la historia, salvo que nunca atraparon al culpable. Me olvidé del asunto cuando me di cuenta de que no era de mi incumbencia. Pero las cosas han cambiado. J. T. se ha casado contigo. Eso le convierte en familia –Scarlett le ofreció una segunda carpeta–. Lo que me lleva a esto. No sé si quieres leerlo o no, pero, como ahora estás implicada con él, pensé que al menos deberías poder decidir.

–Tiberius tenía un archivo sobre J. T. –Violet se preguntó por qué no lo habría guardado en su despacho de casa–. ¿Lo has leído?

–Estuve tentada cuando empecé a sospechar que su padre le había robado la identidad a Preston Rhodes, pero después decidí que no me correspondía a mí saber sus secretos.

La cantidad de papeles que había en la carpeta pilló a Violet por sorpresa. No era un simple resumen de su niñez infeliz y de sus travesuras de adolescencia. Tiberius había empleado mucho tiempo y energía investigando a su sobrino. Probablemente preparándose para retomar su relación.

–No debería –Violet intentó devolverle la carpeta a Scarlett, pero su hermana levantó las manos.

–Quédatelo. Quémalo. Dáselo a J. T. No me importa, pero no quiero tenerlo yo –Scarlett miró a Harper, que estaba ocupada con su teléfono móvil–. Ya guardo más secretos de los que me gustaría saber.

Violet sabía que Scarlett se refería al archivo que había encontrado sobre la madre de Harper.

–Tengo que irme –dijo Harper poniéndose en pie–. Le he enviado a Ashton otra lista de candidatos a cocinero jefe y tiene quince minutos libres para hablar de ellos.

En cuanto Harper abandonó la habitación, Scarlett sacó otro archivo del escritorio.

–¿Piensas decirle lo que has descubierto de su madre?

–Voy a contarte lo que ocurre y quiero que me ayudes a decidir.

–Muy bien. ¿Qué hizo la madre de Harper?

–Tuvo una breve aventura durante una época en la que su marido estaba fuera por negocios.

–¿Penélope? –Violet no podía creerse que la estirada madre de Harper pudiera haber hecho algo así–. No es propio de ella.

Scarlett abrió la carpeta y le mostró las fotos en blanco y negro de una joven Penélope Fontaine abrazando apasionadamente a un hombre atractivo.

–Al parecer, estar casada con nuestro padre podía provocar un comportamiento así incluso en la persona más conservadora –señaló Scarlett.

–Estoy segura de que a Harper le sorprenderá saberlo, pero eso fue hace muchos

años. Aunque no entiendo por qué crees que eso le destrozará.

–Porque ella nació nueve meses más tarde.

–¿Quieres decir que…?

–Harper no es una Fontaine.

–¿Estás segura?

–Por desgracia sí. ¿Cómo puedo decírselo?

–No creo que debas –contestó Violet tras pensarlo unos segundos.

–Eso creo yo también –convino Scarlett volviendo a guardar las fotos–. No le haré ningún bien.

Violet abandonó el despacho de Scarlett y se fue a su suite a buscar un vestido que ponerse para la recepción nupcial.

Cuando salía de la suite, se fijó en los archivos que Scarlett le había dado. Aún no había decidido qué decirle a J. T. Él ya había pasado por mucho, pero tampoco quería ocultarle algo tan importante. Dejó su archivo en el despacho, metió en el maletín el de Preston y el que contenía información sobre Charity Rimes y salió de la suite.

–Estás preciosa –impaciente por poder tener un último minuto a solas con ella, J. T. entrelazó los dedos con los de Violet y tiró de ella hacia las escaleras. Tenían quince minutos hasta que empezaran a llegar los invitados.

–¿Es absurdo que esté nerviosa?

–Sí –se llevó su mano a los labios y le dio un beso en los nudillos–. Todos los que vienen son amigos. Y yo estaré a tu lado todo el rato.

–¿Seguro que estoy bien?

–Estás perfecta –no estaba acostumbrado a su falta de confianza y se preguntó cómo una mujer tan guapa y encantadora como Violet podía dudar de sí misma.

–Porque el vestido tiene tres años.

–Parece nuevo.

–Porque lo está. Nunca me lo he puesto.

Las sutilezas de la mente de una mujer en lo referente a la moda eran algo que J. T. no entendía.

–Vamos a tomar una copa de champán. Quiero hacer un brindis.

La llevó hasta la piscina. Debido al número de invitados que iba a asistir, habían optado por abrir las puertas de cristal del salón para que la gente pudiera disfrutar del aire nocturno. Las palmeras estaban decoradas con lucecitas blancas que añadían un aire festivo a la atmósfera. En la zona de los asientos aguardaba una botella de champán con dos copas.

J. T. sirvió el champán y le entregó una copa.

–Por ti –anunció–. Gracias por casarte conmigo. Hacía mucho tiempo que alguien no actuaba en mi beneficio en vez de en el suyo propio. Tu optimismo y tu manera de pensar me han permitido quitarme las telarañas y exponerme a la luz del sol. No importa lo que ocurra dentro de un mes, porque estoy preparado para cualquier cosa que me depare el futuro.

El brindis fue torpe y sensiblero, pero Violet no pareció darse cuenta. No paraba de mirarlo a los ojos mientras hablaba. Su fe le había dado alas.

–Me alegra oírte decir eso –le dijo Violet antes de brindar–. Y espero poder seguir haciendo que te sucedan cosas buenas.

–Lo único que necesito es que…

–Ahí está la pareja del momento –anunció un hombre desde el salón. Era Brent. Había volado desde Charlotte aquel día y se alojaba en el Titanium.

J. T. contuvo un suspiro por la interrupción y llevó a su esposa a conocer a su primo. Tras hacer las presentaciones, Brent asintió con aprobación y él se relajó. La opinión de su primo era importante para él.

Poco después de la llegada de Brent, empezó a llegar el resto de invitados. Además de amigos y familiares, habían invitado a varios socios de Las Vegas.

Los camareros pasaban con copas de champán y canapés. Con ayuda de su directora de catering, Violet había organizado la fiesta en una semana y la velada fue sobre ruedas. A cada hora que pasaba, J. T. se sentía más cautivado por su esposa.

–Llevas toda la noche monopolizando a tu esposa –se quejó Scarlett mientras tiraba del brazo de Violet–. Harper y yo necesitamos hablar con ella un par de minutos.

J. T. siguió recorriendo la sala, pero la poca diversión que había experimentado se esfumó en cuanto Violet se apartó de su lado. Lo que más deseaba era que todos se fueran a sus casas.

Violet regresó tras lo que le habían parecido horas, aunque no hubiesen sido más de quince minutos.

–Te he echado de menos –murmuró tras recibirla con un beso rápido.

Para cuando terminó la noche, sabía que era el hombre más afortunado del mundo. De pie en la puerta, mientras se despedían de los últimos invitados, fue consciente de la necesidad de tenerla solo para él. En cuanto Violet cerró la puerta y suspiró aliviada, se la echó al hombro y la llevó al piso de arriba.

Al principio se quedó demasiado sobresaltada para protestar, pero ya había recuperado la voz cuando llegó al segundo piso.

–¿Has perdido la cabeza? Aún quedan cosas por limpiar y tengo que darle las gracias a la del catering. Bájame.

–Se marchó hace veinte minutos. Estamos solos –contestó él mientras la dejaba sobre la cama de la suite principal–. Por fin.

–Llevamos solos cuatro días –le recordó ella mientras le desabrochaba los botones de la camisa.

Él le bajó un tirante del vestido y hundió la cara en su cuello. Su aroma llevaba volviéndole loco toda la noche. Le recordaba a hacía dos días, cuando había…

Violet le había desabrochado la cremallera y le había metido las manos bajo los pantalones para palparle el miembro. Él gimió y su erección se endureció más aún bajo sus caricias.

–Más despacio –le ordenó, le agarró las muñecas y se las aprisionó contra las almohadas por encima de su cabeza–. Tenemos toda la noche.

–Pero yo te necesito ahora –respondió ella, y movió las caderas como sabía que más le gustaba–. Ambos estamos listos. ¿Por qué no te lanzas sin más?

Porque llevaba lanzándose sin más durante cuatro días y aún le quedaba por aprender todo lo que deseaba saber para complacerla. Su química era explosiva. Nunca había estado con nadie como ella. Ansiosa, apasionada, sexy. Le bastaba mirarlo desde el otro extremo de la habitación para que la deseara. Su obsesión empeoraba día a día. Interfería en su capacidad para concentrarse en el trabajo y le distraía del objetivo inicial de su matrimonio: obtener las acciones necesarias para echar a su padre.

–¿Quieres que me lance sin más? –le preguntó mientras se levantaba de la cama para quitarse la camisa, los pantalones y la ropa interior.

–Mucho –ella lo observó con ojos de deseo mientras se arrodillaba y se quitaba el vestido de cóctel. Ataviada solo con un sujetador sin tirantes y unas bragas de seda minúsculas, lo esperó tendida en mitad de la cama, con las manos en las caderas en actitud desafiante.

–Muy bien. Date la vuelta y quédate mirando al cabecero.

Ella pareció sorprenderse unos segundos, pero finalmente obedeció.

–¿Así? –preguntó mirándole por encima del hombro.

–Justo así.

J. T. volvió a subirse a la cama y se colocó tras ella. Su preciosa espalda era algo que no había tenido muchas oportunidades de explorar en los últimos días, y merecía su atención. Lo primero que hizo fue desabrocharle el sujetador para poder apreciar su espalda sin obstáculos.

El elástico que sujetaba la prenda le había dejado marcas en su piel, así que agachó la cabeza y besó esas marchas mientras deslizaba las puntas de los dedos por sus hombros. Ella se estremeció al sentir sus caricias y suspiró.

Poco a poco fue relajándose a medida que sus dedos exploraban los contornos de sus omóplatos y le masajeaban la nuca antes de bajar por los brazos. Cuando J. T. le succionó el lugar donde se unían el cuello y el hombro, ella se inclinó hacia atrás y sintió su erección contra sus nalgas.

–Me gusta –murmuró con los brazos estirados–. Pero, ¿qué puedo hacer yo por ti?

–Disfrutar de esto. Es lo único que pido.

Violet no preguntó a qué se refería con «esto». Se sentía perezosa y excitada. Su piel estaba encantada de recibir todas sus atenciones. A pesar de la insistente palpitación que sentía entre los muslos, esperaba que le dedicara la misma atención a todas las partes de su cuerpo.

–Tienes una espalda preciosa. Me encanta el hueco que tienes justo aquí –dijo señalando un punto en concreto.

–¿Sabes? Hay otra parte de mi cuerpo que también desearía tus atenciones.

–¿Por ejemplo? –preguntó él antes de darle un beso en el cuello.

–Mis pechos.

J. T. siguió sus órdenes y le deslizó las palmas de las manos hacia arriba por los costados. Ella contuvo la respiración al sentir sus dedos acariciándole los pezones, y dejó escapar el aire cuando le agarró los pechos con ambas manos.

–¿Mejor?

–Mucho mejor.

–¿Dónde más quieres que te toque?

Ella se mordió el labio inferior al sentir las manos de J. T. bajando por su abdomen hasta llegar a la parte superior de sus muslos.

–Así –murmuró.

Temblando de deseo, le agarró las manos y las llevó hasta su monte de Venus. J. T. se había arrodillado con las piernas a cada lado de las suyas. Le separó los muslos para abrirla. Ella se estremeció al sentir el aire frío sobre su piel más sensible. La anticipación por lo que vendría después hizo que se excitara tanto que pensó que iba a volverse loca de deseo.

–J. T., esto no es justo.

–¿Qué no es justo?

Le giró la cara para que le mirase y la besó en los labios, aunque sin darle la

satisfacción de su lengua. Ella deseaba un beso profundo y penetrante. Algo que le hiciera olvidar temporalmente el dolor que sentía entre las piernas.

–No te estás aprovechando de tenerme en esta posición.

–¿No? –preguntó él antes de mordisquearle el cuello–. ¿Y qué debería estar haciendo?

Violet levantó las caderas y las frotó contra su erección. Él gimió, y por fin deslizó los dedos entre sus muslos. Ella estuvo a punto de gritar de placer.

–Estás tan caliente –murmuró J. T. con voz gutural–. Me vuelve loco lo húmeda que te pones.

–Demuéstramelo –Violet se dobló por la cintura hacia delante y dejó que sus manos cayeran sobre el colchón.

J. T. la agarró de las caderas y, con un movimiento rápido, se hundió en ella. La postura le ofrecía a Violet un nuevo mundo de sensaciones y soltó un «oh» de sorpresa.

–¿Estás bien? –le preguntó él mientras le daba besos en la espalda.

–Perfectamente. Es maravilloso –tomó aire y se rio–. De hecho, es fabuloso. Sigue así.

J. T. resopló con humor y empezó a moverse contra ella. Violet sintió que se acercaba al orgasmo mucho más deprisa de lo que habría imaginado. Y cuando J. T. le metió la mano entre los muslos y le acarició el clítoris, salió disparada como un cohete.

–¡Sí!

J. T. recuperó el ritmo y siguió penetrándola. Para sorpresa de Violet, no se quedó tendida en una nube dorada después del clímax, como era habitual, sino que sintió otro escalofrío de placer recorriéndola. Empezó a temblar al alcanzar el segundo orgasmo.

Antes de que pudiera maravillarse por todo aquello, J. T. la embistió con fuerza dos veces más y llegó al éxtasis también. Se dejó caer sobre su espalda, riéndose.

La agarró por la cintura, levantó su peso y los giró a ambos. Acabaron con los miembros enredados. J. T. se incorporó para poder mirarla a la cara. Tuvo que apartarle el pelo de los ojos antes de mirarla.

–¿Has tenido dos orgasmos? –preguntó asombrado.

–Creo que sí –respondió ella con una sonrisa.

–Eres la mujer más increíble con la que he estado nunca.

Sus palabras fueron música para sus oídos. Nunca había estado con un hombre que la apreciara tanto en la cama como J. T. Y el sentimiento era mutuo. Hacía que se sintiera como una diosa.

–Es porque tú eres un amante maravilloso.

–No hagas eso –contestó él con seriedad.

–¿Hacer qué?

–Menospreciar lo asombrosa que eres.

–Me siento incómoda cuando alguien me dice cosas agradables.

–¿Por qué?

–Supongo que no siempre creo merecerlas.

–Eso es ridículo.

–Desde que cumplí tres años, supe que mi padre no quería saber nada de mí. Pensaba que era culpa mía.

–Pero sabes que no lo era.

–Ahora sí, claro. Pero, durante mucho tiempo, me hizo daño y me forjé una armadura que me pongo cuando me siento vulnerable.

–No necesitas ponértela cuando estás conmigo.

La besó con ternura para curar sus heridas. Violet sintió un vuelco en el pecho. Enamorarse de él era muy fácil cuando le ofrecía su apoyo de esa forma. Pero no podía evitar entristecerse sabiendo que, a cambio, él no le permitiría ayudarle.

Se quedaron acurrucados en la cama, consolándose mutuamente con las manos y con los labios. No dijeron nada. La unión de sus cuerpos era manera suficiente de comunicación.

Capítulo Siete

Violet no recordó el problema de cómo abordar el tema del posible robo de identidad de su padre hasta casi las cinco de la mañana. J. T. yacía boca abajo junto a ella, con las manos hundidas bajo la almohada y profundamente dormido.

Demasiado nerviosa para dormir, Violet se levantó de la cama y se puso una bata. Ya no le estaba prohibido bañarse desnuda, así que bajó las escaleras. Como se habían ido precipitadamente al dormitorio, las cristaleras del salón seguían abiertas y las luces encendidas. Así que fue recorriendo cada habitación y dejando un rastro de oscuridad a su paso.

Sintió el aire caliente de la noche en la piel al quitarse la bata y empezar a bajar las escaleras para entrar en la piscina. A pesar de la agradable temperatura del agua, se estremeció. Nadar siempre había sido una manera de hacer ejercicio y de reflexionar sobre los problemas que tenía.

Al día siguiente le mostraría a J. T. el archivo de su padre. La reunión de accionistas se acercaba y Preston Rhodes seguía teniendo el control, así que debían aprovechar cualquier oportunidad que tuvieran para desacreditarlo. Pero ¿estaría J. T. preparado para destruir al último miembro de su familia?

Violet salió de la piscina y fue a darse una ducha rápida en la caseta antes de regresar a la suite principal. Dejó la toalla mojada en el suelo y se metió desnuda entre las sábanas. Convencida de que se había ido y había vuelto sin despertar a J. T., le sorprendió sentir sus brazos rodeándole la cintura y arrastrándola hacia él.

–Hueles a cloro –murmuró con la cara hundida en su cuello.

–Imposible. Me he duchado antes de volver a subir.

–Apenas se nota, pero está ahí –explicó él antes de besarle el pulso del cuello–. No pensaba que pudiera quedarte energía para nadar. Supongo que tendré que esforzarme más.

–No he nadado. Simplemente me he dejado llevar por el agua. A veces es agradable disfrutar del paisaje.

–¿Eso es lo que estabas haciendo esta noche? ¿Disfrutar del paisaje?

–Y pensar.

–¿En qué?

–En la reunión de accionistas y en las acciones que necesitamos.

J. T. dejó de besarle el cuello y se quedó muy quieto.

–No quiero que te preocupes por eso. Es mi lucha, tú ya has hecho suficiente.

–También es mi lucha. No me dejes fuera, puedo ayudar.

–Mi padre. Mi problema.

–Estamos casados. Es nuestro problema.

–Es un matrimonio sobre el papel.

–No hagas eso –le dijo Violet–. No me dejes fuera.

Él suspiró, se apartó de ella y se quedó tumbado boca arriba. Violet se incorporó y se quedó sentada para poder verle la cara. Tenía la mirada perdida, pero le agarró la cadera con la mano y comenzó a acariciarle la cintura con el pulgar.

–Nunca dejas de insistir, ¿verdad?

Violet apoyó la mano izquierda en su pecho.

–¿Quieres que deje de hacerlo?

Ambos sabían lo que deseaba saber. ¿Se quitaba el anillo y se olvidaba del matrimonio? ¿O se quedaba y ambos se comprometían para intentar que la relación se fortaleciera?

–Lo que estás pidiéndome no es fácil.

–Lo sé. Pero formamos un buen equipo y nos necesitamos.

–¿Tú me necesitas?

–No te hagas el sorprendido. No soy tan generosa como crees –apoyó la mejilla en su pecho y se acurrucó a su lado–. Haces que me sienta segura. Sé que puedo contar contigo.

–Nunca pareces necesitar la ayuda de nadie.

–Puede que siempre ande animando a todo el mundo, pero a veces agradezco que alguien me apoye a mí –levantó la cabeza y lo miró a los ojos–. Me gusta cuando tú eres ese alguien.

–Sabes que siempre podrás contar conmigo para cualquier cosa.

Ella sonrió. No era una apasionada declaración de amor, pero sí una promesa sincera que nunca traicionaría. Y aceptó que, en ese momento, eso era lo único que podría darle.

Junto a la cocina había un patio cubierto con barbacoa, zona para sentarse, chimenea, televisión de pantalla plana y una mesa para ocho. A no ser que tuviera visita, J. T. apenas usaba ese lugar. Generalmente comía deprisa en la cocina antes de irse al hotel o al establo, pero desde que Violet se había mudado, pasaba bastante tiempo disfrutando de todas las comodidades.

Aquella mañana la mesa estaba llena de cuencos con fruta, platos con beicon, huevos y gofres. Más comida de la que podrían consumir. Pero, en cuanto Violet le había entregado el archivo sobre su padre, había perdido el apetito.

–Esto no puede ser cierto –dejó la carpeta a un lado y se frotó el puente de la nariz, porque empezaba a dolerle la cabeza.

–Quizá –respondió Violet en tono neutral–. Quizá no.

–¿Lo has leído entero?

–Dos veces.

–Es ridículo. Mi padre creció en California. Le he oído hablar de sus padres y de su infancia en Los Ángeles. No es ningún aspirante a mafioso de Las Vegas.

–Eso pensé yo cuando Scarlett me lo dijo. Pensé que todo era una locura y así se lo dije.

–¿Quién más lo sabe?

–Solo Harper. Estaba allí cuando Scarlett me dio el archivo. No te preocupes por ella. No dirá nada.

–¿Tienes que compartirlo todo sobre mí con tus hermanas? –su tono de reproche hizo que ella se estremeciera, pero J. T. estaba demasiado resentido para disculparse. Ya le costaba bastante compartir partes de su vida con ella, y le molestaba pensar que sus hermanas supiesen un horrible secreto de su padre.

–No dirán nada –insistió Violet.

–No estoy seguro.

–Pues yo sí lo estoy.

Al oír la convicción en sus palabras, J. T. dejó el tema, porque se dio cuenta de que la razón de su inquietud no eran sus hermanas o ella. No quería creer que su padre le hubiese robado la identidad a alguien.

Porque, si su padre no solo era codicioso y ambicioso, sino además un ser despreciable, ¿no podría haberle traspasado esa maldad a su hijo?

¿Acaso no era J. T. la razón por la que su madre había muerto? Se comportaba mal, la desafiaba, y ella había muerto de sobredosis. Su cerebro adulto era capaz de entender que ella había decidido tomarse las pastillas, pero a él le atormentaba la idea de que pudiera haber estado tan disgustada con él que se hubiera tomado demasiadas. Y no podía negar que, si hubiera vuelto a casa directo después de clase, ella tal vez seguiría viva.

–¿Cuándo pensabas llamar a esa tal Charity Rimes?

–Creía que era algo que debíamos hacer juntos. Tal vez incluso ir a Los Ángeles para verla en persona. O podríamos olvidarnos del tema. Como has dicho, es ridículo que tu padre le robara la identidad a alguien en 1970.

–Déjame pensarlo –murmuró J. T., y ella asintió con rigidez.

Porque, si descubrían que su padre era en realidad George Barnes, él tendría que decidir entonces si lo enviaba a prisión o si simplemente usaba la información para chantajear a Preston. Ninguna de las dos cosas le apetecía. Habría preferido derrotar a su padre a la antigua usanza: siendo mejor empresario que él.

***

Violet terminó de maquillarse y se miró en el espejo del cuarto de baño. Había logrado disimular las ojeras de una noche sin dormir, pero no podía hacer nada con el ardor de estómago.

Después de desayunar, J. T. se fue al establo y pasó allí el resto del día. Ella se quedó en casa con la esperanza de que pudiera perdonarla por haberle comunicado un mensaje tan difícil.

Su espera había sido en vano. A las tres había descubierto que J. T. ya se había marchado al Titanium. Se había ido a trabajar sin decirle que se marchaba. Eso significaba que tendría que ser paciente y esperar que la incertidumbre no le devorase por dentro.

En vez de irse al Fontaine Chic, donde tendría que tomar cientos de decisiones, Violet se desvió hacia el hotel de Scarlett y encontró a su hermana en el casino. Sabía que Scarlett estaría ansiosa por saber cómo había ido su conversación con J. T.

–Tenía razón al temer que J. T. no reaccionaría bien a las sospechas de Tiberius sobre Preston –dijo Violet mientras avanzaban entre maquinas tragaperras hacia una pastelería situada en la segunda planta–. No podría culparle por disgustarse conmigo.

–Tú no has hecho nada malo –le dijo Scarlett.

–Siento como si lo hubiera hecho. Estaba enfadado porque Harper y tú también sabíais lo del archivo y le preocupaba que pudierais decírselo a alguien. No me ha creído cuando le he dicho que no lo haríais. Ojalá confiara en mí.

–Estoy segura de que confía. Recuerda que le has dado una información impactante de su padre. No importa lo mala que sea su relación o lo mucho que desee derrotar a su padre, porque Preston sigue siendo su padre.

–¿Es una locura tener miedo de que los avances que estábamos haciendo en nuestra relación hayan sufrido hoy un golpe mortal?

–No es ninguna locura. Pero creo que te preocupas por nada –entrelazó su brazo con el de Violet y la detuvo frente a una vitrina llena de postres suculentos–. Tomaremos un pétalo de chocolate relleno de mousse de chocolate blanco y un bollo de crema relleno de helado de avellana con salsa de chocolate y Kahlúa –le dijo al dependiente. Vio que Violet la miraba asombrada y sonrió–. ¿Qué? Lo mejor para la tristeza son los postres sofisticados.

Violet llevó la bandeja con los postres a una mesa situada junto a una ventana que daba a los jardines de la parte trasera del hotel. Scarlett llegó segundos más tarde con tazas de café.

–No sé por qué me ha pillado por sorpresa su reacción –comentó Violet mientras atacaba la mousse de chocolate blanco–. Hace dos semanas apenas nos conocíamos y hoy le digo que su padre podría ser un criminal.

–¿De verdad crees que apenas os conocíais? –preguntó Scarlett–. Puede que no fuerais amigos, pero existía la atracción entre vosotros. Yo me di cuenta aquella noche en el Baccarat.

–Me he sentido atraída por él desde la primera vez que lo vi.

–Apostaría a que él sentía lo mismo. No me sorprendería que Tiberius le hubiera disuadido.

–Estoy segura de que nunca salió el tema.

–¿Y en qué habéis quedado?

–J. T. está decidiendo si deberíamos ponernos en contacto con Charity Rimes.

–¿Y qué crees que decidirá?

–Creo que querrá hacer lo correcto, pero la lealtad es muy importante para él y no importa lo complicada que sea su relación, porque sentirá que está traicionando a su padre. ¿Sabes? Creo que estaba igual de disgustado por la idea de que su padre fuera un criminal que por el hecho de que sea yo la que le ha dado la noticia.

–Tiene sentido –dijo Scarlett–. No es un hombre al que le guste hablar de sus sentimientos. Viéndoos anoche, era evidente que has logrado abrir su caparazón. Confía en ti, pero los comportamientos anclados en traumas infantiles son difíciles de superar y, cuanto más vulnerable se sienta, peor reaccionará si algo le asusta. Y, cariño, le aterroriza lo que le haces sentir.

–No quiero que tenga miedo. Quiero que sea feliz.

–Lo sé, y llegará a serlo.

Impulsada por las palabras de Scarlett y por las grandes dosis de chocolate, Violet siguió con su día más animada. No era propio de ella preocuparse por algo que aún no había sucedido.

A las cinco le sonó el móvil. Era J. T. Respondió con la esperanza de que el estado de ánimo no se le notara en la voz.

–Hola, marido.

–Hola, esposa. Llamo para disculparme.

Mareada, Violet se apoyó en una columna cercana y cerró los ojos.

–No es necesario.

–Como siempre, eres paciente y comprensiva, pero debo insistir en recompensarte por mi mal comportamiento de esta mañana.

–¿Qué tenías en mente?

–Servicio de habitaciones. En tu suite. ¿Dentro de quince minutos?

–Suena perfecto –tras colgar el teléfono, llamó a su ayudante para cambiar su agenda y subió en el ascensor hasta la suite.

Diez minutos después ya había encargado la cena, se había echado perfume en los lugares que a J. T. le gustaba explorar y estaba esperándolo con una sonrisa y con un camisón que dejaba poco a la imaginación.

Fue una buena elección porque, segundos después de cerrar su puerta, J. T. la tomó en brazos y la llevó directa al dormitorio. Media hora más tarde estaba sentada a horcajadas sobre sus caderas, respirando entrecortadamente después de alcanzar un intenso orgasmo.

–Podría acostumbrarme a esto –dijo él, le puso una mano en la cara y tiró de ella para besarla.

–¿A tenerme encima?

–A tenerte.

–No hay razón para que no puedas tenerme –murmuró ella.

–Supongo que es algo de lo que deberíamos hablar.

–Me encantaría.

Cuando llamaron a la puerta para anunciar que había llegado la cena, J. T. se puso los pantalones y abrió al camarero. Violet se tomó unos segundos para ponerse una bata y peinarse un poco. Para cuando entró al salón, la mesa ya estaba preparada para una cena romántica para dos.

–Huele muy bien –comentó J. T. mientras le ofrecía una silla para sentarse.

Violet quitó las tapas plateadas de los platos. Ya sabía que a J. T. le gustaba la carne poco hecha y las verduras crujientes.

–Filete madurado en seco durante sesenta días salido directamente de nuestra parrilla –anunció–. Con guarnición de patatas panadera y espárragos con parmesano y mantequilla tostada.

–¿Y que es eso? –preguntó J. T. señalando tres cuencos pequeños.

–Salsa de vino tinto, salsa bearnesa y una salsa de trufa que aún no he probado.

–Suena maravilloso.

–Para ti lo mejor –respondió ella, y hablaba en serio–. Y de postre…

–Tú eres todo el dulce que necesito.

–Frambuesas con nata –concluyó Violet con un vuelco en el estómago.

Vio a J. T. meterse un trozo de filete en la boca y masticar con fruición.

–Esto está increíble. No tenemos nada comparable en el Titanium.

–Tuve suerte de que el chef Baron accediese a abrir su tercer restaurante con nosotros –respondió Violet.

–No creo que la suerte tuviera nada que ver. Puedes ser muy persuasiva.

–Cuando sé lo que deseo, voy tras ello.

–Soy muy consciente –contestó él con una sonrisa–. De hecho, me sorprende que no me hayas preguntado si he decidido llamar a Charity Rimes. Supongo que te mueres de ganas de saberlo.

–Mentiría si dijera que no lo he pensado, pero imagino que debe de ser una decisión difícil para ti.

–Si hubieras descubierto que Tiberius hizo algo terrible, ¿qué harías?

–Me gustaría decir que le delataría y nunca dudaría de mí misma por hacerlo –contestó ella mientras le apretaba la mano con cariño–. Pero no creo que me perdonara a mí misma la deslealtad.

J. T. se llevó su mano a los labios y le dio un beso en la palma.

–Vamos a llamar a Charity Rimes después de cenar.

–De acuerdo –satisfecha al ver que J. T. confiaba en su ayuda, Violet comenzó a

cenar con ganas–. Me alegro de no haber pedido un postre pesado –dijo mientras se peleaban por la última frambuesa. No recuerdo la última vez que comí tanto.

–Todo estaba tan bueno que era difícil parar.

Dejaron los platos para más tarde y J. T. llevó a Violet al sofá, donde se sentaron. Él le pasó el brazo por encima del hombro y con la mano derecha jugueteó con el nudo de su bata.

–¿Crees que mi padre debería estar en la cárcel? –le preguntó.

–Si le robó la identidad a alguien, sí.

J. T. cerró los ojos y, durante unos segundos, su expresión se volvió triste.

–Haz la llamada –dijo finalmente con voz decidida.

Violet agarró su móvil y buscó el número de Charity. Marcó y le acercó el teléfono para que él pudiera escuchar también.

–¿Sí? –contestó una voz masculina.

Violet y J. T. se miraron confusos.

–Hola. Busco a Charity Rimes.

–¿Es amiga suya?

–No exactamente. Mi nombre es Violet Fontaine. Ella habló con mi padre hace varios meses sobre un libro que estaba escribiendo. Esperaba poder averiguar lo que le dijo.

–¿Y no puede preguntárselo a él?

–Murió –contestó ella, aunque omitió la parte del asesinato.

Se hizo el silencio.

–Siento lo de su padre –dijo el hombre pasados unos segundos–, pero Charity no va a poder ayudarla ahora. Tuvo un accidente. Su coche fue arrollado por un utilitario.

–¿Está bien?

–Tiene algunas costillas rotas y una lesión en la cabeza que los médicos quieren monitorizar.

J. T. frunció el ceño y se puso en pie. Violet lo siguió con la mirada e imaginó su decepción.

–Por favor, dígale que espero que se ponga bien. Quizá pueda llamar de nuevo en otro momento, cuando esté mejor.

–¿Quiere dejar su número? Puedo decirle que le devuelva la llamada.

–Eso sería muy amable –Violet le dio los números de su móvil y de su despacho. Cuando colgó el teléfono, suspiró–. Qué locura.

–Parece como si el destino me hubiera dado otro revés –respondió J. T. con frustración.

–Aún nos quedan tres semanas hasta la reunión de accionistas y tu primo Phil ha prometido votar por ti.

–Eso significa que tenemos el cuarenta y nueve y medio por ciento. Mi padre gana –se dirigió hacia el dormitorio y recogió el resto de su ropa–. Será mejor que vuelva al Titanium. Hay una última pariente a quien puedo llamar. No quería recurrir a ella, pero quizá el favor que me pida a cambio no sea tan malo como creo.

Violet sabía que aquel no era el mejor momento para asegurarle que todo saldría bien. Obviamente estaba demasiado decepcionado por la llamada a Charity Rimes como para pensar que en el futuro todo se resolvería.

–Te veré en casa –dijo ella antes de que cerrara la puerta tras él.

Tras darse una ducha, Violet se vistió y regresó a su despacho para la primera de sus reuniones. Aunque le costó trabajo concentrarse, lo consiguió. Los problemas de J. T. se

resolverían de un modo u otro. Lo único que tenía que hacer era confiar en que, llegado el momento, elegiría el camino correcto.

¿Y ella? ¿Querría que estuviese a su lado? Violet sabía que sería mejor prepararse en caso de que no quisiera.

Capítulo Ocho

–Se está inclinando. Tienes que levantarle el hombro de dentro –dijo J. T.–. Haz que gire en un círculo cerrado –la joven amazona hizo lo que le pedía–. ¿Notas cómo se equilibra?

Su sonrisa radiante fue respuesta suficiente.

J. T. seguía sus movimientos por el ruedo, pero no le prestaba toda su atención. Estaba pensando en la reunión de accionistas, para la que quedaba una semana, y también en su relación con Violet y en lo que deseaba para el futuro.

Era muy fácil bajar la guardia con ella. Su compañía resultaba un bálsamo para su alma atormentada.

Parecía comprender, aunque no apreciar, que tuviera secretos que no deseaba compartir. J. T. sabía que era injusto. Ella le había dado mucho. El hecho de que él siguiera conteniéndose hacía que la relación no estuviese equilibrada. No sabía cómo arreglarlo sin arriesgarse a perderla.

Al principio habían decidido divorciarse después de la reunión de accionistas. J. T. aún no había decidido cómo pedirle que le diese más tiempo a su matrimonio. Se había acostumbrado a tenerla cerca.

Violet le había sacado de su burbuja. Era feliz. Pero ¿lo era ella? ¿Sería justo aprovecharse de su generosidad y darle tan poco a cambio?

Esa pregunta le atormentó el resto de la tarde. Elaboró una lista de pros y contras de estar casado con ella. Al final todo se reducía a lo que necesitaba para ser realmente feliz.

Aquella noche, mientras esperaba a que ella apareciera en el Baccarat, se enfrentó a la realidad de su situación. No importaban las muchas objeciones que hubiera elaborado para seguir casado, porque el factor más importante de su decisión era que estaba enamorándose de su esposa.

–Buenas noches, marido –dijo Violet sentándose a su lado en el sofá–. ¿Qué te ha preparado Rick esta noche?

J. T. se quedó mirando la copa que tenía en la mano y se dio cuenta de que se había tomado la mitad sin saborear una gota.

–No tengo ni idea.

–Déjame probar –le quitó la copa y dio un sorbo–. Ignorancia de la felicidad. Ginebra de ciruela, sirope de vino tinto, clara de huevo, zumo de limón, agua de rosas y balsámico. Uno de mis favoritos.

–Una de mis clientas me ha pedido opinión sobre un caballo que está a la venta en Kentucky –dijo él sin preliminares–. Y pensaba en pasarme por la granja de mi familia a las afueras de Louisville.

–Estoy segura de que a tu familia le hará ilusión verte.

–Ven conmigo.

A ambos les iría bien un cambio de aires, y además deseaba mostrarle el lugar donde había pasado los momentos más felices de su infancia.

–Me encantaría. ¿Cuándo?

–Mañana.

–Despejaré mi agenda. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste?

–Hace unos seis meses. Trato de ir un par de veces al año.

–Debe de ser maravilloso –dijo Violet–. Nunca te he visto tan feliz.

–¿Nunca? –se llevó la palma de su mano a la mejilla y le dirigió una sonrisa de lobo–. Entonces tendrás que prestar más atención esta noche.

–Me aseguraré de que así sea –respondió ella con las cejas arqueadas.

Tras una noche con muchas sonrisas y pocas horas de sueño, embarcaron en el jet privado que la clienta de J. T. había enviado para llevarle a Kentucky.

–Qué agradable –murmuró Violet cuando aceptó la mimosa que le ofreció el auxiliar de vuelo–. Fontaine posee varios jets de empresa, pero ninguno tan bueno como este. ¿Quién es tu clienta?

–Es miembro de la familia real de Dubái. Una princesa a la que le encantan los caballos y los concursos de saltos.

–No tenía ni idea de que tuvieras tantos contactos.

–Nos conocimos en Miami hace muchos años y nos hicimos amigos. Conocía la reputación de mi abuela y le gusta saber mi opinión cuando está pensando en gastarse un dineral en un caballo.

–Estoy impresionada –dijo Violet mirándolo por encima del borde de su copa–. Y un poquito excitada.

J. T. se carcajeó.

–Entonces mi trabajo aquí ha terminado.

La granja donde J. T. debía evaluar al caballo estaba a una hora de distancia de la de su familia, Briton Green. El avión aterrizó en el aeropuerto regional, a menos de quince minutos, y Samantha, la prima de J. T., estaba esperando para recogerlos. En cuanto él dejó las maletas, se lanzó a su cuello y le abrazó con fuerza. Su prima tenía una sonrisa contagiosa y siempre había estado llena de energía.

–Me alegro mucho de verte –en cuanto dejó de asfixiarlo, se volvió hacia Violet–. Soy Samantha.

–Violet. J. T. no ha parado de hablar de ti durante todo el viaje. Es un placer conocerte.

–Lo mismo digo –Samantha entrelazó el brazo con el de ella y la condujo hacia su coche.

J. T. las siguió más despacio. Ya sentía que se había quitado un peso de encima y ni siquiera habían llegado a la granja.

–¿Qué tal va todo? –le preguntó a Samantha mientras esta conducía por la autopista.

–De maravilla. Dancing Diva tuvo un potro precioso. Mamá está convencida de que es el mejor que hemos tenido en diez años.

–Eso es decir mucho –en los últimos diez años habían salido tres premios nacionales criados en Briton Green–. Estoy deseando conocerlo. ¿Qué puedes decirme sobre el caballo de seis años que voy a ver a la granja de Cal Rutledge?

–Se mueve bien. Tiene buenas patas. Es atlético. Creo que han tenido algunos problemas con su ética de trabajo.

–¿Qué quieres decir?

–Es vago.

–¿Vale el dinero que piden?

–Yo les ofrecería treinta y cinco mil y vería qué ocurre –Samantha siempre había sido dura regateando–. ¿La princesa está dispuesta a ver otros caballos?

–¿A quién tienes en mente?

–Un cliente de Roger Simmons tiene una bonita yegua de ocho años. Le ha ido bien en los espectáculos, pero necesita un jinete listo. A Roger le está costando encontrar a alguien lo suficiente bueno para ella.

–Nunca viene mal echar un vistazo. ¿Alguna otra sugerencia?

Samantha se rio.

–J. T., podría mantenerte ocupado durante un mes viendo todos los talentos que tenemos por la zona.

–Por desgracia no tengo un mes.

Cuando llegaron a la granja, les recibió la prima de su madre, Phyllis, madre de Samantha. Su abuela y la madre de Phyllis, Adele, eran hermanas. Cuando su abuela se había casado y se había mudado a Miami, Adele se había quedado allí para hacerse cargo de la granja. Su abuelo les había dado acciones de Propiedades Stone a cambio del capital inicial que habían puesto. Tiberius les había comprado esas acciones meses antes.

J. T. abrazó a su tía y se la presentó a Violet.

–La granja tiene muy buen aspecto –advirtió mientras entraban en la casa de inspiración griega–. Samantha me ha dicho que este año habéis tenido un buen grupo de potros.

–Se muere por enseñártelos –Phyllis les condujo hasta el enorme salón, donde la doncella acababa de colocar una jarra de té helado en el aparador–. Serviremos la comida en media hora. ¿Queréis algo de beber?

Violet aceptó un vaso de té y se sentó.

–Veo que llevas el anillo de boda de mi tía –observó Phyllis con expresión amable, aunque ligeramente curiosa–. Cuando J. T. nos llamó para contarnos que iba a venir con su esposa, nos entraron muchas ganas de conocerte.

–Yo también tenía muchas ganas de conoceros –contestó Violet–. Sé que J. T. pasaba mucho tiempo aquí cuando era pequeño.

–¿Dónde creciste tú? –preguntó Phyllis.

–En Las Vegas.

–¿A qué te dedicas allí?

–Dirijo un hotel y casino en la avenida principal. El Fontaine Chic. Mi abuelo es el presidente de la cadena hotelera Fontaine.

J. T. se dio cuenta de que a Phyllis le sorprendía la esposa que había elegido. Antes que Violet, solía preferir la apariencia al interior. Le resultaba más fácil no implicarse. Con Violet tenía lo mejor de ambos mundos.

–Eso debe de mantenerte muy ocupada –supuso Phyllis antes de mirar a J. T.–. A este de aquí le cuesta mucho sacar tiempo para venir a visitarnos.

–Entre el Titanium y el rancho, tiene muchas más cosas que hacer que yo –contestó Violet estrechándole la mano–. La mayoría de los días, tengo suerte si le veo.

–Estoy segura de que comprende que nunca hay que descuidar a una esposa –señaló Phyllis con seriedad.

Todos en la habitación sabían a lo que se refería. Durante varios segundos reinó el silencio.

–Es una suerte que nuestros horarios de trabajo sean parecidos –murmuró Violet al fin.

–Seguro –Phyllis decidió apiadarse de ella, cambió de tema y empezó a relatar lo que habían estado haciendo los primos de J. T. desde la última vez que habían hablado.

Después de comer, Samantha los llevó a ver los establos. Había tres en total.

–¿Tú montas? –preguntó Samantha cuando se dirigían hacia el establo de adiestramiento.

Además de ser una granja de cría, Briton Green tenía buena reputación como centro de adiestramiento.

–Estoy aprendiendo –miró a J. T.–. Me ha dado algunas clases.

–Tiene buen estilo para ser una principiante.

–Deberíamos ir todos a montar luego.

J. T. miró el reloj.

–No creo que tengamos tiempo. Tengo una cita a las cuatro en punto con Cal para ver lo que le ofrece a Husna.

–¿Y tú, Violet? –preguntó Samantha.

–No me importa ir solo a la cita –dijo J. T.

Por mucho que le hubiera gustado ver la granja a caballo, había ido a aquel viaje para pasar tiempo con él.

–Tal vez mañana antes de marcharnos.

Tras acordar aquello, terminaron de ver el establo de adiestramiento y después J. T. y ella salieron.

–Entiendo por qué los caballos se te metieron en la sangre –comentó ella mientras atravesaban la autopista en el coche que les había prestado Samantha–. Hay algo muy intenso en ellos.

–Te hacen vivir el momento. Un jinete listo es aquel que anticipa que incluso el caballo mejor educado puede reaccionar de mala manera a algo en su entorno.

–Supongo que a todos nos viene bien de vez en cuando concentrarnos en el presente.

–¿Ese comentario va dirigido a mí?

–De hecho, era más bien un recordatorio para mí. He estado pensando mucho en el futuro. En nuestro futuro –aclaró.

–Yo también he pensado en eso –dejó de hablar, pero no parecía haber dicho todo lo que pretendía, así que Violet esperó en silencio–. La reunión de accionistas es dentro de una semana. Acordamos separarnos después de eso.

Violet aguantó la respiración con la esperanza de que él sintiera lo mismo que ella. En esa ocasión la pausa de J. T. fue más larga y ella no pudo aguantar un segundo más.

–No quiero divorciarme de ti.

J. T. apartó la mirada de la carretera y le permitió ver el anhelo que había en sus ojos.

–Yo siento lo mismo –le estrechó la mano y le dio un beso en los dedos–. Tenerte en mi vida es lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo.

–A mí también.

–¿Estás segura de que comprendes lo que hay? –preguntó J. T. llevándose sus manos entrelazadas al pecho–. No es fácil vivir con un hombre como yo.

–Lo sé –aún tenía secretos en su interior que le causaban dolor y le hacían apartarse de ella. Tal vez nunca llegara a saberlo todo sobre él, pero había aceptado eso antes de decidir luchar por su matrimonio–. También sé que no confías plenamente en mí con todo lo que te ha ocurrido en el pasado.

–¿Estás segura de que puedes vivir con eso?

–Voy a intentarlo.

Después ambos se quedaron en silencio. Violet se quedó mirando el paisaje y

esperó a que los latidos de su corazón volvieran a la normalidad.

J. T. deseaba que siguieran casados. Ella le hacía feliz. La idea le entusiasmaba, pero no era ninguna romántica incurable.

Lo que había entre ellos aún necesitaba trabajo y confianza para crecer, pero el hecho de que ninguno de los dos quisiera tirar la toalla significaba que había esperanza para ellos.

***

La conversación en el coche había aliviado la sutil tensión que había entre ellos. J. T. sonreía con más frecuencia y sus besos se volvieron más apasionados.

Acurrucada junto a él bajo una manta en la habitación de invitados, Violet suspiró satisfecha.

–Me encantaría que pudiéramos regresar aquí y quedarnos más tiempo –le dijo–. Me ha encantado conocer a tu familia y quiero conocerlos mejor.

–Creo que ellos sienten lo mismo.

–Eres afortunado por tenerlos. Hasta que aparecieron Scarlett y Harper, yo no tenía más familia que mi madre y Tiberius.

–Entiendo que no tuvieras contacto con la familia Fontaine, pero ¿qué me dices de los parientes de tu madre?

–Perdió el contacto con ellos tras venir a Las Vegas. Le pregunté por ellos un par de veces, pero se disgustaba tanto que dejé de hacerlo.

–Siento que tuvieras una infancia así.

–No estaba mal. Por entonces no conocía otra cosa. El no tener familia no me molestaba hasta después de la universidad, cuando estaba en la boda de una amiga –había sido una celebración por todo lo alto, con seis damas de honor y padrinos. La novia estaba radiante mientras se acercaba al altar del brazo de su padre–. Yo era la única del cortejo nupcial que no era miembro de la familia.

–¿Te molesta que nos casáramos sin tu familia?

–Un poco. Principalmente me daba pena que Tiberius no estuviera allí para entregarme en matrimonio.

–Cuando pase la reunión de accionistas, deberíamos volver a casarnos. Esta vez en condiciones. Con amigos y familiares.

–No tienes que hacerlo por mí –aunque le entusiasmaba que lo hubiera sugerido.

–Lo hago por nosotros. Deberíamos empezar de nuevo –dijo antes de darle un beso en la frente–. Un matrimonio de verdad se merece una boda de verdad. ¿No te parece?

–Me parece una idea perfecta.

Capítulo Nueve

J. T. estaba en su despacho repasando el presupuesto para remodelar la sala de ejercicios y actualizar las máquinas cuando su ayudante le llamó.

–El señor Rhodes por la línea uno.

Faltaban tres días para la reunión de accionistas y él todavía no había conseguido los votos necesarios para expulsar a su padre de la empresa. ¿Le llamaría su padre para regodearse?

–Hola, padre.

–Realmente no esperarías vencerme, ¿verdad, hijo? –dijo Preston–. Me he enfrentado a jugadores con mucha más habilidad que tú.

–No me cabe duda.

–Entonces no te sorprenderá que te diga que estoy en negociaciones para vender el Titanium.

–No me sorprende en absoluto –había sabido que desafiar a su padre no tendría vuelta atrás. O se aseguraba los votos necesarios para echar a Preston o abandonaba él la empresa.

–Estoy seguro de que podemos encontrarte un hotel que dirigir en alguna parte –dijo Preston–. Creo que el director general del Platinum de Macao piensa jubilarse este año.

–Y yo estoy seguro de que tendrás muchos directores que estarían encantados de hacerse cargo de ese hotel. Tengo varias oportunidades que puedo considerar.

–Tal vez tu esposa pueda encontrarte un trabajo en la cadena Fontaine.

–De hecho ya lo hemos hablado –mintió J. T.–. Fontaine está en negociaciones para comprar el Lucky Heart. Están planeando demolerlo y construir un nuevo hotel. Buscan a alguien que pueda supervisar todo el proceso.

Más mentiras. J. T. no tenía ni idea de lo que sería del Lucky Heart ahora que Tiberius había muerto, pero eso mantendría distraído a su padre durante un tiempo.

–Tuviste suerte al casarte con su heredera en el momento en que lo hiciste.

–¿Hay algo más que quieras hablar conmigo? –miró el reloj y vio que era casi la hora de su encuentro con Violet. Se habían acostumbrado a cenar tarde en su suite–. De lo contrario, tengo que irme a una reunión.

–Nada más. Te veré en Miami dentro de unos días.

–Lo estoy deseando –colgó sin despedirse.

Antes de salir del despacho, firmó el presupuesto para las reformas, después bajó al primer piso y atravesó el casino.

A pesar de ser las nueve de la noche, todavía hacía calor en la avenida principal. Respiró profundamente. Abandonar Las Vegas se había convertido en algo inevitable. Las oportunidades de inversión que había estado contemplando eran propiedades en California, Arizona y el Caribe. Viajaría mucho, y le parecía improbable que fuese a establecer su oficina allí.

¿Qué significaría eso para Violet y para él? Habían acordado que seguirían casados. Tal vez se hubiera acostumbrado tanto a su optimismo que no había pensado que podía perder. Esa noche tendrían que hablar de los cambios que implicaría el futuro.

Cuando entró en la suite, Violet le envió un mensaje diciéndole que llegaría quince

minutos tarde y que la cena que había encargado llegaría antes que ella. J. T. vio que su mesa de comer estaba llena de copias de los archivos que Tiberius tenía sobre su familia. Habían estado repasándolos la noche anterior mientras elaboraban una estrategia. Una pérdida de tiempo. Haría falta un milagro para disuadir a los seguidores de su padre.

¿Sería una idiotez por su parte ignorar la posibilidad de que su padre hubiera cometido un crimen? Preston Rhodes, o George Barnes, era un bastardo despiadado con todos aquellos que se cruzaban en su camino. Había convencido a su abuelo para que echara de la empresa a su único hijo. Había abusado psicológicamente de su esposa y había chantajeado a un accionista de Propiedades Stone para manipular la votación anual en su favor.

Como no quería empezar la velada hablando de su padre, J. T. recogió los archivos y los llevó al despacho. Los dejó sobre la mesa y, cuando estaba a punto de darse la vuelta para irse, un archivo solitario llamó su atención.

Se acercó y sintió un escalofrío al ver su nombre en la carpeta.

Violet tenía un archivo sobre él.

Abrió la carpeta y se quedó mirando la primera página. Era el informe policial sobre la muerte de su madre: sobredosis accidental, pero allí mismo, en blanco y negro, estaba su secreto más oscuro.

¿Cuánto tiempo llevaba Violet fingiendo no saber lo que había hecho? ¿Le habría tomado por tonto desde el principio?

Bajo el informe policial había una copia del informe médico inicial cuando él estuvo hospitalizado por una conmoción severa y varias costillas rotas después de intentar saltar con la bicicleta encima del descapotable amarillo de su padre. Lo había hecho un mes después de la muerte de su madre. Teniendo en cuenta la época, el doctor había determinado que estaba deprimido y le había dado medicación. Pero ninguna pastilla había logrado quitarle la culpa.

Llamaron a la puerta de la suite y J. T. dio un respingo. Durante unos segundos había vuelto a tener doce años, al enterarse de la muerte de su madre. Mareado, se alejó del escritorio de Violet y de esos horribles recuerdos de la infancia.

Volvieron a llamar a la puerta. Atravesó el salón y dejó entrar al camarero. El olor de la comida le provocó un vuelco en el estómago, y se quedó junto a la puerta mientras el hombre colocaba los platos sobre la mesa. Después firmó la cuenta de la cena y, cuando estaba a punto de cerrar, Violet salió del ascensor y se dirigió hacia él.

–Huele de maravilla –dijo alegremente mientras se ponía de puntillas para darle un beso.

J. T. se quedó quieto y no le devolvió el beso. Ella se apartó y frunció el ceño.

–¿Qué sucede? –preguntó mientras cerraba la puerta.

–Tienes un archivo de mí.

–Tiberius tenía un archivo de todos nosotros.

–Has estado mintiéndome todo este tiempo.

–Eso no es cierto.

–Lo has sabido todo desde el principio y has fingido que no.

–Scarlett me lo dio. Pero nunca lo he abierto. Si he hecho algo malo, ha sido no entregártelo en cuanto me lo dio.

–¿De verdad esperas que me crea que no has saciado tu curiosidad leyendo lo que mi tío averiguó de mi vida?

–Si lo hubiera hecho, ¿por qué iba a molestarme en pedirte que compartieras tu

pasado conmigo?

–Para hacerme creer que eres la mujer perfecta para mí. Todo está ahí, ya lo sabes. El informe psicológico explica que, antes de la muerte de mi madre, deseaba que me quisiera y, cuando eligió a mi padre antes que a mí, adopté un comportamiento beligerante. Cuanto peor me comportaba, más improbable era que alguien me quisiera. Y luego apareciste tú y, sabiendo que lo que más deseaba era lo que más temía, hiciste todo lo posible para hacerme confiar en ti.

Violet parecía afectada.

–No me conoces en absoluto si crees que alguna vez te manipularía.

–¿No? Tú sugeriste que nos casáramos. Dijiste que mi padre amenazaba con demandarnos si no actuábamos como una pareja de casados normales.

Entonces fue ella la que se enfadó.

–Me casé contigo para ayudarte.

–Te casaste conmigo para ayudarte a ti misma. He hablado con mi padre esta noche y me ha dicho que va a vender el Titanium. Yo me iré de Las Vegas para explorar algunas oportunidades de inversión –no era su intención explicarle la situación de manera tan brusca, pero, visto lo que había descubierto aquella noche, era incapaz de ser sensible.

–¿Cuánto tiempo estarás fuera?

–Es algo permanente. Voy a vender el rancho y a instalarme en otra parte.

–¿Así, sin más? ¿Sin hablarlo conmigo?

–¿De qué serviría? Como estipulaba nuestro acuerdo inicial, en cuanto pase la reunión anual de accionistas, pediré el divorcio.

–¿No podemos hablarlo?

–No sirve de nada. Tu vida y tu carrera están aquí. No tengo razón para quedarme.

–No lo entiendes, ¿verdad?

A J. T. le dolía tanto el pecho que apenas podía respirar.

–¿Entender qué? –preguntó fríamente.

–Que te quiero.

–Siento que hayas dicho eso –le dijo J. T. sin emoción.

Violet asintió.

–Estoy segura de que sí.

Le había arrancado el corazón y se lo había lanzado a los pies, pero Violet no pensaba permitirle pensar que había ganado. Tal vez su máscara de indiferencia hubiese funcionado con ella en otra ocasión, pero había llegado a ver su sensibilidad. Preferiría ser el hombre más odiado del planeta antes que dejar que la gente viera su vulnerabilidad.

–No creo que me quede a cenar –pasó frente a ella y puso la mano en el picaporte.

–Antes de irte –Violet fue a su despacho y allí encontró el archivo que había destruido cualquier esperanza de felicidad para ellos. En menos de un minuto había regresado con su archivo y con el de su padre–. Deberías llevarte esto.

J. T. aceptó las carpetas en silencio.

–Si necesitas algo, me llamas –añadió ella mientras él abría la puerta y salía al pasillo.

–Adiós, Violet.

Se alejó sin mirar atrás y, cuando desapareció, Violet sucumbió a los temblores y a los llantos. Cerró la puerta y se quedó sentada en el suelo abrazada a sus rodillas. Le costaba respirar, así que cerró los ojos y dejó que le invadiera la tormenta. Para cuando se calmó lo suficiente para poder levantarse del suelo, había pasado media hora.

Entró en el salón y se dejó caer en el sofá. Agarró el teléfono y escribió a sus hermanas.

La he fastidiado. Estoy en mi suite. Me vendría bien algo de compañía.

Harper fue la primera en responder: «Llevo vino blanco y tinto».

«Tengo chocolate», respondió Scarlett un minuto más tarde.

Quince minutos más tarde, ataviada con un chándal, le abrió la puerta a Harper.

–¿Con cuál empezamos? –preguntó levantando ambas botellas de vino.

–Sin duda por el tinto –respondió Violet, sabiendo que Scarlett también votaría por ese. Condujo a su hermana hasta la cocina y sacó el abrebotellas.

–¿Por qué hay una cena aquí? –preguntó Harper.

–J. T. y yo terminamos antes de poder cenar.

–¿Qué? –preguntó Scarlett desde el salón; había entrado por la puerta que Violet había dejado abierta–. ¿Cómo es posible? Si os iba genial –entró en la cocina y sus dos hermanas se detuvieron.

Harper levantó la mano al fijarse en el traje de Scarlett.

–Antes de ponernos con esto, ¿puedes explicarme qué llevas puesto?

Scarlett pareció sorprendida con la pregunta.

–Es el disfraz del harén de la princesa Leia, de *El imperio contraataca*.

–¿Lo llevabas puesto en el casino? –preguntó Violet.

–No seas ridícula. Lo llevaba para Logan.

–No pretendía interrumpir tu velada.

–No te preocupes. Logan entiende que nunca podré ignorar una llamada de ayuda de una de mis hermanas.

Violet sintió de nuevo las lágrimas en los ojos.

–Sois las mejores –susurró con un nudo en la garganta.

Harper sirvió el vino y las tres se sentaron en el sofá. Acurrucada entre sus hermanas, Violet bebió y les contó lo sucedido con J. T. y el archivo.

–¿Cómo puede no darse cuenta de que, si alguien se benefició de que estuvierais juntos, ese fue él? –preguntó Harper acaloradamente.

–Está acostumbrado a que le manipulen –respondió Violet–. Eso ha hecho que se vuelva reservado.

–¿Sigues defendiéndolo?

–Está enamorada de él –intervino Scarlett–. Y, si alguien tiene la culpa de esto, esa soy yo. No debería haberte dado su archivo.

–No es cierto. Yo podría haberle entregado la carpeta de inmediato o haberla destruido. J. T. no debería haberla descubierto en mi mesa.

–Pero tú no tienes la culpa de su reacción –insistió Harper.

–En cierto modo, aunque nunca he llegado a ver lo que había dentro, siento como si le hubiera traicionado.

–Estás actuando de manera demasiado razonable –dijo Scarlett–. Grita. Llora. Insúltale. Se lo merece.

–Sabes que nunca haré eso –respondió Violet con una sonrisa débil.

–¿Y no hay posibilidades de que esto se pase? –preguntó Harper.

–Tal vez, si hubiera ocurrido semanas antes, pero últimamente hemos estado muy unidos. Hemos hablado del futuro y decidimos que íbamos a darle una oportunidad a nuestro matrimonio.

–Eso aún podría ocurrir –comentó Scarlett con esperanza.

–Preston va a vender el Titanium. J. T. no tiene razones para quedarse en Las Vegas.

–Bastardo –murmuró Scarlett–. Creo que, por el bien de J. T., deberíamos descubrir la verdad sobre su padre.

–Hoy he hablado con Charity Rimes –admitió Violet–. Iba a contárselo a J. T. esta noche, antes de…

–¿Qué te ha dicho? –preguntó Scarlett con gran curiosidad–. ¿Por qué se puso Tiberius en contacto con ella?

–¿Recordáis que estaba investigando sobre un asesino en serie que actuó en Los Ángeles en los años sesenta? Se colaba en las casas y atacaba a las familias. La policía nunca llegó a atraparlo.

–¿Qué tiene eso que ver con Preston?

–Resulta que una de las familias asesinadas se apellidaba Rhodes. Dejaron atrás a un hijo de diez años, Preston, que estaba pasando la noche con un amigo.

–Eso es horrible –respondió Harper.

–Charity estaba escribiendo en un blog sobre las familias asesinadas y Tiberius estaba buscando en Internet cosas sobre Preston cuando se topó con ella.

–¿Y en qué nos ayuda esto? –insistió Harper.

–Después de hablar con Tiberius, a Charity le entró curiosidad sobre Preston y localizó el anuario de su instituto.

–Y… –dijo Scarlett.

–Prometió enviarme la foto.

–¿Lo ha hecho?

–Tras lo que ha pasado con J. T., ni lo he mirado.

–¿Dónde está tu teléfono? –preguntó Harper poniéndose en pie.

–Lo he dejado en el despacho cuando he ido a por los archivos para dárselos a J. T.

Las tres corrieron a buscar el móvil de Violet. En efecto, había un correo de Charity Rimes en la bandeja de entrada. Abrió el mensaje y se lo mostró a sus hermanas.

–Ese no es el padre de J. T. –anunció Harper.

–No lo es –convino Scarlett.

–Tenemos que acudir a la policía –añadió Harper.

–¿Qué policía? –preguntó Scarlett–. No nos servirá de nada ir a la policía de Las Vegas porque Preston vive en Miami –le quitó el móvil a Violet y empezó a escribir–. Voy a enviarle esto a Logan. Él sabrá qué hacer con ello.

Veinte minutos más tarde, el prometido de Scarlett estaba sentado frente a ellas, mirándolas con el ceño fruncido.

–Creí haberte dicho que dejaras el tema –le dijo a Scarlett.

–Y lo hice –respondió ella–. Justo después de darle a Violet el número de teléfono de Charity Rimes.

Logan suspiró y miró a Violet.

–¿Has hablado con J. T. de esto?

–Ahora mismo no nos hablamos.
–Debería saber lo que has descubierto.
–Dudo que conteste al teléfono. ¿Quieres decírselo tú?
–Eres su esposa. Sería mejor que se lo dijeras tú.
–Soy la mujer con la que se casó para tener acceso a las acciones de su familia –le corrigió ella–. Y esta noche ha descubierto que tenía un archivo que Tiberius había elaborado sobre él. Archivo que nunca he mirado.
–Todos esos archivos deberían haber sido quemados –gruñó Logan, y miró a su prometida con severidad.
–Lo hecho, hecho está –respondió Scarlett–. Tenemos que seguir hacia delante. Preston Rhodes es un impostor y ya es hora de que se haga justicia.

Envuelto en una toalla, J. T. se encontraba en el vestidor de su dormitorio principal, contemplando la ropa de mujer que ocupaba la mitad del espacio. Además de la ropa de Violet, había veinte pares de zapatos y bolsos. Sus joyas estaban en el tocador, su lencería en los cajones de su cómoda. Su aroma en las sábanas. Los cosméticos en las repisas del baño. Sus restos estaban por todas partes.
–Maldita sea.
No había podido dormir la noche anterior, así que se había quedado sentado en el salón, contemplando la piscina vacía y leyendo el archivo que Tiberius había elaborado sobre Preston. Había estado tentado de cerrarlo en varias ocasiones, pero entonces oía la voz de Violet y sabía que no podía seguir fingiendo que su padre no había saboteado a la competencia y chantajeado a amigos. Había ignorado la verdad durante demasiado tiempo. Su padre era malo.
En algún momento se había quedado dormido. Al despertarse, sobre las seis, estaba soñando que perseguía a Violet por un casino, llamándola, pero ella siempre estaba fuera de su alcance. Interpretar el sueño era fácil. Había perdido a la mejor mujer que había conocido porque estaba demasiado cerrado para darle la intimidad que merecía.
En el centro de la habitación, su cama vacía le recordaba todas las cosas que nunca volvería a disfrutar. El cuerpo de Violet moviéndose bajo el suyo. Sus suaves gemidos. Sus uñas clavándosele al alcanzar el clímax. El brillo de su sonrisa. La paz que sentía cuando ella se acurrucaba a su lado.
Empezó a sonarle el móvil en la mesilla de noche. J. T. abandonó el vestidor y fue a responder.
–¿Sí?
–¿J. T.? Soy Logan Wolfe.
–¿Qué puedo hacer por ti, Logan?
–Me preguntaba si podríamos vernos. Tengo algo que hablar contigo y no debe hacerse por teléfono.
–Si se trata de Violet, olvídalo. Hemos terminado. Fin de la historia.
–De hecho, se trata de tu padre.
–No sé lo que se propone, pero puede irse al infierno. Estoy harto de él. Estoy harto de Propiedades Stone. Estoy harto de todo –consciente de que estaba enrabietado, J. T. tomó aire para calmarse–. Perdona –murmuró–. Las últimas veinticuatro horas han sido difíciles.
–Lo entiendo –dijo Logan–. He pasado por eso. Y he de decirte que no debes pagar

tus problemas con una mujer tan asombrosa como Violet.

–No tienes ni idea de lo que estoy pasando.

–Confía en mí –dijo Logan–. Scarlett y yo estuvimos a punto de romper porque reaccioné exageradamente a algo que sucedió. Habría sido el hombre más desafortunado del planeta si no me hubiera perdonado por pagarlo con ella.

–Es demasiado tarde –respondió J. T.–. Hemos terminado.

–¿Realmente lo crees o es el miedo el que habla?

J. T. no tenía respuesta para eso.

–Sé que tu padre y tú tenéis problemas –continuó Logan tras una pausa–, pero es tu padre. ¿Quieres reunirte conmigo y oír lo que tengo que decir?

–No. No le debo nada.

–Como quieras. Cuídate, J. T. –Logan colgó el teléfono y J. T. se quedó preguntándose si realmente estaría tan harto de todo como pensaba.

Capítulo Diez

El coche negro que su abuelo había enviado a recogerla al aeropuerto de La Guardia se detuvo frente al edificio que albergaba las oficinas centrales de la cadena Fontaine en Nueva York. Sin esperar a que el conductor le abriese la puerta, Violet salió del vehículo y caminó hacia la entrada.

–Puede pasar, señorita Fontaine –le dijo la ayudante de su abuelo cuando llegó a los despachos de la vigésima planta–. Está esperándola.

–Hola, abuelo –para cuando Violet atravesó el enorme despacho, su abuelo ya había salido de detrás del escritorio. Se acercó a él y le abrazó.

–Mi querida Violet –dijo él antes de soltarla–. Por teléfono parecías disgustada. ¿Qué ha ocurrido?

–He hecho tantas cosas mal que no sé por dónde empezar.

–Empieza por donde quieras. Intentaré seguirte –la llevó al sofá de cuero que ocupaba una pared del despacho y se quedó mirándola durante unos segundos antes de llamar a su ayudante–. Jean, ¿puedes traerle a Violet una taza de té? –la sentó en el sofá como si fuera una delicada pieza de porcelana–. Eso te calmará.

Tres minutos más tarde, Violet tenía una taza de té en las manos.

–Gracias –murmuró–. Me temo que últimamente estoy hecha un desastre.

–¿Por qué no me cuentas qué ha ocurrido?

–Como sabes, me casé con J. T. Stone para poder darle las acciones que Tiberius me dejó. Comenzó como un acuerdo de negocios.

–Y entonces te enamoraste.

Violet asintió.

–Es muy reservado y le cuesta confiar por el modo en que su padre le ha tratado siempre. Pero yo pensaba que con el tiempo lo lograría.

–Y ahora ya no crees que puedas.

–Scarlett me dio unos archivos que había heredado de Tiberius. Al parecer hay un almacén lleno de archivos que se remontan a cincuenta años atrás. Tenía uno de cada uno de nosotros, incluso uno tuyo.

Henry sonrió.

–Supongo que, cuando entré en tu vida, Tiberius quiso asegurarse de que no fuese a causarte ningún mal. Me gustaba su vena protectora. Me alegró saber que tuvieras a alguien que cuidara de ti cuando eras pequeña.

–Cuando Scarlett empezó a revisar los archivos, descubrió uno sobre J. T. y otro sobre su padre. Como ya te he dicho, Tiberius estaba intentando arrebatarle la empresa a Preston. Creo que quería tener a J. T. como socio, pero deseaba asegurarse de que su sobrino no fuese como Preston.

–¿Y J. T. descubrió la existencia del archivo?

–Scarlett me lo había dado a mí. Yo debería habérselo mostrado de inmediato, pero ocurrieron tantas cosas tan deprisa que se me olvidó. Así que él descubrió que lo tenía y me acusó de haber utilizado la información para engañarle y casarme con él. Pero Scarlett me lo dio después de que nos hubiéramos casado y yo nunca llegué a leerlo.

–Lo siento. ¿Qué puedo hacer yo para ayudarte?

–J. T. va a perder el Titanium. Preston lo va a vender para castigarle por ir en su contra. No creo que a J. T. le importe. Estaba planeando abandonar la compañía igualmente antes de que yo descubriera que Tiberius me había dejado sus acciones. Pero eso fue antes de que nos casáramos. Cuando se venda el Titanium, se irá de Las Vegas.

–Sigo sin saber cómo puedo ayudarte –dijo Henry con amabilidad.

–Esperaba que pudieras descubrir quién se ha interesado por el Titanium y que interfirieras en la venta. Necesito tiempo. Cuanto más se quede J. T., más probabilidades tengo de salvar mi matrimonio.

–¿Y si sigue decidido a marcharse?

–Tengo que estar con él. Sea donde sea.

–¿Estás segura de que eso es lo que deseas hacer?

–Por supuesto –necesitaba que su abuelo comprendiera por qué aquello era importante para ella–. Le quiero y, lo crea o no, me necesita.

–Ya sabes lo que está en juego si abandonas el Fontaine Chic.

–La posibilidad de dirigir la empresa –Violet le dirigió una sonrisa triste–. A lo largo del último año he dejado de verme a mí misma como presidenta y directora ejecutiva. Deberías elegir a Harper. Se ha preparado durante toda su vida para ello. No encontrarás a nadie más entregada al trabajo.

–Debo decir que me sorprende.

–No renuncio porque me crea incapaz o porque no esté haciéndolo bien, sino porque me doy cuenta del compromiso que requiere el puesto y no estoy segura de querer hacer esos sacrificios.

–Valoro tu sinceridad y es cierto que el trabajo requiere todo tu tiempo y toda tu energía. Desde que fundé la empresa, he perdido a mi esposa y a mi hijo, y he tenido que asumir que ninguna relación era tan buena como me hubiera gustado.

–Gracias por tu comprensión. Me preocupaba que te sintieras decepcionado por mi decisión después de haberme dado esta oportunidad.

–Eres una mujer inteligente y compasiva con una presencia empresarial creativa y entusiasta. Desde el principio has sido un punto fuerte en el equipo Fontaine. Y no podría estar más orgulloso de poder llamarte mi nieta. Me preocupaba que tu corazón estuviese en Las Vegas y que al final decidieras quedarte allí, en vez de venir aquí y asumir el papel de presidenta. Pero ahora entiendo que te comprometes con aquello que realmente amas, y quiero que sepas que, pase lo que pase con J. T., siempre serás una Fontaine.

–Gracias –contestó Violet con una sonrisa de gratitud.

–¿Qué planes tienes para el resto del día?

–Pensaba comprar algo para la fiesta de compromiso de Scarlett y después volver al apartamento.

–Haré unas llamadas para ver si averiguo algo sobre el Titanium y te veré allí a las seis. Quiero llevarte a cenar. Quiero que me des tu opinión sobre un restaurante. Pensaba que quizá podríamos hablar con el chef de la oportunidad de abrir un nuevo restaurante en el Fontaine Richesse.

–No sé, abuelo –dijo Violet riéndose–. El último chef que encontraste está haciéndole la vida imposible a Harper. No sé si la comida se merece tanto drama.

–No tenía ni idea de que tuviera problemas.

–Son sus personalidades. Ashton es creativo y espontáneo. Y aún más perfeccionista que Harper, aunque cueste creerlo. Ha contribuido en todo, desde la tipografía de las cartas hasta la decoración, y no para de cambiar cosas para que todo sea

mejor o más espectacular. Empiezo a preguntarme si abrirán el restaurante alguna vez.

–¿Por eso han pospuesto la inauguración dos veces? Ella me dijo que había habido un problema con los muebles.

–Porque él cambió de opinión en el último momento y hubo que pedir cosas nuevas –Violet le puso una mano en el brazo a su abuelo–. Por favor, no le digas que te lo he contado. Me mataría si supiera que he dicho algo.

–La negligencia de Ross ha hecho que Harper crea que tiene que demostrar su valía. Incluso después de su muerte, sigue necesitando aceptación. Encontraré la manera de hablar con ella sin decirle que hemos hablado del tema.

Mientras le daba un beso en la mejilla a su abuelo, el móvil le empezó a vibrar. Salió del despacho con un nudo en el estómago. Llevaba tres semanas esperando aquella llamada. Lo que había puesto en marcha podría no solucionar su problema con J. T., pero era la mejor manera de convencerle de que no tenía intención de dejarlo marchar sin luchar.

J. T. se bajó del avión que le había llevado hasta Miami y se dirigió hacia el Porsche 911 Cabriolet que le esperaba junto al hangar. Su primo Brent estaba apoyado en el coche con los brazos cruzados.

–¿Qué diablos estás haciendo aquí? –preguntó J. T.

–Me parecía que mañana necesitarías un poco de apoyo moral.

–No lo sabes bien.

–¿Violet no ha podido venir?

–Ella… –¿qué excusa podía dar para justificar que su esposa no estuviese allí con él? Le debía a Brent la verdad–. Hemos terminado.

–No puede ser. Pero si estáis locos el uno por el otro. ¿Qué ha pasado?

–Es una larga historia y es mejor contarla tomando algo –J. T. rodeó el coche y abrió la puerta del copiloto–. Tengo una suite en el Marriott.

–¿No te alojas en el Cobalt? –preguntó Brent mientras se sentaba tras el volante. Era el hotel de Propiedades Stone en el centro de Miami donde se celebraría la reunión de accionistas al día siguiente.

–Esa es otra historia que se cuenta mejor con alcohol.

–Parece que va a ser una noche muy larga –comentó Brent poniendo el coche en marcha.

Las explicaciones comenzaron en cuanto se sentaron en el bar del hotel.

Brent no pareció sorprenderse cuando J. T. le contó que Preston le había dicho que iba a vender el Titanium.

–Es la única propiedad que no tiene deudas importantes –dijo–. Necesitará el capital para hacer frente a los demás pagos.

–A pesar de lo mucho que he luchado para echar a mi padre, en realidad no lamento abandonar Propiedades Stone.

–¿De verdad? La última vez que hablamos, estabas decidido a hacerte con el control. Es tu legado.

–Un legado manchado. Mi padre arruinó muchas vidas para hacerse con el control de la empresa. ¿Cómo puedo sentarme en su sillón y no dejarme influir por lo que le hizo a mi tío y a muchos otros?

–¿Así que vas a renunciar?

–Voy a seguir con mi vida –contestó J. T. con una sonrisa–. ¿Te apetece comprar el

treinta por ciento de Propiedades Stone?

–Tú posees el cuarenta y ocho por ciento.

–El dieciocho es de Violet.

–Pero, si os divorciáis, ya no podrá ceder las acciones.

–Cierto. ¿Estás diciéndome que te interesa?

–Con algunas reestructuraciones, la empresa podría volver a levantarse. Pensaba que querrías hacerlo tú.

–¿Y ahora que sabes que no quiero?

–Lo haré yo.

Tras tomar varias copas, durante las cuales Brent le contó su plan para reflotar la empresa, su primo se puso serio.

–¿Estás ya lo suficientemente borracho para contarme qué ha pasado con Violet?

–No –contestó J. T. con una sonrisa triste–. Pero te lo contaré de todos modos.

Le explicó lo de los archivos de Tiberius y que Violet tenía uno sobre él.

–Jugó conmigo.

–¿Cómo lo sabes?

–Todos los secretos que tengo están en ese archivo –todos salvo uno. El peor.

Y nadie sabría nunca lo que ocurrió el día que murió su madre. Nadie sabría que él podría haberla salvado de no haberla desobedecido.

–Sabía perfectamente cómo hacer… –se detuvo antes de decir «que me enamorase de ella». Porque eso era lo que había ocurrido.

–¿Cómo hacer qué? –preguntó Brent.

–Cómo hacer que confiara en ella.

–A mí me pareció muy de fiar. Y leal.

–Lo es. Quiero decir que parece de fiar –de hecho lo era. Violet no había hecho nada para herirle. Más bien al contrario. Le había apoyado–. Maldita sea.

–Creo que acabas de darte cuenta de que la has fastidiado.

–No me apetece beber más –dijo J. T. Necesitaba marcharse. Tenía los nervios a flor de piel. Si se presentaba así en la reunión de accionistas, su padre se lo comería vivo–. Me voy a mi habitación.

–Claro –respondió Brent–. ¿Seguro que estás bien?

–No, pero después de una aspirina, una ducha y unas horas de sueño, puede que consiga superar el día de mañana –lo que pasara después no lo sabía nadie.

El jet privado de su abuelo le permitió a Violet llegar a Miami una hora antes de que comenzara la reunión de accionistas. J. T. no la esperaba y no estaba segura del recibimiento que tendría. A cada kilómetro que recorría, iba poniéndose más nerviosa, hasta que se quedó sin tiempo para preocuparse. Había llegado al Cobalt.

Atravesó el vestíbulo de dos plantas y se dirigió hacia la sala de conferencias donde se celebraba la reunión anual. Aceleró el paso al ver que las puertas ya se habían cerrado.

Había menos de una docena de personas sentadas en las diversas sillas que miraban hacia un atril que había en el centro. Siete pares de ojos se quedaron mirándola cuando entró, pero a ella solo le importaban unos en concreto.

J. T. estaba sentado junto a su primo y no parecía muy contento de verla, pero Violet esperaba que eso cambiara cuando comprendiese la razón de su presencia allí. Ocupó un asiento en la parte de atrás mientras Preston repasaba el orden del día.

Cuando por fin terminó la explicación sobre lo que iban a votar, les invitaron a rellenar sus papeletas y llevarlas a la urna. Un auditor externo contaría después los votos mientras los accionistas disfrutaban de una comida. Todos allí sabían que aquello era un mero formalismo. Preston controlaba la mayoría de las acciones. Obtendría lo que deseaba.

Violet se quedó en la parte de atrás mientras J. T. votaba, con la esperanza de poder hablar con él cuando saliera.

–Creí que enviarías tu voto por correo –murmuró él al acercarse. La miró fijamente un segundo antes de inclinarse y darle un beso en la mejilla.

–Quería estar aquí por ti.

–Qué considerada –J. T. pareció relajarse, pero entonces la risa de su padre reverberó por la estancia y su expresión volvió a tensarse.

Violet contempló a su marido con pesar. Por un segundo pensó que iba a decirle que la echaba de menos. Esa era la razón por la que había recorrido medio país. Qué tonta había sido al pensar que su reencuentro sería romántico y alegre.

–Será mejor que vaya a votar.

–Por supuesto.

J. T. se quedó mirando a Violet mientras esta se alejaba. Se dijo a sí mismo que fuera tras ella. Que le rogara que le amara. ¿Acaso su presencia allí aquel día no demostraba que no estaba preparada para renunciar a él?

–J. T. –un hombre robusto le dio una palmada en el hombro–. Siento no poder votar por ti, pero tu padre lleva muchos años dirigiendo con éxito la empresa.

Clive Ringwald era el dueño de una cadena de tiendas de repuestos para coches y estaba casado con la prima de la madre de J. T. Era un hombre afable que se creía las palabras de Preston.

–Lo comprendo –le dijo a Clive, aunque tenía la atención puesta en Violet.

Había depositado su papeleta en la urna y después le entregó unos papeles al auditor. Tras dirigirle una última mirada, salió por la segunda puerta de la habitación.

Al ver la puerta cerrarse tras ella, todo su mundo quedó hecho pedazos. ¿Qué diablos estaba haciendo allí, escuchando las palabras de Clive? Amaba a Violet. No le importaba que hubiese leído su archivo y conociese todos sus secretos. Sabía quién era y aun así se había casado con él.

Interrumpió a Clive con una disculpa brusca y fue a interceptarla en el pasillo, pero ella ya había desaparecido. Imaginó que se dirigiría al restaurante donde se serviría la comida, así que corrió hacia las escaleras mecánicas que conducían a la planta baja. Mientras bajaba, la vio salir por la puerta de entrada. Estaba tan decidido a alcanzarla que no vio a Brent esperándolo al final de las escaleras hasta que su primo se le puso delante.

–El FBI está aquí –anunció Brent–. Se llevan a tu padre. ¿Sabes qué diablos pasa?

J. T. pensó de inmediato en George Barnes y en una periodista de Los Ángeles que podría tener cierta información sobre Preston Rhodes.

–Creo que sí. ¿Dónde están?

Antes de que Brent pudiera responder, apareció su padre flanqueado por dos hombres. Preston iba esposado, pero, como era de esperar, no se dejaba intimidar por aquello.

–¿Saben quién soy yo? –preguntó con desprecio.

–De hecho, eso es lo que nos gustaría hablar con usted –contestó el hombre de la izquierda.

Preston vio a J. T. y apretó los labios con odio.

–Supongo que esto es cosa tuya.

–Ojalá lo fuera –respondió él–. Parece que al final todas tus malas decisiones te han pasado factura.

–Dile a mi ayudante que llame a mi abogado –dijo su padre antes de desaparecer.

–No irás a hacer eso, ¿verdad? –preguntó Brent.

–No. ¿Dejamos para otro día lo de tomar algo? Tengo que alcanzar a mi esposa antes de que se marche.

–Sin problema. Llámame luego.

Pero, antes de poder dar un paso para ir a buscar a Violet, el auditor le detuvo.

–Disculpe, pero ¿era el señor Rhodes el que acaba de irse?

–Así es.

–Ya tengo el resultado de la votación.

–Los accionistas están comiendo en el comedor. Tal vez quiera contarles lo que ha sucedido –J. T. se dio la vuelta para marcharse.

–Antes de marcharse, señor Stone, debería saber que su padre ha sido eliminado de la junta.

J. T. se giró y se quedó mirándolo.

–Explíqueselo a él –respondió señalando a Brent–. Tengo asuntos más importantes de los que ocuparme.

Violet estaba desempaquetando los últimos objetos personales que tenía en la suite del Fontaine Chic cuando su marido entró en el dormitorio.

–Hola, marido –dijo ella–. ¿Tu viaje ha ido bien?

J. T. se quitó la corbata y la chaqueta.

–No necesito que me rescates –murmuró él.

–Ya no –respondió ella.

Mientras colgaba la chaqueta y la corbata, Violet se dio cuenta de que todo saldría bien. J. T. no le había preguntado qué estaba haciendo en su casa. Simplemente había aceptado su presencia.

Salió del vestidor y vio que su marido se había quitado la camisa y estaba haciendo lo mismo con los zapatos. Se quedó con la boca seca al ver aquella perfección. ¿Había pasado solo una semana desde la última vez que hicieran el amor?

–El FBI está interrogando a mi padre –murmuró él mientras se quitaba los pantalones. Ataviado solo con los boxers, llevó la ropa sucia al vestidor–. ¿Sabes a qué se debe?

–¿No te quedaste el tiempo suficiente para averiguarlo?

–Estaba demasiado ocupado persiguiendo a mi esposa –reapareció completamente desnudo, se cruzó de brazos y la miró–. Tal vez tú puedas explicármelo.

–Tal vez quieras ducharte primero y hablar después –sugirió Violet.

–De hecho, primero me gustaría oír lo que tienes que decir.

Muy bien. A ese juego podían jugar dos. Se agarró la cremallera del vestido y se la desabrochó.

–Hace unos días Charity Rimes nos devolvió la llamada –explicó mientras se quitaba el sujetador y lo dejaba caer al suelo. Se quitó las bragas antes de continuar–. Después de que Tiberius se pusiera en contacto con ella, se quedó intrigada por la teoría de que George Barnes le hubiese robado la identidad a Preston Rhodes, así que localizó el

anuario del instituto de George.

Mientras hablaba, J. T. la miraba a los ojos. Parecía muy concentrado en lo que estaba diciendo, pero había una parte de su anatomía que tenía vida propia. Para provocarle más aún, Violet se soltó el pelo, que le cayó por los hombros y le hizo cosquillas en los pezones.

–Cuando me envió una copia de la foto de su graduación, me quedó claro que tu padre no era Preston Rhodes.

–¿Así que llamaste al FBI?

–No. Scarlett sugirió que le explicásemos la situación a Logan. Tenía un amigo en el FBI.

–Me llamó hace unos días –contestó J. T.–. No quise oír lo que tenía que decirme.

–Pensé que deberías saber lo que pretendíamos hacer y creía que sería mejor que te lo contara él.

–Estaba muy enfadado contigo.

–Lo sé.

Violet se dio la vuelta y llevó su ropa a una silla cercana. Sintió que J. T. se acercaba y, cuando volvió a hablar, estaba a pocos centímetros de distancia.

–Tenías un archivo de mí. Me sentía traicionado.

–Lo sé –repitió ella sin darse la vuelta–. Me sorprendió un poco que el FBI actuara con tanta rapidez. Pensé que investigarían más –cuando J. T. le puso las manos en los hombros, había tensión en sus dedos–. Sé que es tu padre, pero no tenía derecho a estar al frente del negocio familiar.

–No necesito que me rescates –repitió J. T. antes de darle la vuelta.

–Ese es tu problema –dijo ella–. Crees que estarás bien solo, que ese mundo privado que te has construido puede mantener a salvo tu corazón –le puso las manos en el pecho y le empujó con fuerza–. Pero te equivocas. Me necesitas. Admítelo. Maldita sea.

J. T. se quedó mirándola, le rozó la mejilla con la punta de los dedos, Violet estaba llorando.

–No solo te necesito –dijo él mientras la dejaba caer sobre la cama y se lanzaba sobre ella–. No puedo vivir sin ti. Y te juro que haré lo que sea para asegurarme de no tener que hacerlo nunca.

Después empezó a besarla con pasión. Violet sintió que la alegría le invadía el cuerpo al darse cuenta de que J. T. había dejado de huir de ella. Tal vez siguiera aferrado al dolor que le mantenía aislado, pero estaba dispuesto a aceptar su ayuda.

Con los dedos enredados en su pelo, echó la cabeza hacia atrás y gimió al sentir que le mordisqueaba el cuello. Después levantó las caderas cuando él le introdujo un dedo en el interior, después dos.

Sintió un escalofrío de placer cuando J. T. le mordió un pezón. Se retorció bajo su cuerpo, aprisionada contra el colchón.

–Ahora –le ordenó apenas sin aliento–. No me hagas esperar más.

J. T. empleó las rodillas para separarle los muslos.

–Para mí también ha sido un infierno.

Y entonces la penetró con una embestida que estuvo a punto de hacerle perder el sentido.

–Sí –murmuró ella con una sonrisa antes de que la besara.

J. T. se apartó lentamente para dejar que disfrutara de la fricción de sus cuerpos antes de volver a penetrarla.

–Te quiero –le dijo Violet mirándolo a los ojos mientras bailaban juntos.

J. T. entrelazó los dedos con los de ella y colocó sus manos en la almohada a los lados de su cabeza. Sin dejar de penetrarla, la besó en los labios.

–Lo eres todo para mí –susurró.

Aquella confesión hizo que su cuerpo se convulsionara cuando llegó al orgasmo. Al abrir los ojos, vio que J. T. estaba mirándola. Empezó a moverse contra ella rítmicamente en busca de su orgasmo. En cuestión de segundos, el clímax se apoderó de su cuerpo y le permitió ver todas las emociones reflejadas en su rostro.

Con la respiración entrecortada, J. T. se dejó caer boca abajo junto a ella sobre la cama.

Ella se giró y apoyó la mejilla en sus manos.

–Estoy aquí para quedarme –le dijo.

–Lo he dado por hecho al ver todas las cajas en la entrada.

–Y cuando digo «aquí», me refiero a dondequiera que tú estés. Pienso jugar sucio si es necesario para salvar nuestro matrimonio.

–No hay nada que salvar –J. T. levantó una mano para frenar su protesta–. Déjame acabar. Quiero decir que me equivoqué al alejarte de mí y estoy plenamente comprometido a pasar el resto de mi vida contigo.

–Bien. Creo que has tomado una sabia decisión.

–Yo también lo creo –J. T. se giró también hasta que sus narices estuvieron a pocos centímetros de distancia. Su corazón había recuperado el ritmo normal, pero aun así le dio un vuelco al darse cuenta de lo feliz que era.

–¿Cómo ha ido la votación? –preguntó ella.

¿Por qué tenía la impresión de que ya lo sabía?

–Curiosamente, el resultado nos favorece.

–¿De verdad? ¿Cómo es posible?

–Por lo que descubrió Brent después de que me marchara, Casey no votó.

–Qué raro. ¿Tienes idea de lo que pudo ocurrir?

–No sé si lo recuerdas, pero estaba divorciándose.

–Algo recuerdo.

J. T. supo con certeza que Violet estaba detrás de aquello, porque había sido ella la que le hizo consciente de aquel dato.

–Dejó que su esposa se quedara con su cuatro por ciento de las acciones en el acuerdo de divorcio.

–No me digas –Violet parecía verdaderamente fascinada–. Pero, si su exmujer tenía las acciones, no podría haber votado porque ya no era de la familia.

–Cierto –J. T. no terminó la explicación, pero Violet no le presionó. ¿Por qué iba a hacerlo? Él sospechaba que ya sabía el resto de la historia–. Sin el cuatro por ciento de Casey, mi padre y yo teníamos el mismo número de acciones.

–¿Cómo ganamos entonces?

–Esa es una pregunta excelente. Tal vez quieras explicármelo tú a mí.

–¿Yo? –parecía inocente, pero su sonrisa la delataba–. ¿Por qué crees que yo tengo algo que ver?

–Porque conozco a la exmujer de Casey y es codiciosa y guapa, pero no particularmente lista. No entiendo por qué quería ella las acciones.

–Bueno… parece ser que hace un año Casey se había comprado un nidito de amor para su nueva amante y no lo había declarado como parte del acuerdo de divorcio. Así que

se lo conté a Brittany y le sugerí que podría reclamar las acciones de la empresa y dejar que Casey se quedara con la casa.

–¿Y él estuvo dispuesto? Las acciones debían de valer mucho más.

–Casey tenía prisa por volver a casarse, y se arriesgaba a perder mucho al no haber declarado la casa. Brittany estuvo encantada de venderme las acciones. Al fin y al cabo, le había hecho un favor. Creo que al final recibió más de lo que Casey pensaba darle.

–¿Tú posees el cuatro por ciento?

–Así es.

–Esto no es algo que has conseguido de la noche a la mañana, ¿verdad? –J. T. no esperó su respuesta–. Después de que te dijera que no merecía la pena, tú actuaste a mis espaldas, ¿verdad?

–Te negabas a dejarme ayudar.

–Y ahora veo que me equivocaba.

–Bien. Quizá ahora empieces a hacer caso a mis consejos.

–Sí, listilla.

J. T. la rodeó con los brazos y le acarició el cuello con la nariz.

–No sé cómo darte las gracias –le dijo. Se sentía en paz, ahora que estaba a punto de contarle el peor momento de su vida.

–No tienes que darme las gracias. Soy tu esposa. Siempre te apoyaré.

–Entonces deberías saber a lo que te expones.

–¿Crees que no lo sé? No leí tu archivo, pero sé que te atormentan los errores que has cometido y que tienes traumas de la infancia que tal vez nunca se curen.

–Estoy atormentado porque los errores que he cometido no se pueden perdonar.

–Eso me cuesta creerlo.

No dejaba de asombrarle la fe que tenía en él, pero tenía que saberlo todo.

–El día que mi madre murió…

–J. T. –le acarició la mejilla para ofrecerle consuelo y deslizó el pulgar por sus labios para hacerle callar–. No tienes que contármelo.

–Sí que tengo. Tenías razón al decir que tenía que olvidarme del pasado. No podré hacerlo si sigo dejando que el miedo me tenga prisionero. Necesito que sepas lo que le ocurrió a mi madre. Yo fui la razón de su muerte.

Violet dio un respingo en reacción a sus palabras, pero, en vez de apartarse, se acercó más a él.

–Aquella mañana me regañó por haber usado su tarjeta de crédito sin permiso y haber gastado quinientos dólares en videojuegos. Había encontrado los videojuegos en mi habitación y los tiró. Entonces me dijo que no podría ir el fin de semana con mis amigos a los Estudios Universal en Orlando. Se suponía que salíamos desde el colegio aquella tarde.

–Entiendo que te castigara y entiendo que estuvieras enfadado, pero no veo por qué fue culpa tuya.

–Yo la disgusté. Le dije que la odiaba y que entendía que mi padre no pudiera soportar estar cerca de ella. Después agarré mi mochila e hice como si me fuera a clase, pero volví a mi habitación y guardé todo lo que necesitaría para el fin de semana. Pensé que estaría tan drogada a media tarde que ni siquiera se daría cuenta de que no estaba en casa. A las cinco de la tarde estaba muerta. No la encontró nadie hasta la mañana siguiente, cuando apareció la asistenta.

–Tenías doce años –dijo Violet–. Tu madre era una mujer con problemas que se refugió en las drogas y el alcohol para afrontar el comportamiento de su marido. ¿Cómo

puedes pensar que fue culpa tuya?

–Oí a alguien hablar en su funeral. Me di cuenta de que, si hubiera vuelto a casa después de clase, como se suponía que debía hacer, la habría encontrado con vida y habría llamado a una ambulancia.

Una lágrima le resbaló por la mejilla.

–J. T., tu madre era una adicta. Podría haber sufrido una sobredosis en cualquier momento. Tú no eras responsable de su enfermedad.

J. T. tomó aire. Una parte de él sabía que Violet tenía razón, y sintió que su amor y su apoyo le ayudarían a perdonarse a sí mismo.

–Te quiero –le dijo en voz alta por primera vez.

A Violet se le llenaron los ojos de lágrimas.

–No sabes lo mucho que necesitaba oírte decir eso.

–He tardado mucho tiempo en comprender lo que sentía –murmuró él–. Antes de que aparecieras, los sentimientos con los que estaba más familiarizado eran oscuros.

–Todo eso ya queda atrás. A partir de hoy, nos esperan muchas aventuras nuevas. Empezando por buscar casa en Miami. He hablado con mi abuelo de la posibilidad de comprar un terreno en el centro y construir un hotel.

–Con respecto a eso, no vamos a ir a Miami.

–¿Por qué no? Ahora que tu padre ha perdido la presidencia y que probablemente vaya a la cárcel, la empresa es tuya.

–La noche anterior a la reunión, Brent y yo tuvimos una larga conversación sobre el futuro de Propiedades Stone. Llegamos a la conclusión de que la empresa estaría mejor con él al mando.

–Pero fue tu abuelo quien fundó la empresa.

–Y con Brent al frente, vuelve a estar en la familia.

–¿Y qué piensas hacer?

–Lo que te dije que iba a hacer antes de la reunión de accionistas. Marcharme.

–Entiendo –dijo ella, aunque era evidente que no lo entendía–. ¿Adónde vamos entonces?

–A ninguna parte. No vamos a salir de Las Vegas. De hecho, he decidido vender mis acciones y comprar el Titanium.

–Me parece una idea maravillosa. Pero ¿estás seguro de querer conformarte con una propiedad cuando podrías tener una docena?

–Con Brent al mando, Propiedades Stone estará en buenas manos. Y a mí no me gusta pasarme el día metido en un despacho. Me gusta la vida de Las Vegas y he decidido que, haga lo que haga, aquí estará mi lugar.

–Eso está muy bien, pero ¿qué ocurre si yo gano el concurso de mi abuelo y me hago cargo de la cadena Fontaine? Tendré que mudarme a Nueva York. ¿Qué será de nosotros entonces?

–Supongo que tendré que reconsiderar mis planes.

–¿Harías eso por mí?

–¿No me has oído cuando te he dicho que no puedo vivir sin ti?

Violet se acurrucó a su lado y le dio un beso en los labios.

–Entonces te alegrará saber que viviremos juntos en Las Vegas. Hablé con mi abuelo y salí de la competición.

–¿Por qué hiciste eso?

–Porque tú eres mi prioridad. Hagas lo que hagas, vayas donde vayas, pienso estar a

tu lado apoyándote. Tenemos suerte de que a los dos nos encante Las Vegas, porque aquí es donde criaremos a nuestros hijos y donde envejeceremos juntos.

La visión que tenía de su futuro era mucho mejor de lo que podría haber imaginado él. Lejos quedaban las sombras que le impedían pensar que merecía ser feliz. El amor de Violet había acabado con ellas.

–No se me ocurre nada mejor –contestó estrechándola entre sus brazos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com